

Nahuel A. Lopez

**Mi primer amor,
un gran error**

PALABRAS

EDITORIAL

Nahuel, Lopez

Mi primer amor, un gran error / Lopez Nahuel. - 2a ed. -
Córdoba : Palabras, 2016.

188 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-26291-3-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Nahuel A. Lopez, 2017

E-mail: hi@nahuelalopez.com

© El Emporio Libros S.A., 2016

9 de Julio 182 - 5000 Córdoba

Tel.: 54 - 351 - 4117000 / 4253468 / 4110352

E-mail: emporioediciones@gmail.com

Diseño de tapa: **Rodrigo Viola**

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

ISBN: 978-987-26291-3-7

Impreso en Córdoba, Argentina

Printed in Córdoba, Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

Se terminó de imprimir en GRÁFICA SOLSONA SRL
Argensola 1942 - Tel./Fax (0351) 4723231
en el mes de noviembre de 2017 - Córdoba - Argentina



*Para mi **primer amor**, por tanta tristeza inspiradora.*

*Para mi mamá, **Patricia**,
por ayudarme a creer en mí mismo.*

*Para mi papá, **Adrián**,
porque el amor no es genético, viene del corazón.*

Para **TI**,
porque **importas**
y tu VOZ
cuenta.

Porque
No
te **rendirás.**

Tú
lo **vales** todo.



Mi cuarto está oscuro. En este momento me encuentro parada sobre una silla de madera española. La sábana de princesas que me obsequió mi mamá para mi cumpleaños número quince se desliza suavemente desde el candelabro hacia mi cuello.

Mi mirada se encuentra perdida en los mosaicos negros y blancos. La visión se torna borrosa con cada lágrima y recuerdos de mi pasado vienen a mi mente una y otra vez.

Siento frío, tengo miedo; sostengo la sábana con fuerza, temo que la silla se rompa y que todo se termine, sin ser yo quien decida completamente sobre mi vida.

Un recuerdo viene a mi mente: golpes, sangre en el suelo, gritos de súplica, lágrimas de dolor, un hombre golpeándome y una mujer observando, sin hacer nada, solo de pie, allí, mirando.

No quiero hacerlo, sé que puedo salir adelante. Muy dentro de mí, algo me dice que puedo vivir sin él, o no... no lo sé, estoy confundida.

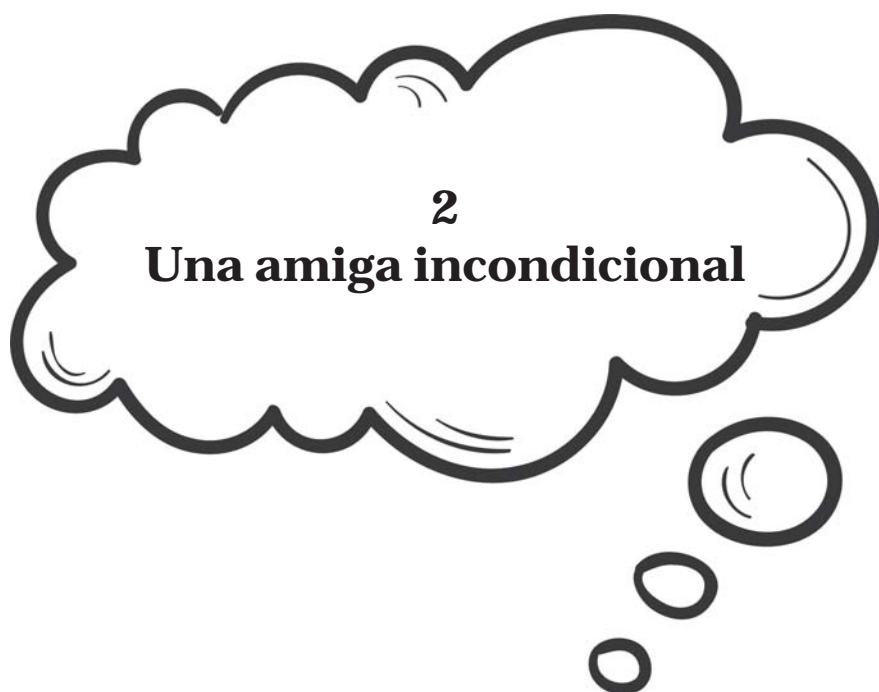
¿Cómo podría soportar verlo con otra persona? ¿Cómo podría verlo feliz sabiendo que pudo serlo conmigo? Pudimos ser felices juntos.

Nicolás es el amor de mi vida, es la única persona que amé y bueno, que aún amo de verdad. Lo imagino con otra persona y simplemente quiero morirme. Sí, no quiero otra cosa.

¿Por qué? Esa es la pregunta que me formulo. Después de la vida de mierda que tuve, él era mi esperanza, mi salvación, mi todo. Quizá no existe lugar en este mundo para mí, no encajo, soy una pieza de otro rompecabezas.

¡Ya no puedo soportarlo!

Una vez más, otro recuerdo viene a mi mente, esta vez, es de cuando todo comenzó...



Estaba sentada en un banco del colegio, al final de la fila, en el fondo del salón de clases. Nunca me gustó sentarme adelante, atrás pasaba desapercibida.

Mi mejor amiga, bueno, mi única amiga, se acercó por un costado y se echó en la silla.

Fiorella, mi mejor amiga desde el preescolar, era rubia, alta, tenía labios prominentes, poseía los ojos tan azules como el mar Caribe y sus pestañas parecían postizas. ¡Ag, cómo envidiaba sus pestañas!

A diferencia de mí, una chica de diecisiete años, de no más de un metro setenta de altura, ojos café y color de pelo castaño claro, los chicos la amaban. En mi caso, sin nada en especial, ordinaria como cualquier otra, todos me ignoraban.

En fin, Fiorella siempre me había apoyado. Jamás me había dejado a un lado, jamás me usó y algo aún más impresio-

nante, nunca, pero nunca, contó mis secretos.

Me encontraba terminando los ejercicios de Matemática, cuatrinomio cubo perfecto, repulsión total, mientras ella chateaba con un tal Nicolás Dómine.

El sonido de las uñas golpeando la pantalla de su iPhone no me dejaba concentrar en los ejercicios. Aparentemente, no sabía cómo escribir con las yemas de los dedos.

—¿Se puede saber por qué tanto tic, tic?

—¿Recuerdas a Nicolás? Ya sabes, el chico que te mencioné hace un tiempo.

Me quedé pensativa por un momento, intentaba recordar quién era ese tal Nicolás, pero nada, ni un recuerdo de él.

—No, no recuerdo.

—Mi primer... ya sabes... el chico con quien perdí mi virginidad —dijo, sin titubear, sin una mínima sensación de vergüenza.

Por supuesto que lo recordaba, era el estúpido mujeriego que la había usado solo por sexo... solo por una noche de placer. Me sentía muy airada, me molestaba que Fiorella siguiera hablándole después de todo lo ocurrido. Es decir, ella misma me había dicho que él solo la estaba usando, que no la quería, que se juntaba con una chica distinta todos los fines de semana y la idiota, aun así, continuaba hablándole. ¿Por qué? ¡¿Porque fue con él con quien perdió su virginidad?! No tenía ningún sentido lógico ni emocional. Era patético.

—Pero, Fiore —le dije preocupada—, él te usó. ¿Aun así sigues hablándole?

—Sí, Lu, quiero salir, quiero divertirme por ahí, fuera de este pueblito perdido en el medio de la nada. Él tiene coche. Con veinticuatro años puede conducir legalmente. A lo mejor me

pueda llevar a clubes en Buenos Aires, hacerme entrar a lugares para mayores de edad, no lo sé... solo imagínalo.

No pude dejar de pensar en lo bueno que sería salir de Paraje del Viajero e ir a Buenos Aires: al teatro Colón, a discotecas, a los más lindos cines, a visitar la Argentum Tower y demás lugares turísticos. Paraje del Viajero se encontraba al nordeste de la provincia de Buenos Aires, a pocas horas de la ciudad, pero nunca había salido más allá del pueblo y sus alrededores, estaba navegando a través de una nube de pensamientos e ilusiones que no me correspondía. De todos modos, no podía dejar que Fiorella se fuera con ese idiota. Debía impedirlo de una manera u otra.

—No quiero que vayas con él —imploré—. ¿Por qué no esperas ser mayor de edad? Solo falta un año.

—No quiero esperar —me respondió entusiasmada—. ¡Quiero libertad ya! La vida merece ser disfrutada, Lucila.

Sus gestos pronunciando cada arruga, articulación e incluso imperfecciones de su rostro, hicieron que esas palabras entraran a mi mente y allí se quedaron en forma de pensamiento, haciendo eco, una y otra vez: *La vida merece ser disfrutada, Lucila*.

Al rato, las palabras se vieron interrumpidas por un recuerdo de cuando tenía ocho años: me pegaba brutalmente. Se desquitó conmigo porque mamá salió y no regresó a horario. Me golpeó en la cara, uno de mis pómulos se lastimó; luego otro golpe en la boca y, sin querer, mordí mi labio inferior... estaba tirada en la cama mientras él decía:

¡Qué verdadero castigo que estés en este mundo! ¿Dónde está la puta de tu madre? ¡¿Dónde?!

Cubría mis oídos con ambas manos, no quería escucharlo más. Me hacía sentir como algo fallido, como algo que nunca debió nacer. En lugar de sentirme un regalo de la vida, me apenaba saber que, para él, yo era un error. Solo tenía ocho años.

¿Cómo podría disfrutar de la vida con esta realidad acechándome por detrás?, pensé.

La voz de Fiorella interrumpió mi mal recuerdo:

—¡Ey! ¿En qué estarás pensando? ¿Te gustó la idea?

No pude evitarlo, una lágrima cayó de uno de mis ojos. La cara de felicidad de Fiorella se tornó seria y preocupada. Dejó el celular sobre el banco y secó mi lágrima con un pañuelo desechable. Estuvo allí para mí, como lo hacen las buenas amigas. Entretanto, yo la miraba, mi rostro expresaba todo, mostraba que guardaba dolor, un gran dolor y, al mismo tiempo, se notaba que agradecía a Fiorella por cuidarme.

Se dice que los ojos son la ventana al alma, yo agregaría que la mirada es el habla del corazón.

—¿Qué pasa, Lu?

—Nada, es solo que...

La campana sonó. Fiorella me miró con compasión y al instante añadió:

—Tengo que irme. Te escribo más tarde. Me gustaría que pases por mi casa y me cuentes qué está sucediendo. Y, amiga, te diré lo que me dices tú cuando estoy deprimida: ten en cuenta que los monstruos que acechan tu vida hoy, solo serán nostálgicos recuerdos mañana.

Tomó su bolso y el celular. Me besó en la mejilla y se dirigió hacia la salida.

Seguramente estaba distraída con otra cosa, por eso no dedicó atención a lo que estaba por manifestar. Ella solía ser así de desatenta.

Me encontraba sola en el salón de clases. El resto del alumnado ya había partido a sus hogares.

Estuve cavilando por unos minutos lo que había sucedido. Fui al tocador y sequé mis lágrimas. Pensé que no había razón para estar triste. Debía concentrarme en cosas importantes, como en mi educación. Quería tener buenas calificaciones para ganarme una beca y, de esa manera, salir de Paraje del Viajero e ir a una buena universidad. Ansiaba cumplir el sueño de convertirme en una arquitecta prestigiosa, diseñar los edificios más lujosos y altos del mundo.



Después del almuerzo, me dirigí hacia mi cuarto y me tiré sobre la cama. Revisé mis redes sociales desde el celular: Facebook, nada; Twitter, nada; Snapchat, nada; Instagram, nada... Observé también iMessage, Whatsapp e incluso los mensajes de texto. Nadie me había escrito.

Dejé mi celular sobre el cobertor, miré hacia el techo y aposté por discurrir. Pensaba en lo bueno que sería que Fiorella fuera a Buenos Aires y conociera otros lugares lejos de este pueblo, pero ese chico era un mujeriego, no podía ir con él.

El celular vibró. Era un texto de Fiorella:

¡Lu! Quizás esta noche Nicolás y yo nos juntemos a dar un paseo. Está en la zona. 🍷 Ven con nosotros.

Bajé el celular a mi pecho. Por un momento me dije que podría salir con ellos, pero pensándolo bien, conociendo... bueno, después de lo que Fiorella me había contado sobre Nicolás, no podía ir con ellos.

Tomé el celular y escribí:

No puedo Fiore. Ya conoces a mis padres, sabes como son, no me dejarían. 😞

Mentí. Podría haber huido sin que ni los peces lo notaran, pero ya me había negado profundamente a fugarme con ellos y ser la *tercera rueda* toda la noche.

¡Vamos! ¡ESCÁPATE! 🏃🏃 *No se darán cuenta.*
😊 *Por mí, porfis...*

Sentía culpa. No quería dejarla ir sola, pero tampoco podía hacer algo que no me agradara.

Mi texto fue terminante:

Lo siento, Fiorella. No puedo. 😞 *No insistas.* 😞

Está bien. No te preocupes. 😞 *Escríbeme más tarde, ¿sí?* 😊

Intenté despejar la culpa de mi mente y me senté a hacer la tarea, pero, de un modo u otro, no podía dejar de pensar en lo que podría suceder esa noche...

Cerca de medianoche, el celular sonó. Golpeaba la cama en busca del mismo, pero no podía localizarlo. Finalmente, des-

pués de varios intentos, lo hallé. Me quité el pelo extremadamente despeinado y enredado del rostro e intenté leer de quién provenía la llamada. El código de área no pertenecía a mi pueblo ni a los alrededores. Me atreví a atender... bueno, es que nunca atendía llamadas de desconocidos.

—¡Eh! Hola, Lucila. Soy yo, Fiorella. Te hablo desde el celu de Nicolás. Estamos a dos cuadras de tu casa. ¿Quieres que pasemos por ti?

—Fiorella, estoy durmiendo... —le dije con voz ronca, la voz que tenemos al haber estado descansando por un tiempo prolongado.

—¡Amiga, por favor! Solo tomaremos una cerveza. Es solo eso. Te lo prometo.

—No, Fiorella. Mañana tengo que levantarme temprano. ¡Jesús, déjame dormir!

—Está bien. *Hashtag* mala onda.

Antes de que colgara, pude escuchar la voz de Nicolás:

Déjala. Más diversión para nosotros.

Acoplé mi celular al cargador y continué durmiendo.

Al día siguiente, a primera hora, me contó todo:

—Anoche me divertí como nunca. ¿Por qué no viniste? — me preguntó con tono de enojo.

—Ammm... Pensé que te lo había dicho. Discúlpame, pero ese chico no me agrada. No entiendo porqué insistía tanto anoche. Cuando digo que no, significa eso... ¡NO!

—Bueno, está bien. Después de todo, mejor que haya sido así. Lo hicimos.

—¿Lo hicieron?! —exclamé con furia.

—Sí, lo sé... Pero ya sabes lo que sucede cuando mezclas vodka y gin tonic. Estuvimos hablando mucho. Sigue siendo frío. Mientras lo hacíamos, me sentía incómoda, no quería, fui manipulada, no solo por él, sino por mí misma. Dudo que solo haya sido culpa del alcohol. Para empeorar la situación, después de que acabamos, él simplemente se alejó... se fue, así de la nada. Me dejó en la puerta de casa y se despidió con un simple adiós. Eso fue más frío que el *iceberg* que hundió al Titanic.

Su cara se tornó atribulada, sus ojos se inundaron de lágrimas y su voz se volvió algo desolada.

La abracé y, con tono de seguridad, agregó:

—¿Qué haces? Estoy bien. No me afecta en lo absoluto. Un consejo, ¿sí? La primera vez que tengas sexo hazlo con alguien que te ame de verdad, con alguien especial... y siéntete lista, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

—Bien. Te lo prometo. Pero... ¿por qué?

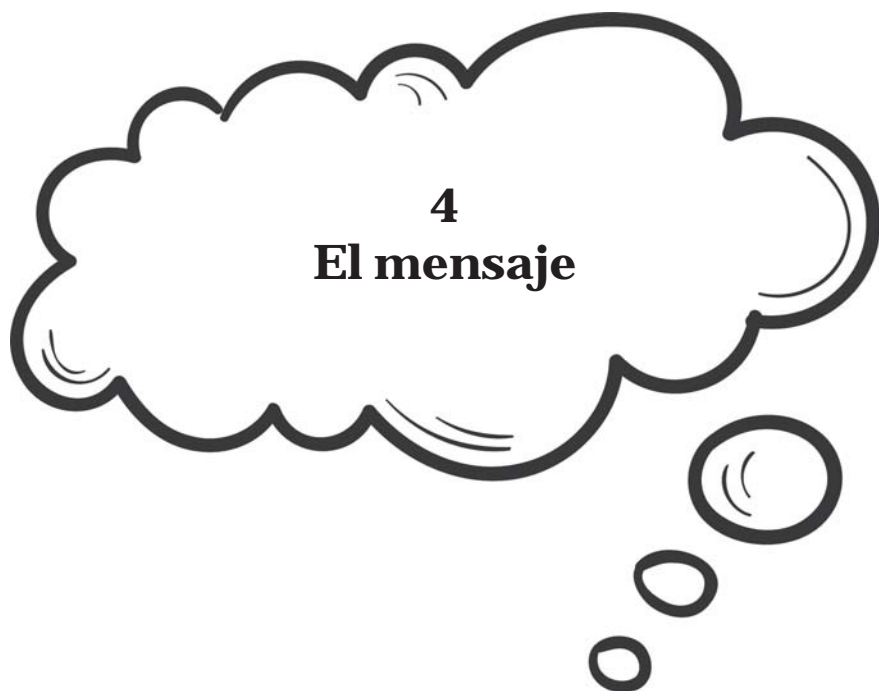
—Desafortunadamente, siempre mantendrás un lazo emocional muy grande con esa persona. No soy solo yo quien lo dice, mis otras amigas pueden confirmártelo. Ellas te dirán también que, lamentablemente, hay muy pocas personas que respetan eso y no se siente nada bien que a la otra persona le importen una mierda tus sentimientos. Me gustaría ser, al menos, amiga de Nicolás, pero lo que para mí significó mi primera vez, para él fue solo una noche más de sexo, alguien más para agregar a su lista. Es horrible. Él fue mi primer chico, pero yo no fui su primera chica. Es... es...

Nos abrazamos otra vez. Pensé en eso por un largo tiempo, incluso cuando llegué a casa no podía quitarme ese pensamiento de la mente.

Estaba decidida. Sabía que era lo mejor, es decir, me lo de-

cía Fiorella, quien salía con un chico distinto todas las semanas.

Mi primer novio... mi primer amor, sería único.



Habían pasado cuatro días desde que Fiorella tuvo su encuentro con Nicolás.

Prácticamente no salía de mi cuarto. Todo lo que hacía era estudiar. A veces sentía que no tenía un respiro. Necesitaba salir, al menos, a dar un paseo por la orilla del río, pero no, debía estar en mi cuarto estudiando. Mantener un promedio superior a nueve era realmente difícil, pero mis sueños estaban primero que nada y, si quería una beca galardonada, debía esforzarme.

Mi celular vibró. Era un Whatsapp de un número que no conocía:

Hola. 😊 Soy Nicolás. ¿Cómo estás? Me estoy hospedando en la casa de mis primos aquí en Paraje del Viajero. 🏠

El estúpido se atrevió a escribirme, pensé.

Pero, ¿para qué? ¿Qué querría? ¿Por qué me escribiría a mí?

Mis ansias por saberlo no se contuvieron. Tomé el celular y respondí:

Ah... Hola... ¿Qué Nicolás?

Fingía no saber quién era, pero luego de que Fiorella me contara un poco sobre él, era imposible quitar su imagen de mi mente.

Ella solía decir que era rubio y que su pelo era muy suave al tacto; que tenía ojos claros y que ejercitaba mucho su cuerpo. ¡Lo trabajaba al ciento por ciento! Además, claro, de detallar que era súper inteligente... en pocas palabras, un irresistible total. Físicamente, el chico soñado.

De cualquier modo, no quería que él supiera eso. No quería que supiera que alguien pensaba en él, que era asunto de una conversación, yo qué sé, quizás por el simple hecho de que era un maldito desgraciado y no se merecía ningún halago.

Mi celular vibró una vez más.

Nicolás, el chico que salía con tu amiga Fiorella. 😏

Ah... Sí. ¿Qué necesitas?

Nada. Bueno... mira, estoy harto de Fiorella. 😞

No quiero saber nada más con ella. No es una buena persona... 😊

¡Ag! La sangre en mis venas parecía hervir. No toleraba que estuviera hablando de ese modo de mi mejor amiga. Sujeté el celular con fuerza y, mientras sollozaba, escribí:

Escúchame bien, maldito hijo de perra. 🐱🐱 Tú eres un mujeriego de mierda a quien lo único que le importa es disponer de alguien para tener sexo todos los fines de semana. Fiorella es mi mejor amiga desde que éramos niñas y es una amiga incondicional. Me importa muy poco lo que ustedes dos hagan o dejen de hacer, o que ella sea tan estúpida como para dejarse manipular por un incompetente como tú. Pero no me lo cuentes. No me hables de sus asuntos. No quiero saber nada. Así que te pido por primera y última vez: no me escribas, no quiero saber nada más de ti. 😞 Adiós. 📱

Estuve esperando su respuesta por unos minutos. Pensé que había optado por escribir su testamento, ya que el letrero de *escribiendo...* no desaparecía de la pantalla.

Finalmente respondió:

¿Y tú?! ¿Quién te crees que eres para hablarme de ese modo? Yo fui respetuoso. ¡Estás loca! Estás loca al igual que tu amiguita. Pueden irse a la mierda. ¡AMBAS! Estás ciega. Tu amiga es la peor persona que he conocido. 🤪

Arrojé el celular sobre la mesita de noche. Solo había una persona en este mundo que me trataba como basura, y esa persona, no era Nicolás. Sus insultos derritieron las lágrimas almacenadas en mi interior.

Al día siguiente, hablé con Fiorella al respecto. Sentí como si tuviera que hacerlo.

—Ignóralo, Lu. Se comporta así porque he decidido parar con todo esto. Ayer le envié un texto diciendo que no quiero verlo nunca más, que jamás va a cambiar y que ya no quiero ser su consuelo. Aunque debo admitir que me gustaba su estilo de la vieja escuela. También le dije que quería algo más estable, ya sabes, ser capaz de salir con alguien que cuide de mí, que me proteja, que me ame. Ya no quiero sentirme como desecho espacial. Porque así es como me siento cuando estoy con él.

—¡Ay Fiore! Me alegra tanto oírte decir eso —le dije exaltada, a pesar de que admitía estar un poco desconcertada.

Horas después, en la cátedra de Inglés, mi celular vibró. Era un Whatsapp de Nicolás.

¡Og! ¿Y ahora qué?, pensé.

¡Buen día, Lu! 😊 Quiero disculparme por lo de ayer. Estuve pensando mucho y me di cuenta de que fui un verdadero cretino. 😊 No debí decirte todo eso. Honestamente, me siento muy mal. Sé que probablemente no me creerás, porque después de lo que me dijiste, entendí que te han dicho cosas de mí que, en realidad, no son ciertas. Espero que algún día podamos hablar en persona y aclarar nuestro malentendido. Me gustaría demostrarte que yo no soy el malo. Fiorella te ha atrapado en su red. Es muy buena manipulando y siempre se sale con la suya. No es tu culpa. Espero que no veas este mensaje como un ataque, porque no es mi intención. Te lo juro. Que tengas un hermoso día. 😊

Bajé el celular a las rodillas y miré a la nada. Quién diría que un cretino como Nicolás podía disculparse de ese modo. Incluso me hacía pensar que las cosas que había dicho eran ciertas.

—¿Quién te está enviando mensajes, Lu? —preguntó Fiorella sorprendida—. No recuerdo que estuvieras escribiéndote con alguien.

Giré hacia ella y percibí algo raro, algo que quizás había notado antes, pero que le había quitado importancia. Veía falsedad en sus gestos y una sensación de humillación difícil de explicar.

¿Acaso estaba dejándome llevar por el mensaje de Nicolás? ¿Acaso estaba descubriendo algo en Fiorella que antes simplemente me negaba a ver? ¿O solo era un mero producto de mi imaginación retorcida?

El mensaje de Nicolás fue el gatillo que disparó contra todas las actitudes negativas de Fiorella que, por algún motivo, estaba reprimiendo en mi interior.

—¿Hola? Te hice una pregunta —insistió.

—Nadie interesante. Mis primos de México quieren venir de vacaciones. Espero que no. Son muy molestos, especialmente el más pequeño. Es el niño más intolerante de la tierra.

—Ah...



Había pasado una semana desde que Nicolás me envió ese mensaje. Por alguna razón, no podía quitármelo de la cabeza.

Solo fue un mensaje, un mensaje de disculpa y no existía razón para pensar todo el tiempo en él. No positivamente. Era enfermizo. Ni siquiera podía concentrarme en mis estudios. El fin de octubre había llegado con la fuerza de un huracán. Los profesores tomaban exámenes energúmenamente y, simplemente, no podía concentrarme.

Me hallaba indecisa. Tenía una idea en mente, pero no sabía si ejecutarla. Estaba bloqueada. Pensaba que tal vez Fiorella no era lo que aparentaba, pero al mismo tiempo, recelaba. ¡Era mi amiga desde siempre! No quería... No podía creerlo.

Eso era lo que más me fastidiaba. Lo más probable era que Nicolás estuviera manipulándome para que desconfiara de Fiorella. Lo hizo con ella. ¿Por qué no lo haría conmigo? Al

mismo tiempo, me preguntaba cuál sería su propósito. ¿Para qué?! Y allí era cuando la desconfianza volvía a caer sobre Fiorella.

Necesitaba salir del campo de la duda. Nicolás dijo que estaba ciega. Que Fiorella me había atrapado en su red. ¿Pero qué lo conducía a decirme todo eso? ¿Cuáles eran sus fundamentos? Tenía que averiguarlo y, la única forma de hacerlo, era haciéndome pasar por su amiga, usarlo, como seguramente él usaba a otras chicas...

Finalmente, había tomado una decisión, ejecutaría el plan. Tomé mi celular. Busqué su mensaje y respondí:

¡Ey, Nicolás! Lo siento. No debí tratarte de ese modo. 😞 No soy así. No me gusta ser agresiva. Ni mucho menos insultar. Soy inteligente y algo anticuada, jaja... 😊

Su perfil pasó de *últ. vez hoy a las 11:32* a *en línea*.

Era el momento indicado para iniciar una conversación y averiguar cosas sobre Fiorella.

Hola, Lucila. No te preocupes. Es pasado. 😊

¿Te importaría empezar de cero? Ya sabes, como bien lo has dicho, es pasado. Pretendamos que aquí no ha sucedido nada.

¿Y? 🤔

Y... yo qué sé. Quizás podríamos ser amigos.

Pero... apenas te conozco.

Bueno, eso es verdad... pero podríamos llegar a conocernos. No lo sé. Quizás podríamos beber algo. ¿Cómo lo ves?

Mmm... suena bien. Necesito nuevas amistades en este pueblo.

¿Lo dices por Fiorella?

Sí. Lo siento. Sé que es tu amiga, pero no es una buena persona. Créeme. Es manipuladora, egoísta, hipócrita, extremadamente egocéntrica... Ya no quiero rodearme de personas como ella.

Lo sé. He notado algo raro en ella, algo de lo que antes no me percataba. Quizá esté manipulándome, no lo sé, pero el otro día me sentí inferior por algo que ella dijo y, después de pensarlo relajadamente, me di cuenta de que siempre ha hecho ese tipo de acotaciones y, lo admito, antes no me molestaban, pero ahora empiezan a hacerlo.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué te dejas tratar así? 😊

Esa pregunta me hizo reflexionar. Conocía el motivo, pero me detuve a considerar si debía decírselo a Nicolás.

Después de meditarlo, me di cuenta de que si le decía la verdad, quizás sentiría un poco de pena y eso facilitaría el acercamiento.

Es porque no tengo muchos amigos y ya sabes... 🦊

Ah... entiendo.

No, no lo entiendes. No sabes lo difícil que es querer acercarse a alguien y no saber qué decir, ponerse nervioso, tartamudear, hacer chistes malos... es horrible.

Créeme. Te comprendo. 🐼 Cuando tenía tu edad, o quizás cuando era un poquito más chico que tú, tampoco tenía amigos. 🐱 No sé aquí, pero en Buenos Aires, los chicos eran muy malos. Recuerdo que solían golpearme, me arrojaban refrescos y se reían todo el tiempo, incluso yo me reía. Siempre se me escapaba esa risita nerviosa: ji, ji, ji... Era horrible, pero hasta ese entonces no sabía cómo enfrentarlos.

¡GUAU!, pensé.

Me costaba mucho creer que Nicolás, ¡Nicolás!, había pasado por todo eso. ¿Él? El chico con el cuerpo más hermoso del mundo. ¿Él? El chico con los dientes más blancos del país. ¿Él? El chico que subía fotos con el hashtag *#unfiltered* y de igual modo lucía bien. ¿Él? Increíble.

¿Y qué sucedió? ¿Cómo te convertiste en el actual Nicolás? Es decir, no pareces el típico chico que sufre bullying en la universidad. 🙄

*Supongo que en la universidad es diferente. Pero también me di cuenta de que el problema era yo. Yo dejaba que me insultaran: por mi delgadez o porque mi familia era adinerada y diferente o por mi escoliosis. Sí, sufrí escoliosis en mi adolescencia. Un día, comencé una rutina de ejercicios, no para convertirme en otra persona, sino para convertir mi **yo** en alguien que soñaba ser. 🧐 Quería ser mejor persona y tener un cuerpo atlético, cuidarme, ya sabes...*

Oh. ¿Y dejaron de burlarse?

Nop... pero al menos me sentía bien conmigo mismo y eso es todo lo que importa.

Ja, ja... qué gracioso. 😏

¿Crees que soy gracioso? ¿No me detestabas? (Broma)

Lo sé y supuse que se trataba de una broma. Paréntesis innecesarios.

Lo siento. 😞

¿Qué te parece si salimos esta noche a dar un paseo en tu 🚗?

Ah... ¿Por qué tenemos que usar mi coche? 🙄

Eh... yo no tengo uno. Además, tengo diecisiete. Necesitaría un permiso firmado por mis padres para obtener la licencia de conducir y ellos no lo firmarían ni aunque estuvieran drogados. Ja, ja, ja...

Está bien. De todos modos ya estoy empacando. Regresaré a Buenos Aires. Me gusta pasar el tiempo con mis primos, pero mañana tengo clases.

Uh... ¿Y cuándo regresas? 😞

Nunca. 😊 *A menos que quieras verme uno de estos días.* 😊

Ja, ja, ja... mmm... veremos. Adiós y buen viaje.

Adiós. Cuídate.

¡Oh, por Dios! Nada mal Nicolás, pensé. No se parece en nada al chico del que me habló Fiorella.

Había oscurecido. Bebí un té acompañado de galletas Oreo untadas en mantequilla de maní y me fui a la cama.



—Espero que hayan estudiado para el examen de hoy porque no es nada fácil.

No podía creerlo. Había ocupado la tarde anterior en mensajes con Nicolás por lo que había olvidado estudiar para el examen de Geografía. ¡MIERDA!

—Fiore, olvidé estudiar.

—¿Tú? Ja, ja... no te creo.

—Lo digo en serio...

Después de saludar, el profesor de Geografía, en este caso el señor Martinengo, ordenó cerrar cualquier clase de libro y anotador y apagar todo dispositivo electrónico. Dejó en claro que no quería ningún objeto debajo de los bancos, que las pertenencias personales debían permanecer en el interior de los bolsos y que estos se encontrarían sobre su escritorio para un mejor control de su parte. Era demasiado exigente.

Se aproximó a mi puesto para entregarme la hoja de examen.

—Discúlpeme, señor Martinengo. Necesito decirle que ayer ha sido un día problemático para mí y... y... me siento muy avergonzada al pedirle esto, pero ¿sería tan amable de tomarme el examen la próxima clase?

—¿Qué te hace pensar que puedes tomar el examen otro día? —murmuró Fiorella.

—¿Tiene certificado médico, señorita Higgins? —preguntó con seriedad el señor Martinengo.

—No... tuve problemas familiares. —No se me ocurrió otra cosa. Estaba mintiéndole a un profesor y eso me aterraba.

—Bueno. Eh... ¿al menos tiene una nota firmada por sus padres? —insistió.

—No, señor.

—Entonces, ¿qué le hace creer que usted podría tener algún privilegio con respecto al resto del alumnado de esta institución?

—Nada profesor. Pensé que tal vez, como esta es la primera vez y tengo buenas califica...

—Lo siento, señorita Higgins. La respuesta es no.

Estaba enfadada. Siempre daba lo mejor de mí y ¿para qué? Si cuando quería un favor de este profesor de mierda, no podía concedérmelo.

—Quiero hablar con el director —exclamé en un tono firme.

—No en mi asignatura. Haga el examen, señorita Higgins. Y permanezca en silencio, por favor, o empezaré a descontarle puntos.

Esa mañana me marché irritadísima a casa. El examen fue un completo cataclismo. Desaprobaría. Eso seguro.

Despreocúpate, Lucila. Tienes buenas calificaciones. Esto no afectará el promedio general, pensé, en un intento de autoayuda.

Lo cierto era que el promedio general no importaba. Era consciente de que, si desaprobaba ese examen, recibiría una paliza por parte de mi padre y, créeme, los golpes que él me daba... no era el castigo tradicional que le daba un padre a su hija. Él me atizaba con brutalidad, cortaba mis labios, lastimaba mis pómulos, hacía sangrar mi nariz. Era un demente desquiciado.

Mi celular vibró. Era Nicolás.

Ahora no, idiota, pensé.

Ya no soportaba toda esta situación llena de engaños y mentiras. No sabía cuánto tiempo más continuaría con ello. Estaba atravesando un momento de desequilibrio emocional. Toda la situación me estaba provocando un trastorno bipolar, una nubosidad espesa, de esas que confunden y no te dejan escapar.

Necesitaba salir de ese lugar. Debía dejar la confusión y la alteración de lado. Si quería seguir con mi plan, debía esforzarme.

La respuesta tenía dos opciones. Uno, él mentía con el objetivo de manipularme y poner a Fiorella en mi contra. Dos, Fiorella mentía. Sí realmente quería averiguarlo, debía hacer lo mío.

Buenas tardes. ¿Cómo estás hoy, princesita?

¿Princesita? ¿Desde cuándo?, pensé.

Hola, Nicolás. No soy una princesita. 🙄 ¿Qué necesitas?

Lo siento. No fue mi intención molestarte. Es que yo creo que eres una princesita.

No lo soy. ¡Jesús! Apenas me conoces.

¿Día malo?

Lo usual. 😊 De cualquier modo... lo siento. Solo porque tenga un mal día no quiere decir que deba molestarme contigo.

No te preocupes. Esta mañana estuve observando tus fotos en Instagram y tus estados de Whatsapp. 🧐🧐

El chico cambió de tema más rápido de lo que me había tomado en guardar su número.

Eres linda. 🐱

Estábamos a doscientos veinte kilómetros de distancia pero, aun así, logró que mi piel se pusiera roja.

Sí... bueno. Yo no diría lo mismo.

No se me ocurrió otra cosa para responderle. Este Nicolás me ponía los nervios de punta.

¡Oh, vamos! Eres muy bonita. No lo tomes a mal, por favor.

Por algún motivo, esas palabras me hicieron sentir bien, muy bien, y al mismo tiempo, tuve miedo y nervios, muchos nervios.

Y... ¿qué estudias, Nico? 😊 ¿Puedo llamarte así?

*¡Sí! Todos mis amigos y familiares me llaman Nico.
Estudio Ingeniería Civil.*

¡Ah, qué bueno! Yo quiero ser arquitecta, por eso estudio en el Instituto Técnico Ideas de Oro, en Aguas Doradas. Es el pueblito que está cruzando la carretera.

Todo este tiempo pensé que Aguas Doradas y Paraje del Viajero eran el mismo pueblo.

No, no lo son. Ingeniería Civil y Arquitectura se asocian mucho, ¿no lo crees? 🏠

Sí, supongo que sí. ¿Te vendrás a vivir a Buenos Aires cuando termines la secundaria? Digo, por la universidad. No creo que haya una en tu pueblo, ja, ja...

No lo sé. Mi papá no está seguro de que sea una buena idea. 😞 Cree que es una ciudad muy grande para mí. Dice que no sabría qué hacer ni a dónde ir. Así que de seguro me mudaré a Córdoba Capital, a la casa de una tía. Asimismo, si Buenos Aires fuera una posibilidad, no tendría donde alojarme.

Tonterías. Podrías venir a vivir conmigo, si quieres.



Otra vez jugaba al seductor, pero eso era bueno para mí.

Aunque no me agradaba, ya que evidenciaba que me manipulaba, significaba también que mi plan funcionaba.

¡Seguro!, ja, ja...

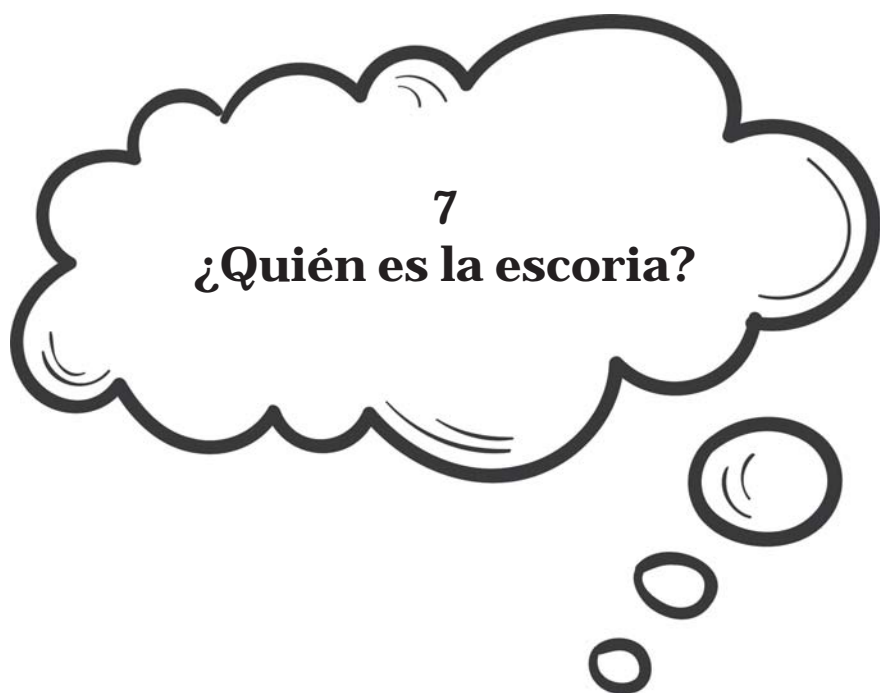
Lu, lo siento. Tengo que irme. Debo seguir estudiando Probabilidad y Estadística. ¡Guau! ¡QUÉ LOCO! Hemos conversado durante toda la tarde. 😊

¡Mierda! Otra tarde perdida, pensé.

No hay problema. Adiós.

Adiós. ¡Ah! Espero que mañana aceptes una llamada telefónica. Quiero escuchar tu voz. 😊

¡Oh, Dios mío! Mi voz era horrible. ¿Qué se supone que haría? De ninguna manera podía aceptar una llamada de él. Haría todo lo posible por rechazarla. Pero bueno, eso ya era problema para el futuro, un futuro muy cercano por supuesto, pero en ese momento debía ponerme a estudiar para el examen de Biología que se avecinaba. No quería reprobar como lo había hecho, seguramente, en Geografía.



Desperté con un terrible dolor de estómago. La causa: tenía que hablar con Nicolás. Eso me asustaba.

¿Y si no le agrado?, pensé.

Debía pretender que me interesaba. Que, poco a poco, comenzaba a quererlo, cuando lo que verdaderamente quería era saber quién mentía, ¿él o Fiorella?

Llegué al salón de clases y me senté junto a una de mis compañeras gemelas, Julieta. Era la primera vez que me sentaba cerca de alguien que no fuese Fiorella, pero necesitaba dar un paso hacia atrás para tener una mejor perspectiva de la situación. Si me manipulaba, ya no quería que siguiera sucediendo.

—¡Ey! ¿Qué haces ahí? Ven a sentarte conmigo —ordenó Fiorella.

—No, gracias, Fiore. Debo sentarme lo más adelante posible porque desde el fondo no puedo ver bien la pizarra —respondí, sonando algo irónica.

—Lo que tú digas. ¿Puedes venir a casa después de clases? Podemos ir de compras.

—¡Genial! —respondí poniendo mi mejor cara.

Por un lado, pensé que había sido una estúpida, que no debí aceptar, pero luego lo vi como una oportunidad para que no sospechara nada. Además, el hecho de que no estuviera en mi casa servía como una buena excusa para no hablar con Nicolás.

Faltaba poco más de una hora para irnos.

Julieta parecía bastante agradable. Me contó de su vida y sus aspiraciones. Quería ser diseñadora de modas. También mencionó algunas de las cosas que le gustaba hacer, a qué clubes iba y esas cosas.

Sonó el timbre de cambio de cátedra.

—¡Oh! Ahora tenemos Geografía, hoy nos entregan los exámenes —mencionó Julieta.

Mierda. Olvidé que era hoy, pensé.

El profesor ingresó al salón de clases.

—Ahora los llamaré uno por uno para entregarles los exámenes. Quiero que se acerquen con el cuaderno de calificaciones abierto en la asignatura *Geografía*. ¡No... traigan... los... cuadernos... cerrados. No me gusta perder mi tiempo! —aclaró, dejando un espacio incómodo entre cada palabra— Los exámenes son lamentables. Solo cuatro personas aprobaron.

—Ya podemos imaginarnos quiénes son —acotó Fiorella.

—Era obvio que lo decía por mí. Por la forma en la que me miraba, era más que obvio. Yo siempre obtenía nueve y diez. Eso le molestaba.

Giré mi cabeza hacia ella y respondió lanzándome un beso. Un beso de diva, creyéndose que con él podía solucionar cualquier problema. Pretendía ser la mejor amiga del mundo. A veces podía asegurar que ella era la escoria. Especialmente en situaciones como esta, donde ella se comportaba como si fuese un ser supremo o algo parecido.

—Señorita Higgins, al frente con el cuaderno de calificaciones, por favor —llamó el señor Martinengo.

¡Mierda! ¡¿Tenía que ser la primera?!, pensé.

—¡Qué vergüenza, señorita Higgins! Una alumna tan sobresaliente como usted —exclamó el señor Martinengo—. Tome, aquí está su examen.

Caminé muy despacio hacia mi asiento. No podía quitar la mirada de la hoja. El examen era un fracaso.

—¿Qué obtuviste, Lu? —preguntó Fiorella.

—Luego te digo —respondí con frialdad.

Después de clase, fui directo a casa de Fiorella.

Usualmente, cuando Fiorella y yo nos juntábamos, nuestra actividad principal era sentarnos en el piso de su habitación a pintarnos las uñas. Yo me encontraba sobre una alfombra blanca, pintándomelas de un color *azul pastel*. Solo me faltaba una uña cuando mi celular vibró. Dejé el esmalte sobre la mesa de noche y saqué el celular de mi bolsillo. En eso, Fiorella me lo quitó de las manos. No entendí porqué lo hizo. Ya había perdido esa vieja costumbre.

—A ver quién es... —dijo Fiorella con un ligero tono de pregunta y arrastrando las palabras—. ¿Es un chico?

—No, Fiorella. De seguro es mi mamá, dame el celular así le respondo.

—Bueno, mejor aún. Veamos si has sido una niña mala —continuó, llevando sus bromas a mi límite de tolerancia.

—¡No! No quiero... es mi celular. No tienes motivos para arrebatármelo así —le decía, mientras paleábamos por sujetarlo.

—¡Ay! ¡¿Qué importa?! —gritó, abriendo el mensaje entrante.

Su cara pasó de sonriente, a muy, muy seria y pálida.

—¿Qué pasa, Fiorella? ¿Quién es?

—¿Nicolás? ¿Por qué te escribes con él?

Me invadieron los nervios. No sabía qué contestar.

—¡Qué te importa! ¡No es asunto tuyo!

—Sí, sí lo es. Él fue *mi primer*... ya sabes lo que siento por él —respondió con una voz un tanto tenue.

—¿Y qué? Eso no te da derecho a prohibirme que me hable con él. Y no fue tu novio. Solo tuvieron sexo, así que deja de decir que fue *tu primer*, por favor. Suena ridículo. Ahora dame el maldito celular.

—Está bien, no me da el derecho... y él no fue mi novio porque lo único que quería era usarme para que perdiera mi virginidad y disfrutar de ello, eso es todo, no quería otra cosa. Ahora toma el celular —me dijo enfadada, arrojando el celular sobre la cama—. La peor parte de todo esto es que hará lo mismo contigo. Eres tan ilusa. Aún tienes tanto por aprender.

—Gracias por la advertencia. Con permiso, me voy.

Me marché muy orgullosa de su casa. Bueno, algo que sabían aquellos que me conocían muy de cerca, era lo orgullosa que podía llegar a ser. Mi mamá me dijo que cuando tenía alrededor de unos once años, discutía frecuentemente con mis compañeros de la escuela primaria. Me contó que incluso insultaba a mis maestras y cosas así.

Con el tiempo, me di cuenta de que estaba actuando igual que mi padre. Así que comencé a tratar mejor a las personas, especialmente a todos esos con los que convivía diariamente.

Creo que por eso nunca tuve muchos amigos. Al principio era mala con ellos y luego tenía miedo de acercarme, temía arruinarlo todo; prefería saber que no sentían nada por mí o que solo les caía bien, antes de que me odiaran.

Traté de llegar a casa con rapidez, porque ya era noviembre y las temperaturas sobrepasaban los veintiocho grados centígrados.

Caminé directo hacía la nevera. Me serví un vaso de Coca-Cola con mucho hielo y me fui a mi cuarto.

Era algo obvio que Fiorella era una escoria, pero debía confirmarlo. Y tenía que averiguar si Nicolás también lo era. Quizá si lo hacía bien, incluso podría utilizar a Nicolás para experimentar, para salir de Paraje del Viajero. Todo un asunto que requería de un plan bien ejecutado.

Tomé el celular y abrí su mensaje:

Hola princesita. ¿Cómo estás? ✨ ¿Cuándo me dejarás escuchar tu voz? 💖

¡Uh!... me imagino lo rápido que latió el corazón de Fiorella al leer esto, pensé.

Me di cuenta inmediatamente de que debía tomar el rol de ingenua, la *niña buena*, por así decirlo. Tenía que fingir ser esa chica callada, muy educada y tímida a la vez:

Tengo miedo, Nicolás. No estoy segura de hablar contigo. No creo que esto sea solo una llamada. Sabes a qué me refiero. Y después de lo que me dijo Fiorella ¿por qué confiaría en ti? 🐱 No me lastimes. Ya tuve suficiente...

No te preocupes, hermosa. 😊 Ya te expliqué lo que sucedió con Fiorella. Ella sabía que yo solo quería sexo. Ella no despertaba nada en mí. Sin embargo, tú, no sé, es distinto. Pareces alguien interesante. Tengo la extraña sensación de que eres buena y segura e inteligente. Pareces una chica con la que se puede tener una conversación de temas profundos. Y también tienes ese algo del que quiero saber más. 🤔

Después de ese mensaje... luego de que me llamara hermosa y de que me dijera que era buena e inteligente, no lo sé, me sentí satisfecha, feliz.

Insistió por un rato en llamarme. Indudablemente, me negaba en cada ocasión. Si realmente quería conocerme, que lo demostrara.

Déjame llamarte, por favor. Quiero conocer tu voz. 💕

Perdón, Nico. No puedo, hay gente en casa. 😞

Mmm... cierra la puerta de tu cuarto. No seas mala, por favor. Te lo ruego.

¡No puedo! Tengo que estudiar. Mañana, quízás. 💋💋

Está bien. Ahora ve a estudiar, pero mañana hablamos, ¿sí? Si no, moriré de un vacío en mi corazón. ❤️

Te lo prometo.



Había llegado el día de hablar con Nicolás. Esa mañana, no llevé el celular a clases para evitar distraerme, por lo que no había estado en contacto con el resto del mundo por algunas horas. Cuando llegué a casa, alrededor de las doce y treinta, mi mamá estaba esperándome con unos ricos ñoquis, mi plato favorito.

Como de costumbre, mi papá no había regresado desde el día anterior. Seguramente se había emborrachado en algún bar de la zona. *Eclipse Moon* era su favorito.

Mi mamá, estúpida o devota a él, dejó algunos ñoquis en la nevera para que, cuando el *hombre de la casa* llegara, pudiera llenar su asqueroso estómago con algo que no fuese alcohol.

—Mamá, ¿adónde está papá?

—Aún no ha vuelto. Ya conoces a tu padre. En estos momentos debe estar borracho, merodeando por ahí.

—Mamá... ¿por qué no nos vamos? Simplemente larguémonos de aquí. Huyamos, yo qué sé, a Córdoba o a Buenos Aires, o a cualquier otro sitio. ¡A la Antártida si es posible! Mamá, ¡nos trata como animales! —grité furiosa.

—Hija, basta. ¿A dónde quieres ir? No tenemos suficiente dinero como para pagar un alquiler. Necesitamos del dinero de tu padre. ¿Y abandonarlo? Él es alcohólico... solo necesita un poco de ayuda, ¿no te parece? En lugar de huir, ¿por qué no piensas en ayudarlo? —me respondió, secándose las lágrimas con el paño de cocina.

—¡Ya hemos intentado ayudar en más de una ocasión! —grité—. Su única medicina es ultrajarnos y golpearlos. Si tú mamá quieres quedarte con él por el resto de tu vida, bien, pero yo ya tengo diecisiete. A los dieciocho me iré de esta casa. Quizás me vaya a Córdoba, a lo de la tía Clara. No lo sé, pero quiero dejar de ser golpeada por un hombre que apenas puedo llamar papá. Sabes que nunca conocí el significado de esa palabra, ¿verdad? Lo llamo *papá* por ti. Porque sé lo mucho que te duele cuando le digo Barend. Pero él no es mi papá. El hecho de que lleve su sangre no significa nada, el amor nace en el corazón y el no tiene corazón.

Tomé la vajilla y me fui directo a mi cuarto.

No quería almorzar con mi mamá. Se comportaba de una manera muy irracional. Sabía que ella no era totalmente culpable, pero me molestaba que fuera tan ilusa y me fastidiaba que, cuando Barend me pegaba, ella siempre se quedara allí, mirando, sin hacer otra cosa más que llorar. ¡¿Por qué no actuaba?!

No terminé mi almuerzo. Ya no tenía hambre.

Encendí el celular. Aparecieron seis llamadas perdidas de Nicolás y como unos ocho mensajes. Todos preguntando por qué no contestaba.

Abrí el Whatsapp y le respondí:

Perdón, Nico. Tuve algunos problemas.

Me interesaba su respuesta. Quería ver cuán lejos llegaba su preocupación.

Uh... bueno. Entonces te perdono. Ja, ja. ¿Qué pasó?

Nada de qué preocuparse.

¿Segura? 🐼

No es nada. 🐼

¿Es por el dos de Geografía?

¿Qué? ¿Cómo sabe sobre el dos de geografía?, pensé.

¿Cómo sabes eso?

Fiorella. ¿Ahora me crees cuando digo que está loca? 🖋️🖋️

¡No puedo! 🤔🔑

¡Mira! Te reenviaré su mensaje, ¿sí? 😊

No hay problema. Te creo.

Aquí va...

“¿No fue suficiente conmigo que ahora tienes que cogerte a mi mejor amiga?”

¡Guau! ¿Y tú qué respondiste?

Eh... que ella sabía que yo no quería nada serio y que se lo había dicho desde un principio. Ella respondió que al principio tampoco quería nada serio, pero que luego se enamoró y que yo no me hice responsable. Es decir... ¿responsable de qué?

Es una loca histérica. 😊

Sí. Y dejemos de hablar de ella. Eso sí, si alguien te dijera algo malo sobre mí, no hagas caso. Si eso llegase a suceder, me preguntas y te explicaré bien todo, ¿sí?

Eso me pareció exageradamente sospechoso.

¿Algo como qué?

Yo qué sé... que todo me importa una mierda y cosas por el estilo. Porque debo confesarte que antes no me importaba nada y que manipulé a mucha gente para tener sexo. Incluso engañé a mis exnovias y exnovios.

¿Exnovios? ¿Entonces eres bisexual? 😊

No, no lo soy. En algún momento me sentí cansado de las mujeres, por así decirlo, e intenté con hombres. Pero la verdad, al menos en mi experiencia, algunos gays son iguales de jodidos que las mujeres. ¡Ah! Hablando de eso. Olvidé contarte que soy hijo de dos lesbianas. ¿Hay algún problema con eso? Digo, no eres homofóbica, ¿verdad? 😊

No. Digo... ¡No! Tengo familiares gays y los quiero como a cualquier otro integrante de la familia. Muchos aún no entienden que son seres humanos. 😞 ¿Cuáles son los nombres de tus mamsis? 🙄

Linda y Melina. 🙄🙄 En fin... volviendo a lo importante. ¡No tomes tan en serio todo lo que te digan sobre mí! ¿De acuerdo?

De acuerdo. 🐱

¿Ahora me dejarás llamarte?

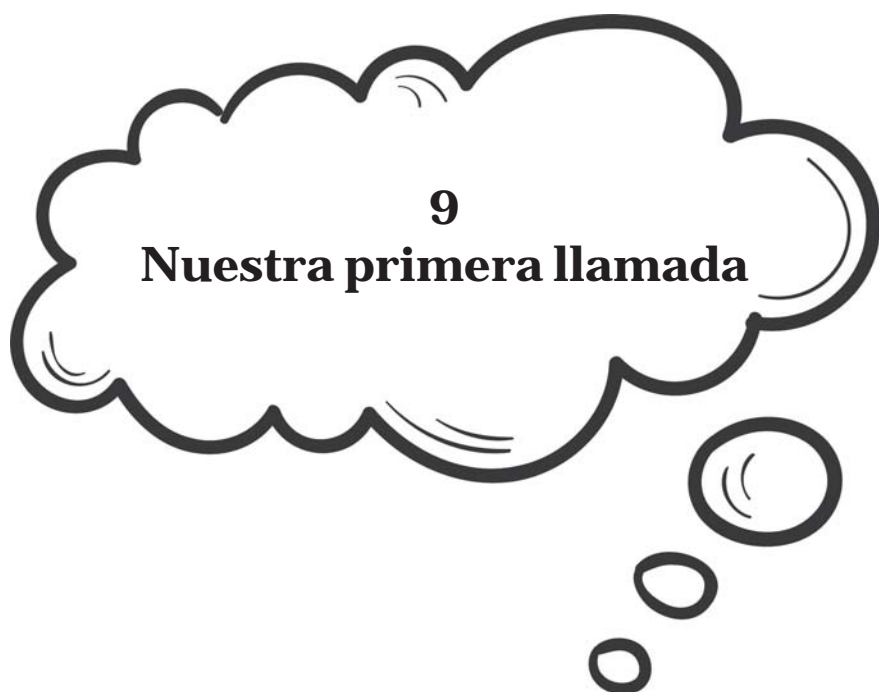
Me encontraba tan vacilante. Fiorella me había demostrado con sus acciones que era una desgraciada. Pero no tenía pruebas sólidas como para confirmarlo del todo. ¿Por qué le había contado a Nicolás sobre el dos de Geografía? Algo en mi interior me decía que aún se preocupaba por mí, pero otra voz me decía que solo quería liberarse el camino. Necesitaba saber qué habíamos tenido durante tantos años. ¿Había sido una amis-

tad o había sido una ilusión que ella había creado en mi cerebro? Y Nicolás... ¿Era tan lindo y honesto como parecía?

Continuaría con mi plan. Debía ver con mis propios ojos las respuestas a tantas preguntas, pero debía apresurarme porque la situación se estaba volviendo algo tóxica.

Está bien Nicolás, eres digno de llamarme. Ja,ja,ja...

Y, al menos por unos milisegundos, me sentí alguien importante.



Mi celular sonó. Tenía *Hello*, de Adele, como tono de llamada.

Me detuve por un momento a escuchar la canción. Ayudaba a relajarme.

—Hola —contesté tímidamente.

—Tienes la voz más hermosa del mundo —respondió.

Me exalté. Apenas dije *hola* y él ya me estaba haciendo un cumplido. No podía estar pasando.

—No bromees —continué—, ambos sabemos que no tengo la voz más hermosa del mundo. No es delicada, ni dulce, ni armónica. Ni siquiera es excitante.

—Eso, según tu opinión —respondió Nicolás—. Yo creo que es preciosa.

—¡Para! Me estás poniendo nerviosa.

—No deberías. Estuve viendo tus fotos en Instagram. Eres muy bella, Lucila.

—Gracias, Nicolás. Tú también.

—Nico... Hay algo que necesito preguntarte y tienes que responderme honestamente, ¿sí?

—Sí, hermosa. ¿Qué es?

—Perdón. Sé que acordamos en no hablar más de Fiorella, pero esto significa mucho para mí y necesito saber la verdad acerca de ella.

—No te preocupes, hermosa. No tienes nada de qué disculparte. Dime.

—Gracias... em... ¿Recuerdas aquella vez cuando me dijiste que Fiorella era la peor persona que habías conocido?

—Sí.

—Bueno. Necesito saber por qué. Y quiero saber algo más allá de lo que ya me dijiste. ¿Hay algo que se relacione a mí?

—¿Estás segura de que quieres hablar de esto?

Honestamente, me daba mucho miedo enterarme de algo que no quisiera escuchar, que me doliera, o que de repente supiera que la amistad que había tenido con ella durante años era una farsa, una ilusión.

—Sí, estoy segura —respondí.

—No sé por dónde empezar. Déjame decirte esto. Ella no solo ha sido cruel contigo. Fiorella es así con todo el mundo. No le interesa otro ser humano, solo se preocupa por ella misma y hace lo que sea para conseguir lo que quiere. No tiene límites. Eso sería algo bueno si se mantuviera en la escala del bien, pero a veces parece que no tuviera corazón. ¡Cómo esa vez por ejemplo!

—¿Qué vez? —pregunté precipitada.

—Cuando murieron tus abuelos. Los padres de tu mamá.

—¿Cómo sabes eso?

—Fiorella me contó que estaba enojada contigo porque te pasabas todo el día llorando y que te encontrabas tan triste que no podías comprar su desayuno antes de ingresar a clases. Es estúpido enojarse con alguien por eso.

—Eso es verdad. Y sí, le solía comprar su desayuno cada mañana porque hay un bar-café en mi camino a la escuela. Dejé de hacerlo porque mi abuela era como mi segunda mamá y perderla fue un golpe duro. Me levantaba muy sobre la hora y creo que desde ese momento empecé a llegar tarde a clases.

Mi abuela no era solo mi segunda mamá. Solía escabullirme a su casa cuando Barend intentaba golpearme. Mi abuelo no era tan malo. Siempre guardaba dulces en una pequeña cajita azul que colocaba en la entrada. Entonces, cuando yo llegaba, podía servirme mis golosinas favoritas. Siempre supieron que Barend era un demente, pero nunca pensaron que llegaba así de lejos con su violencia.

Fallecieron de una forma horrorosa. Una noche hubo un incendio a causa de un mal funcionamiento en la calefacción. Toda la casa se consumió, con ellos dentro.

—Lamento tu pérdida —dijo Nicolás.

—Gracias. Han pasado más de tres años. Ya no me siento así.

—¡Ah! También me contó que, hace unos años, solía abrir tu calendario y cambiaba las fechas de exámenes así tú no estudiabas a tiempo y te sacabas malas calificaciones.

—¿Qué?!

No podía creerlo. No podía creer que Fiorella hubiera hecho esas cosas a mis espaldas.

—¿Dijo algo más? —agregué.

—Estoy seguro de que sí, pero ahora no creo acordarme de nada más. Dice tantas cosas —bromeó—. Siempre hablaba de lo fácil que eras de persuadir. No estoy de acuerdo con ella, me costó bastante que tuviéramos esta llamada. Bueno... debe ser toda una profesional.

Soltó una risa.

—¡Sí! Aparentemente lo es.

Había algo que me preocupaba. Temía que Fiorella le hubiera mencionado algo sobre Barend. No estaba lista para eso. No quería hablar sobre él. Me avergonzaba tener un papá así. No era normal.

—¿Dijo algo acerca de mi papá?

—No, no que yo recuerde. ¿Algo más que quieras saber?

—Mmm... ¿Qué hacías tú cuándo ella te contaba todo eso?

—Trataba de cambiar de tema. Es decir, ¿quién habla así de su mejor amiga? A veces me sentía incómodo y, aunque hasta entonces no te conocía, me dolía. Lo que hace Fiorella es cruel.

—Sí... Gracias por contármelo. Significa mucho.

—De nada, hermosa. ¿Te parece si hablamos de otra cosa?

—¡No podría estar más de acuerdo! —respondí.

Soltó otra risa.

—Amo la forma en la que te ríes —dije.

¿Qué estaba haciendo? Nunca le había dicho algo lindo a un chico. Mis nervios estaban al ciento por ciento. Temía decir algo fuera de lugar y quedar como una completa desubicada.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad— Mi risa es normal.

—No, no lo es. Es muy peculiar, muy inocente. Es una risa infantil, por decirlo de algún modo.

—¿Inocente? ¿Infantil? Sí, claro —continuó con sarcasmo—. Eres muy dulce. Nunca nadie me había hecho sentir así. Sé que sueno exagerado, pero siempre me han dicho que mi cabello es lindo, que soy bonito, que mi cuerpo fue tallado a mano, pero nunca algo más detallado y profundo. Nunca nada que no sea superficial. Eso demuestra que puedes ver más allá de lo que la gente ordinaria puede hacerlo.

—Muchas gracias.

Me invadió una sensación cálida. Por primera vez, alguien que no era yo, me valoraba por ser diferente. De un modo u otro, ser especial, diferente, no estaba mal y eso me hacía feliz.

—¿Tienes que estudiar para algún examen? —preguntó con tono de interés.

—No. Hoy es veintitrés de noviembre, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces no. Esta mañana fue el último día permitido para tomar exámenes y el treinta es el último día de clases.

—¡Ah... genial! Solo una semana.

—Sí, por suerte voy a tener ¡vacaciones!

No sabía qué más decir, su voz tan juvenil me atontaba. No sonaba como la voz de un chico de veinticuatro años, más bien era la de un chico de diecinueve.

—¿Te gustaría conocerme? —preguntó.

Me encontraba tan vacilante. Ya no era necesario continuar con el plan y seguir fingiendo. Había descubierto que Fiorella era la escoria, pero aun así, quería saber más acerca de Nicolás. Durante el poco tiempo que habíamos estado platicando, me había demostrado ser leal y bueno. También debía confesar que

fantaseaba con él. Como si no me hubiese gustado. Era un bombón. Su foto de perfil en la playa... ¡Grr! Estaba para comérselo a besos. En fin, debía tomar una decisión.

—Sí, me encantaría... pero primero quiero saber más de ti y luego, si todo marchase bien, nos juntaremos. ¿Estás de acuerdo?

—Está bien. No quiero apresurarte ni nada de eso. Es solo que no había encontrado a nadie como tú. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a alguien inteligente, con un sentido del humor similar al mío, que sea educada, decidida y que piense en su futuro? Es casi imposible.

¡Ah! Ya era demasiado para mí y el español no disponía de las palabras necesarias para describir cómo me sentía en ese momento.

Respondí con un simple:

—Puede ser...

—¿Así que quieres estudiar arquitectura? —preguntó.

—Sí. Es mi sueño desde que tengo memoria, pero... no sé si podré lograrlo.

—¿Por qué no? Eres muy inteligente.

—Sí, quizás lo sea, pero no todo depende de ello —dije—. Mi familia no puede pagarme los estudios y, aunque me ganara la beca en la que me he inscripto, no me alcanzaría para pagar el alquiler de un departamento.

—Puedes venirte a vivir conmigo.

Él quería que sonara como una broma, pero en lugar de eso, dejó un silencio incómodo.

—Eso sí —agregó— tendremos que irnos a vivir a Córdoba. Solo me quedan dos materias para recibirme de ingeniero civil. Abriré mi estudio de arquitectura en Córdoba Capital.

—¡Felicidades! Bueno, podríamos cruzarnos. Supongo que mi única oportunidad para ir a la universidad, sería llamar a mi tía Clara, quien vive en Córdoba Capital, y preguntarle si puedo mudarme con ella. De igual modo, dudo que eso suceda. Esa mujer es tan rara.

—O puedes mudarte conmigo. Estaré solo.

Solté una pequeña carcajada y observé la pantalla del celular. ¡Ya habían pasado cuarenta y seis minutos!

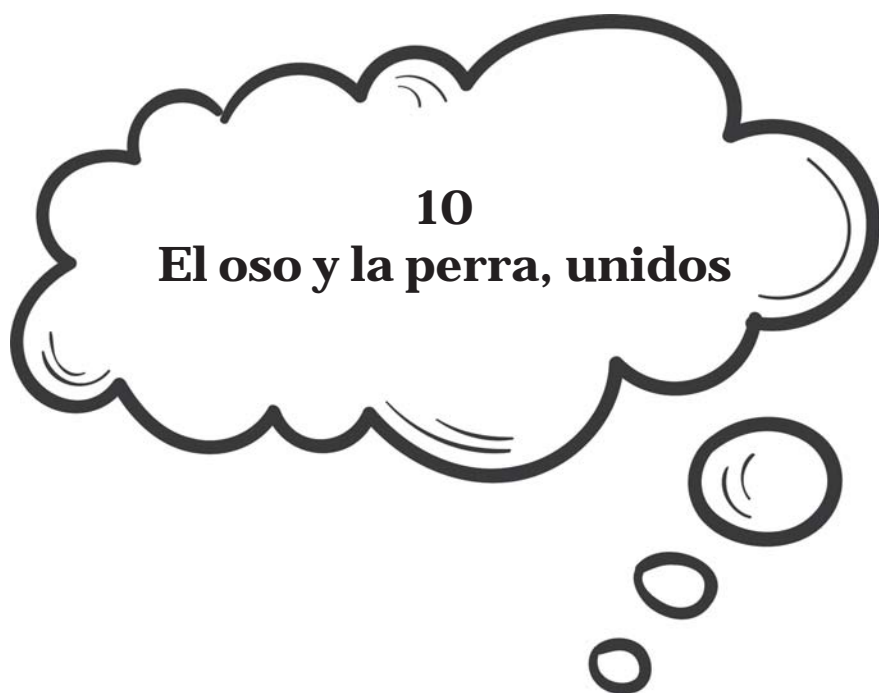
—Ya hemos hablado cuarenta y seis minutos —le dije.

—¿Y qué?

—Nada... que tengo que irme. Mi mamá me dejó un texto diciéndome que, apenas pueda, me acerque a su trabajo.

—Ah, está bien. Besos, princesita.

—Besitos —respondí, cortando la llamada.



Ya era veintiocho de noviembre.

¡El tiempo volaba!

Hubo un cambio repentino en mi vida en muy poco tiempo. Había conocido a Nicolás de la manera más extraña posible, bueno, al menos de la manera más rara que había experimentado hasta entonces.

Estaba por terminar la secundaria. En unos meses tendría que encontrar el modo de mudarme a algún sitio para cumplir mis sueños. Me aterraba, estaba nerviosa y tenía curiosidad por lo que pasaría.

¿Hasta dónde llegaría? Era, quizá, la pregunta del millón.

Finalmente me estaba graduando.

En mi secundaria, como en la mayoría, se realizaba un evento después del acto de colación para celebrar la graduación. Este año, se llevaría a cabo el dos de diciembre.

Nicolás, por otra parte, insistió toda la semana para que saliéramos a cenar. Me llamaba todos los días sin falta y la duración de las llamadas, no era de cinco minutos, excedía la media hora.

No era una chica fácil de persuadir, bueno, al menos eso creía yo. Pero el simple hecho de que me halagara constantemente, me tratara con cariño y me hiciera sentir que para él era alguien importante, ayudó a convencerme. Nicolás sabía cómo tratar a una chica. Conocía casi a la perfección las palabras que tenía que emplear en los momentos apropiados. En mi opinión, eso no era manipulación. Más bien parecía alguien que se esforzaba demasiado por la persona que quería. No lo veía como algo malo. A veces me daba cuenta y no decía nada. Me gustaba caer bajo su encanto.

¿Qué me sucedía? ¿Acaso me estaba enamorando? Noo... no era posible. Bueno, ¿cómo lo sabría si nunca me enamoré antes?

Acordamos encontrarnos el domingo dos de diciembre a medianoche en Villa de los Ramos, una pequeña ciudad a unos treinta kilómetros de Paraje del Viajero.

Le dije a Nicolás que no era una buena idea cenar en mi pueblo por dos razones obvias: la primera, los restaurantes de aquí no eran muy buenos y, la segunda, si alguien nos veía, probablemente se extendería el rumor por todos los habitantes. Si mi padre se enteraba, me mataba. Además, tampoco quería que mi mamá supiera. Me preocupaba que abriera su boca y se lo dijera a Barend.

Nicolás me envió un mensaje diciendo que había estado buscando restaurantes en Yelp y que había encontrado un restaurante italiano que le gustó mucho.

Me dijo que servían los mejores *spaghetti* en un radio de ciento cincuenta kilómetros, según los comentarios de la gente y me preguntó si me parecía una buena idea.

Respondí que sí. En realidad, no me importaba lo que cenaríamos ni dónde. Solo quería conocerlo. Sí, lo admito, necesitaba sentir algo real, algo más fuerte. Creo que estaría mintiendo si dijera que Nicolás hizo todo el trabajo para juntarnos, parte de mí también quería.

Al día siguiente, después de clases, regresé a casa. Ese día, Fiorella y yo ni siquiera nos hablamos. Actuaba raro, como si supiera que yo ya me había enterado de la verdad.

Barend se encontraba en la sala de estar. Mi casa estaba compuesta por una sala, un comedor, una pequeña cocina, dos dormitorios, un lavadero y un tocador.

Barend, ese era el nombre que mis abuelos suizos le habían dado a mi papá, yacía sentado en un fino sillón de cuero blanco que mi mamá había comprado unos años atrás con el dinero de su trabajo. Sostenía una botella de vodka y, trago tras trago, se la estaba acabando.

Pasaron dos horas desde que había llegado a casa. Nicolás debió haber estado ocupado porque no me escribió y eso era algo poco habitual tratándose de él.

El timbre sonó.

Estaba en mi cuarto con mi celular en la mano esperando un mensaje o una llamada de Nicolás. Ya me había acostumbrado, o quizá malacostumbrando, a que se comunicara siempre.

Barend me interrumpe diciendo que había alguien esperándome en la puerta.

¡Por Dios! Que no sea Nicolás. Ojalá no se le haya ocurrido venir a verme. Mi papá me mata, pensé.

Me acerqué a la entrada y, para mi sorpresa, era Fiorella. Sí. ¡Fiorella!

—¿Qué mierda haces en mi casa?!

Mostró un gesto de asombro y frunció las cejas. Fingía no entender mi actitud inusual.

Barend observaba la situación desde cuatro pasos más atrás.

Al verme intacta, sana, sin ningún rasguño y, como venganza, hizo la pregunta del millón:

—Quería hablar contigo. ¿Puedes o estás castigada por el dos que te sacaste en Geografía?

Giré rápidamente. Atrás estaba Barend: alto, muy obeso, con un corte al estilo *afro mal podado*... sus cejas gruesas y su ropa sucia de trabajo le daban un aspecto temible.

Sacó su mano derecha del bolsillo, la apoyó sobre la esquina superior de la puerta y me lanzó una mirada de ira.

—Lo siento, Fiorella, Lucila no puede salir —añadió Barend.

—No se preocupe —continuó Fiorella, retirándose con una gran sonrisa en su rostro.

Barend cerró la puerta. Intentó esconder el furor en su interior, pero este emanaba a través de sus expresiones faciales y corporales.

Después de un intento de calma, me preguntó:

—¿Qué es eso de Geografía?

Rompí en llantos e intenté explicarle que no había entendido bien el tema, que era algo común que sucediera a veces y le pregunté si a él también le había pasado.

—Sí, todo el tiempo... ¡Pero yo no terminé la escuela! —gritó—. Y por eso hoy no tengo el estilo de vida que me hubiese gustado. ¿Quieres lo mismo para ti?

—No...

No me dio tiempo a darle una maldita respuesta.

Dominado por el alcohol, me agarró de un brazo, me arrastró hasta mi cuarto y me arrojó violentamente sobre la cama. Sacó su cinturón de cuero y emprendió la pelea. Me sujetó del escote de la camiseta y me la arrancó, desgarrándola en su totalidad. Cubría mis senos. Temía a que me pegara en ellos. Golpeó mi cara de una bofetada. Ardía. Parecía como si un ejército de hormigas hubiera construido un hormiguero en toda la parte derecha de mi rostro. Intentaba huir, pero mi papá, bueno, Barend, tenía la fuerza de un oso. Imprevistamente, me giró boca abajo y me dio en la espalda con la hebilla del cinturón. Me golpeaba... una y otra vez...

Lloraba y gritaba desconsoladamente. Daba patadas, trataba de darme vuelta y pegarle, pero no podía. Era demasiado. Comencé a tener un ataque de pánico. Barend me cubrió la boca con parte de la almohada para que los vecinos no pudieran oírme. Los nervios consumían mi estómago y me daban una fuerza tal que podía rajar las sabanas de la cama.

Ya no podía gritar. Me estaba asfixiando y, pese a mis intentos, no salían palabras de mi boca. Estaba totalmente afónica. Se me nublabla la vista, me ardían los ojos y me dolía la nuca.

Mi mamá llegó a casa y escuchó los gritos de Barend, los insultos que me decía. Esta vez, en lugar de quedarse paralizada en la puerta, se arrodilló a los pies de Barend y suplicó que dejara de golpearme.

Era evidente que mi mamá me había escuchado en la última conversación que tuvimos. Esta vez sí vino a ayudarme. Como la mamá que siempre había querido, estaba luchando por mí.

—¡Es solo una niña! —se escuchaba.

—¡Será una cualquiera, igual que tú! —gritaba Barend.

Las palabras de una madre protectora lo soliviantaban aún más.

Finalmente, después de un fuerte golpe en mis nalgas, me soltó. Pude inhalar oxígeno.

Barend miró con desprecio a mi mamá, quien aún se encontraba arrodillada a sus pies.

—¡No seas ridícula mujer! —exclamó, empujándola de la cabeza contra la pared.

Se levantó del piso y vio mi espalda.

Su gesto me preocupó. Estaba aterrada y quería saber lo que ese monstruo le había hecho a mi cuerpo. Giré la cabeza hacia el otro extremo del cuarto. Un espejo cubría por completo una de las paredes.

Observé y me di cuenta de que el desgraciado de mi padre me había cortajeado la espalda. Gotas de sangre caían a la cama como cascadas a un precipicio.

Mi mamá acudió al botiquín por algunas gasas y limpió las heridas de mi espalda.

Me decía que me calmara, que todo estaría bien. Que pronto crecería y él ya no podría tocarme. Que me casaría, que tendría un buen marido y que le heredaría nietos hermosos.

No podía hablar. Solo observaba a mi mamá. Nuestros ojos se conectaron y, por un instante, fuimos una sola. Nuestras almas sufrían y mucho.

Barend se fue de la casa. Seguramente, a beber con sus amigos alcohólicos.

Estaba exhausta. Me recosté. Necesitaba descansar.



El último día de clases había llegado. Como todos los años, era ya tradición que ese día no hiciéramos nada mientras los profesores controlaban que todas las calificaciones hubieran sido cargadas al sistema correctamente. Afortunadamente, no había desaprobado Geografía, ya que tenía dos diez, el dos y un nueve en Rendimiento Académico.

Aunque siete setenta y cinco fue la calificación más baja que había obtenido en una asignatura en toda mi historia escolar, no parecía haber cambiado absolutamente nada.

Fiorella, ya me había reemplazado por alguien más. ¿Recuerdas a la gemela con quien había hablado? Bueno, ahora son *amigas*.

¡Perra!

La profesora de Artes Visuales se retiró del salón a buscar unas formas que debía completar antes de fin de clases. Mi oportunidad había llegado.

Me acerqué a Fiorella a pasos agigantados.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Acaso crees que no lo noté? Nos conocemos desde hace años. Conozco tu mirada venenosa.

Me miró entrecejas y se dio la vuelta, dándome la espalda. Seguía hablando con su nueva amiga. Me ignoró por completo, por lo que me enfurecí aún más.

La tomé del cabello hasta quedar cara a cara. Ella, típico de una nena consentida de papá, protestaba delicadamente, sin gritar demasiado y cuidando su vocabulario:

—¡Ay, Lucila! ¿Qué haces? ¡Me estás lastimando!

—¡Es la idea, perra! —grité. Todos se acercaban a ver qué sucedía—. No creas que no lo sé. ¡No soy estúpida, Fiorella! Sabías perfectamente de lo que mi papá era capaz y ¿tú vas y le cuentas sobre el dos de Geografía? Se lo dijiste en la cara, ¡en su maldita cara!

Un compañero, quien de seguro estaba detrás de Fiorella como un perrito desesperado, preguntó con tono de desprecio:

—¡Espera! ¿Todo este drama es por una simple calificación?

No sabía qué responder. Ellos no conocían a Barend. No tenían el derecho de juzgar.

Una lágrima se derramó por uno de mis ojos y recuerdos de la golpiza saturaban mi mente.

Me armé de valentía. Creo que esos malos recuerdos me la dieron.

Arrojé a Fiorella a un banco y me quité la blusa.

Se quedaron boquiabiertos. No por verme vistiendo solo un sostén, sino por mis marcas en la espalda, las heridas causadas por Barend.

—¿Qué te pasó? —preguntó asustada una de las gemelas.

—¡Esto!... —comencé, señalando mi espalda—. ¡Esto es lo que el desgraciado de mi papá hace con mi cuerpo si de algún modo él cree que actúo mal!

Fiorella giró para darme la espalda. La tomé del cabello, otra vez.

—¡Esta *promiscua gastada* fue a mi casa y le contó a mi papá sobre mi mala calificación! ¿Y todo por qué? Porque el chico que ella ama ahora está enamorado de mí. Sí, lo dije, y claro, una diva como ella no puede soportarlo. ¿Cómo es posible que un chico lindo pueda enamorarse de una chica como yo? Es imposible, ¿verdad Fiorella? —pregunté, burlándome en su cara.

—¡Suéltame! —chilló, saliendo del salón de clases.

Me encontraba en una habitación con decenas de ojos piosos mirándome desde todas las direcciones. Sus miradas penetraban mis heridas. Llegaban hasta lo más profundo de la humillación.

Me puse la blusa y me senté.

Intentaba relajarme. Me di cuenta de que aún había algunas compañeras observándome. Alguien me preguntó si quería que me acompañara a la Dirección para hablar con las autoridades. Respondí que no, que todavía no era el momento indicado.

—¿Y Fiorella? —preguntó—. Ella podría ir a Dirección o incluso acudir a la policía. Te meterías en aprietos.

—Descuida —respondí—. El orgullo debilita al guerrero. Perdon. Es algo que mi mamá siempre dice.

La profesora ingresó al salón y observó que todos estábamos muy callados. Preguntó si ocurría algo y nadie contestó. Llegando a la conclusión de que era por motivo de aburrimiento, ella fue contra las reglas de la institución y nos dejó usar los

celulares, con la condición de que nos apartáramos de las redes sociales.

Recordé que Nicolás me había llamado el día anterior.

Encendí el celular. Llovían sus mensajes. Se mostraba cada vez más preocupado a medida que los mensajes se hacían más recientes.

El celular notificó once llamadas perdidas, también de Nicolás.

Abrí el Whatsapp y le dije que el día anterior había tenido problemas familiares y que esa había sido la razón por la cual no pude responderle.

 *HOLA, PRINCESA. 💕 Estaba preocupado. ¿Pasó algo malo?*

NO. Mi papá discutió con mi mamá y yo intervine. Pero todo está bien. Gracias por preocuparte.

Estaba por viajar hasta allá. 🚔

Nunca hagas eso. 😞

¿Por qué?

Principalmente porque aún no nos conocemos, y además, claro, de que mi padre me mataría.

¿Suegro malo? 🙄

No es tu suegro.

De momento... Y ¿te has decidido? 😊

Mmmm... Sí. Tendremos nuestra primera cita. 🐼

Al fin te conoceré, preciosa. 👫

Ja, ja... ¡Sí!

¿Donde debo recogerte?

Buen punto. Mis padres no tienen que enterarse. Así que, como ese día coincide con el día que se realizará la Fiesta de Fin de Año que organiza mi escuela, mis padres pensarán que estaré en la fiesta. De hecho, sí estaré allí, pero solo por un rato. En fin, tú pasa por mí ahí.

Bien... ¿Y por qué tus padres no pueden enterarse?

Te lo comentaré en la cita.

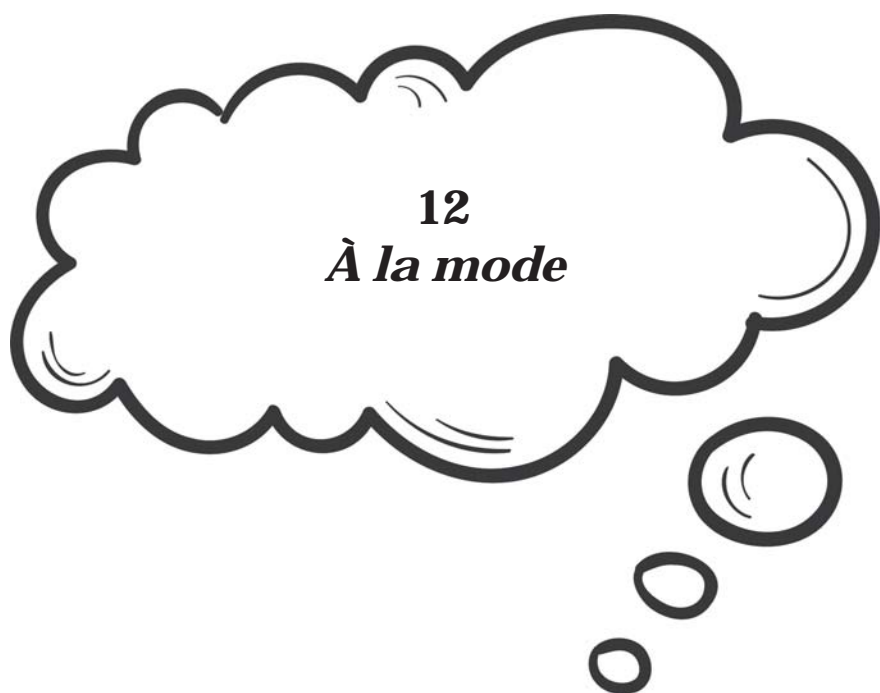
Si así lo prefieres. 😊

La dirección es: Avenida Francisco I [primero] quinientos diecinueve.

La buscaré en Google Maps.

Hablamos más tarde, ¿sí? 🐼 Estoy en clases.

Bueno, hermosa. Suerte. 😊😊



Eran las dieciséis horas del dos de diciembre.

La temperatura actual es de treinta y cuatro grados centígrados. Esto deja en evidencia que el verano le ha quitado el puesto a la primavera antes del veintiuno de diciembre, relataba el joven y apuesto climatólogo del noticiero.

Estaba terminando mi helado, cuando mi mamá entró a casa.

Cerró la puerta de un golpe.

—Hija, no salgas —me dijo—. No es sano salir a la calle con este calor. Mejor quédate aquí adentro disfrutando del aire acondicionado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté al ver que en una mano sostenía una enorme bolsa blanca sujetada de un gancho para colgar la ropa y, en la otra, una caja de zapatos de color rosa con el título: *LE FASHION*.

—No, gracias, amor —respondió, dejando todo arriba de la mesa—. Ven a ver. Es para ti.

Corrí. Amaba las sorpresas, especialmente cuando provenían de mi madre.

Le quité el envoltorio y... ¡GUAU! Era un vestido. Uno muy hermoso.

Era de color rosa y se adhería al cuerpo como si fuese de látex, pero no lo era. Tenía incrustaciones de lentejuelas, perlas y canutillos.

Cubría, perfectamente, las marcas de mi espalda.

Llegaba hasta la mitad de mis muslos y se sostenía con delicadas tiras que iban desde el frente a la espalda. Todas cubiertas por canutillos y perlas. El detalle más atractivo era que las lentejuelas se transitaban del rosa pálido al blanco, formando un espacio de espiral o camino que lo recorría por completo.

¡Era asombroso!

No puede esperar a abrir la caja. Allí se encontraba un lindo par de zapatos. No se podía decir que eran rosa pálido, ni rosa fuerte, el color oscilaba entre esos dos.

Eran de *taco alto*, lo que los hacía realmente preciosos. La base era increíblemente ancha. Se sujetaban al tobillo con una tira blanca y, en la parte del empeine, tenían incrustaciones de falsos diamantes.

¡Me quedé sin palabras!

Era un lindo obsequio, pero parte de mi mente no dejaba de pensar en el costo. Le pregunté a mi mamá y su respuesta fue sincera:

—La mitad de mi salario.

—¡¿Cuánto?!—

—Valdrá la pena cada centavo.

—¿Qué?! Estoy segura de que existen vestidos y zapatos más económicos.

—Úsalos hija. Estarás preciosa.

—Pero...

—No te preocupes, podré pagarlo.

—Está bien. Si tú lo dices. ¿Qué puedo hacer con mi cabello?
—le pregunté—. Estoy harta de usarlo suelto.

—Descuida. Tienes cita en la peluquería a las siete y media.
¿A qué hora empieza el evento?

—A las diez en punto —respondí.

Mi madre tornó a su trabajo.

Me quedé coordinando el horario con Nicolás. Quedamos en encontrarnos a una cuadra del gimnasio escolar, a medianoche.

Estaba muy nerviosa. Me dolía el estómago. Tenía ganas de orinar y a veces sentía la necesidad de vomitar.

El tiempo *voló*. Ya me encontraba en la peluquería. La peluquera, una amiga de mi mamá, me preguntó cómo quería mi cabello. No sabía qué responder. No tenía ni idea de cortes ni mucho menos de sus nombres.

Le dije lo que rondaba en mi mente y se le ocurrió una solución. Aprovecharía los bucles que mi pelo tenía por naturaleza para armar un peinado acorde al vestido.

Después de una hora de duro trabajo, me hizo la pregunta:

— ¿Y?! ¿Te gusta?

Me miré al espejo.

—¡Es alucinante! Es increíble, original, vanguardista... quedará perfecto con mi nuevo vestido.

El peinado se dividía en dos: las partes superiores eran totalmente lisas, pero se ondulaban al pasar la altura de las orejas hasta terminar reposando sensiblemente sobre mis hombros.

Me di cuenta de que me faltaban aretes. El peinado se veía incompleto sin ellos. Llamé a mi mamá para preguntarle si ella tenía algún par que pudiera usar. Me dijo que buscara en su cuarto, que en su escritorio, debajo de su ropa interior, estaban escondidos sus aretes de casamiento. Los había envuelto en un trozo de papel para que no llamaran la atención. ¿Y por qué? Porque temía que Barend se los vendiese para comprar alcohol cuando agotaba su salario antes del próximo mes.

Corrí a su cuarto y allí estaban. Eran elegantes y, por alguna razón, no lucían anticuados.

Los componían una cadena de plata de no más de dos centímetros, que sujetaba un diamante de unos tres centímetros de largo.

Ya eran las nueve de la noche. Faltaba solo una hora para la fiesta. Mi mamá finalizó su jornada laboral más temprano para ayudarme con los preparativos.

Al principio no quería ir, pero luego lo pensé detenidamente y me di cuenta de que sería lo mejor para evitar rumores. *Pueblo chico, infierno grande*. De todos modos, sólo sería hasta medianoche.

Terminé de vestirme y fui al espejo.

Vestía esos hermosos zapatos, unas pantimedias color piel y el vestido.

Barend llegó a casa:

—¿Qué haces vestida así?

—¿Así cómo? ¿A la moda? —pregunté con tono de desprecio. El mismo tono que él usaba conmigo.

—Como... como... —tartamudeó—. ¡Como tu madre! Tan... prostituta burlesque.

—¿Y qué sabes tú de prostitutas? —interrumpió mi mamá. Era la primera vez que la veía fuerte.

Él se mantuvo callado con la mirada estática en mi mamá. Se vio intimidado por ella y eso fue toda una sorpresa para él.

—¿Y a dónde vas? —preguntó.

Me puse roja. Nunca fui buena mintiendo.

—A la fiesta de fin de año de la escuela —intervino, otra vez, mi mamá.

—De ninguna manera. Está castigada.

—¡Ella va! —exclamó, sacándome afuera velozmente mientras estiraba el brazo para darme algo de dinero—. ¡Vete hija, yo me encargo! ¡Vete!

La fiesta era a pocas cuadras de mi casa, así que caminé.

Cuando llegué a la esquina, giré y contemplé la fachada de mi propiedad. Tomé mi celular y publiqué en mi cuenta de *Twitter*:

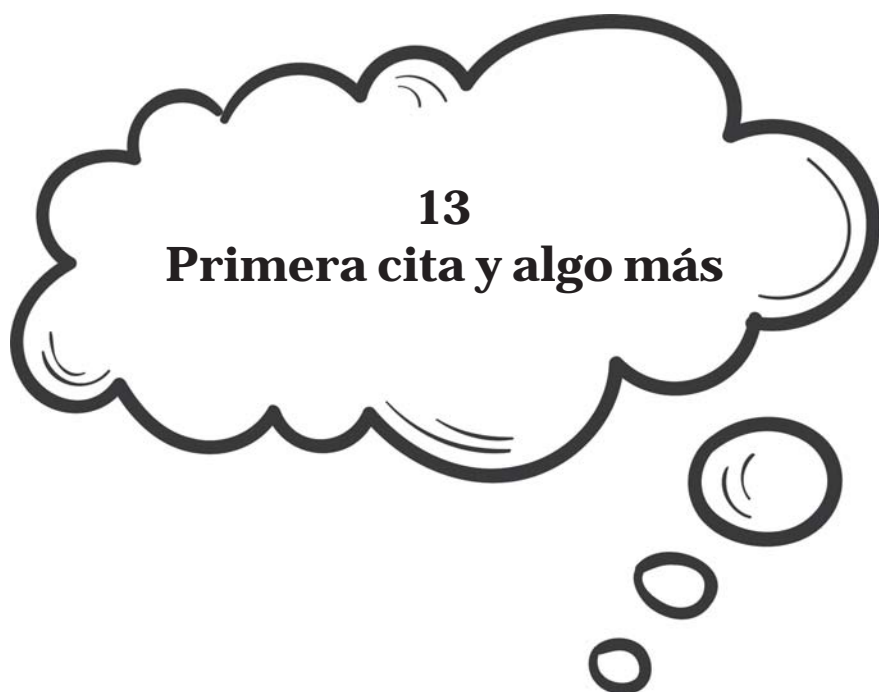
#ProstitutaBurlesque. 🍷👉 Aquí voy. Denme RT

El gimnasio estaba decorado con cintas azules y verdes. La pista de baile estaba alumbrada por luces de discotecas y los reflejos de la bola espejo que colgaba desde el techo. En una esquina, se encontraban algunas mesas donde abundaban refrescos y bocadillos. El hermano de uno de mis compañeros de clases estaba de DJ.

Dos chicas vestidas de una manera algo extravagante me vieron. ¡*Oh, my God!* ¡Eran las chicas que se acercaron a hablarme luego del enfrentamiento con Fiorella! Me invitaron a que me sentara con ellas.

Había carne asada como plato principal, pero no pude probar nada. Estaba tan nerviosa que a veces parecía como si fuera a vomitar.

No podía soltar el celular. Mensajeaba a Nicolás a cada segundo para preguntarle dónde estaba y qué coche conducía. Estaba muy nerviosa pero él insistía en que era una sorpresa y que sabría darme cuenta. Su única pista fue que era de color blanco.



El reloj marcaba las doce menos diez. Nicolás me escribió diciendo que estaba llegando.

No podía estar más nerviosa.

Me despedí de las chicas con las que me había sentado. Me saludaron amablemente y me retiré. Seguramente, pensaron que lo hacía por órdenes de Barend. Fue muy extraño que no preguntaran por qué me marchaba tan temprano.

Caminé una cuadra.

Había bajado un poco la temperatura, pero no tanto como para que alguien temblara. Los nervios me estaban consumiendo de una manera atroz. Para empeorar la situación, las calles estaban vacías.

De pronto, vi dos luces acercándose cada vez más. Pertenecían a un coche, pero no podía distinguir su color y, el mismo, parecía mermar la velocidad a medida que se acercaba...

¡Era un maldito Porsche 911! *Y de color blanco.*

Estacionó justo en frente de mí. Alguien se bajaba lentamente.

Tenía poco más de un metro ochenta de altura. Vestía tenis oscuros, un pantalón negro, una camiseta formada por un gigantesco tigre azul y una chaqueta de cuero marrón.

—¿Nicolás? —pregunté tímidamente.

—Sí, soy yo —respondió, acomodándose su cabello.

Se acercó y me besó en la mejilla.

—Hola, princesa. Estás hermosa. No me habías dicho que lucías mucho mej... Perdóname. No me habías dicho que en persona te verías mucho más linda que en tus fotos.

Sonreí.

Sacó su mano izquierda de la espalda y me entregó una caja en forma de corazón, llena de chocolates.

—Gracias. No te hubieras molestado.

—Por favor... te gusta el chocolate, ¿verdad?

—Sí. En realidad me gusta más lo salado, pero no te preocupes.

Me abrió la puerta del coche y subí.

Es hermoso, pensé.

Ya nos encontrábamos en la carretera camino a Villa de los Ramos. No nos habíamos dicho ni una palabra. Es decir, habíamos como una hora y media por celular todos los días, ¡pero ahora que estábamos cara a cara no sabíamos qué decirnos! Era realmente raro.

Nicolás decidió romper el hielo.

—Abre la guantera.

Lo miré y me devolvió una sonrisa. La abrí. Adentro había un osito de peluche. Este era afelpado y de color rosa.

Me quité por un segundo el cinturón de seguridad y besé su mejilla.

Después de eso, pasaron como cinco minutos sin hablarnos.

Su mano se hallaba en la palanca de cambios. La quitó de allí y la situó encima de mi mano, la cual estaba sudada y sobre una de mis piernas, a poca distancia de mi cintura.

Me miró otra vez y, con voz aguda, dijo:

—Eres bonita.

—Gracias. Tú también —respondí, atontada.

Se tardaban unos treinta minutos, al menos, en llegar. Siempre y cuando condujeras a la velocidad permitida. A Nicolás le tomó veinte minutos.

Aparcamos debajo de una cubierta.

—Llegamos, princesa.

Él se bajó primero y me abrió la puerta. Luego me sujetó de la mano y me ayudó a levantarme de mi asiento.

El restaurante se veía... rústico, pero elegante al mismo tiempo. Se asemejaba a una gran cabaña con enormes ventanas.

Subimos unas escaleras de madera hasta una plataforma.

Un letrero más contemporáneo decía: *LA MIA ITALIA* y, en la parte inferior del mismo: *VILLA DE LOS RAMOS*.

Ingresamos. Un señor de traje elegante nos preguntó si teníamos reservaciones.

—Sí, por supuesto —respondió Nicolás—. A nombre de Dómine. Nicolás Dómine.

—Muy bien —dijo el recepcionista, observando en su iPad la lista de reservaciones—. Mesa para dos, ¿verdad?

—Así es —afirmó Nicolás, mirándome con una sonrisa.

¡Dios! Su sonrisa era tan perfecta. Sus dientes alineados y blancos mantenían siempre la sonrisa en primer plano, aunque sus ojos azules también atrapaban. Te llevaban al más allá.

El recepcionista nos escoltó hasta la mesa.

El lugar era sorprendente. Las paredes interiores estaban cubiertas con piedras y cada mueble, mesa y silla eran de un tipo de madera local.

Nicolás corrió mi silla para que pudiera sentarme y, luego, lo hizo él.

Nunca había estado en un restaurante tan lujoso. Tenía miedo de hacer algo mal y estropearlo todo. Estaba temblando. No podía evitarlo.

¿Quién hubiera pensado que mi primera cita sería en un restaurante? Un chico común me hubiese llevado al cine o a un parque, incluso a un museo, pero no a un restaurante. Antes lo veía como algo cursi y anticuado, pero en ese momento, me encantaba.

El camarero se acercó a nuestra mesa:

—¡Buenas noches a ambos! Y bienvenidos. ¿Han chequeado el menú?

—¿Estás de acuerdo si cenamos la especialidad de la casa? —me preguntó Nicolás—. Son los *spaghetti* de los que estuvimos hablando antes.

No tenía idea de nada. Estaba muy nerviosa como para recordarlo. Mi respuesta fue temblorosa:

—Eh... sí... sí... por qué no.

—¿Y de beber? —continuó el camarero—. Puedo ofrecerles el vino de la casa, si así lo desean.

—Lo siento, no bebo alcohol —dije repentinamente.

Pensé en que no quería estropearlo todo y, seamos honestos, con una gota de esos vinos caros, me emborracharía al instante.

—Con dos botellas de Sprite estaremos bien —respondió Nicolás.

Habían cubierto la mesa con un mantel blanco y platos de porcelana. Sin mencionar las copas para el vino y los vasos para cualquier otra bebida. La vajilla era exquisita.

El camarero trajo los refrescos. Estaba por tomar una de las botellas para servirme, pero Nicolás insistió en que dejara que él lo hiciera. Accedí.

Acercaron la cena.

Nicolás me hizo un gesto y me di cuenta de que era para que quitara el paño que se encontraba sobre el plato. Los camareros reemplazaron los platos que estaban en nuestra mesa por otros ya servidos.

No hablé mucho durante la cena. Nicolás, en cambio, sí. Buscaba diferentes temas de conversación. ¡Y eran interesantes! Parecía un especie de *nerd* escondido en el cuerpo de un modelo, pero esperaba que me dijera algo más. No lo sé... Quizás un *te amo*. A lo mejor era demasiado pronto, pero creía que eso era lo que él sentía. Estaba algo confundida.

Finalmente, después de comer el postre, nos retiramos.

Ingresamos al coche.

—¿Ahora a dónde vamos? —me preguntó.

—No lo sé. Solo me queda una hora y media. Dos máximo. Debo regresar temprano.

—¡Ah...! ¿Ahora me dirás por qué no le dijiste a tus padres que tenías una cita conmigo?

Me sujeté las manos. Decidí mentir.

—Sí... bueno. Si les hubiese contado, créeme, no estaría aquí. Tienen miedo a que algo me suceda y no los culpo. La gente está muy loca hoy en día.

—Entiendo —me dijo, devolviéndome una sonrisa.

—Escucha. Hay una carretera que conduce a una zona rural. Está cerca de Paraje del Viajero y nadie la usa. Si quieres podemos ir. Es un buen lugar para estar a solas y platicar.

Le expliqué cómo llegar. Aparcamos como a un kilómetro de la carretera, debajo de una plantación de eucaliptos.

—¿Este es tu coche? —pregunté, intentando romper el hielo.

—No, es de mis padres. Bueno, de mis madres —bromeó. Solté una carcajada.

—Yo tengo un BMW. Mi mamá Melina, compró este coche hace una semana y quería estrenarlo en la carretera —continuó.

—Ah... —respondí—. ¿Eres fanático del automovilismo?

—No sé si lo llamaría fanatismo, pero sí me gusta. ¿Quieres escuchar música? ¿Qué te gusta?

—Me gusta mucho el pop, la electrónica y el *techno*. Escucho Sam Smith, Troye Sivan, Madonna, David Guetta, Maroon 5, Calvin Harris, Sia, Adele, ya sabes, ese tipo de artistas.

—Tengo una *playlist* que incluye a Troye Sivan —me dijo—. ¿Quieres escucharla?

—Sí, claro.

Sonó Youth de Troye. Empezamos a *bailar* en nuestros asientos, hasta que él se acercó y comenzó a besarme.

¡Sí, así de la nada!

—Tengo calor —dijo.

Se quitó la chaqueta de cuero y la lanzó hacia la parte trasera.

Comenzó a acariciarme las piernas y a besarme.

Entré en pánico. Me preguntaba si eso era común en la primera cita o si me estaba manipulando para tener relaciones sexuales.

Me tomó de una mano y me la llevó a sus abdominales. Extendí mi otra mano a los músculos de su brazo. No pude evitarlo. Fue muy tentador.

¡Tocar su cuerpo atlético me electrizó!

Luego de unos veinte minutos él estaba sobre mí, sin hacer otra cosa más que besarme.

—Tengo miedo —dije—. No quiero hacer nada aquí. No es el lugar adecuado.

En ese momento, por alguna razón, recordé a Fiorella. La imaginé gritando, diciéndome que me usaba, que era una ilusa...

—No haremos nada que tú no quieras. Relájate y déjate llevar.

Eso me tranquilizó un poco, pero aun así, sentía un fuerte dolor de estómago.

—Escucha. Sabes que soy virgen. No quiero perder mi virginidad con cualquiera, ni en cualquier sitio. No lo tomes a mal, pero apenas es nuestra primera cita.

—No, está bien. Te entiendo y, por cierto, no te preocupes. Yo tampoco quiero hacerlo aquí. Ahora bésame.

Su respiración se aceleró y sus besos se volvieron intensos, mientras me rodeaba el cuerpo con sus manos. Me gustaba. Me gustaba mucho, pero la sensación del momento me incomodaba. Era difícil pasar de ser la típica *niña de mamá* a hacer *esas cosas*. El sentimiento era de culpa, por lo que le dije que nos detuviéramos. Ya no quería sentirme así.

Miré la hora y eran las cuatro de la mañana.

Le pedí que me condujera a casa. Él se quejó, bromeando.

—Te extrañaré —me dijo—. Espero verte pronto. Me tienes loco, Lucila. Si decides juntarte conmigo una vez más, tienes que hacerlo como mi novia.

—Uh... es una decisión difícil. Si quieres que sea tu novia, tendrás que trabajar duro.

—¿Cómo? ¿Qué tengo que hacer?—me preguntó intrigado.

—Averígualo.

Me dejó a una cuadra de casa para evitar ser vistos por Barend o mi mamá. El resto del pueblo dormía a esa hora.



Al día siguiente, me levanté muy tarde, aproximadamente a las tres.

Encendí el estéreo que me obsequió mi madrina Constanza para mi decimosexto cumpleaños y lo conecté al *bluetooth* de mi celular. Busqué en Spotify una de mis canciones favoritas de Lady Gaga: *Sexxx Dreams*. La canción sonaba, mientras yo cantaba de fondo:

Let's white! By the one before. Glove the bed!
He was kinda nasty
Help me here!
And I feel so trashy
Cuz' we can't hide the evidence in our heads!
[...]
Last night!

Damn, you were in my sex dreams
Doing really nasty things
Damn, you were in my sex dreams
Making love in my sex dreams...

El celular vibró. Era una llamada entrante de mi mamá.

¡Rayos! ¿Cómo se suponía que debía hablarle después de lo de anoche? El desliz no se había esfumado y no dejaba de pensar en lo sucedido, en lo que sentí...

Bajé el volumen de la música y dejé sonar el celular por un rato:

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Cómo estuvo la fiesta? Quiero saberlo todo —balbuceó.

—Bi-bi... bien —contesté nerviosa.

—¿Qué sucede, Lu? ¿Estás bien?

—No —respondí, rompiendo en llantos—. Mamá, no puedo mentirte. Necesito hablar contigo.

—¿Qué sucede? Me estás preocupando.

—Nada grave. Yo... Espera. Ahora voy a tu trabajo y te cuento todo —dije, finalizando la llamada.

Ella trabajaba en una casa a diez cuadras de la nuestra. Cuidaba a una anciana que ya se encontraba en sus últimos días de vida.

Llegué lo más pronto posible.

—Cuéntame. ¿Qué sucede? —preguntó.

Mostraba cara de preocupación.

—Mamá, perdóname. Anoche no asistí por completo a la fiesta. Me marché como a medianoche a Villa de los Ramos con

un chico de la ciudad de Buenos Aires —respondí, sin soltar una gota de aire.

Al decírselo, me sentí aliviada. Fue como quitarme un gran peso de encima.

—¿Qué?! ¿Con un chico de Buenos Aires? ¿Acaso estás loca?! ¿Cómo una chica tan inteligente como tú pudo ser tan imprudente?

—Lo siento, mamá. Pero no tienes de qué preocuparte. Nicolás es bueno y dulce. No me hará daño. Además, ya lo conocía, no en persona, pero sí estuvimos hablando por las redes...

Le conté todo sobre él. Platicamos por unas horas hasta que, finalmente, ella entendió. Creo que cambió de opinión cuando le dije lo bien que me trataba Nicolás y lo feliz que me sentía. Me pareció que vio la oportunidad de una vida mejor para mí.

—¿Lo amas?

—Mamá, no te mentiré. Honestamente, no creo amarlo, pero cuando estoy con él o cuando hablamos, me siento bien.

—Ya veo... Está bien. Solo... vayan despacio, conózcanse bien. Sería una pena que terminara como tu padre y yo.

—No te preocupes, mamá, lo haré. No se lo digas a papá, ¿de acuerdo?

—No por ahora, pero si estas salidas continúan, él deberá saberlo. No puedo cargar tanta responsabilidad yo sola. Él es tu padre.

Su respuesta no fue muy confortable, pero mi mamá ya había cedido mucho. Ahora era mi turno. Asentí.

Alegre era la palabra que me definía. Mi mamá me entendía. Siempre había querido que mi mamá fuese así y, finalmente, estaba sucediendo.

La conversación con respecto a mi situación con Nicolás acabó. Hablamos de mi cumpleaños. Solo faltaba poco más de un mes. El seis de enero cumpliría dieciocho. Pronto sería mayor de edad y el mundo sería mío. Ser menor ya no sería un obstáculo para mis sueños.

Le dije a mi mamá que no quería ningún tipo de fiesta, que ese dinero podría significar una ayuda económica para irme. Estuve considerando mudarme a Córdoba con mi tía Clara.

Pasaron los días. Después de nuestra primera cita, Nicolás y yo hablábamos todos los días sin falta.

Era tan dulce.

Le había dicho a mi mamá que no lo amaba, pero lo que sentía, cualquiera lo llamaría amor. Supongo que no quería abrir mi corazón e intentaba convencerme de otra cosa, de que solo lo apreciaba. Pero eso era demasiado aprecio por alguien. Aunque quisiera negarlo, el sentimiento era evidente. Cuando alguien ama, coloca a la otra persona en un lugar privilegiado. Esa persona se convierte como en tu mejor amigo y luego en tu compañero de vida. Eso era lo que estaba sintiendo por Nicolás.

Ya quería ser su novia, su chica. Lo necesitaba.

El amor es ciego, solían decir, pero si traía tanta felicidad, qué importaba una ceguera.

Hola, preciosa. 🌸

Hola, lindo. 🐛 ¿Cómo estás?

Bien. Aprobé otra asignatura de la uni. Una más y me gradúo. 😊

¡Felicidades! Pronto serás Ingeniero Civil.

Sí, lo sé. Estoy muy emocionado, pero más aún por otra cosa...

¿Ah sí? 😊

Sí, pero será emocionante solo si tú aceptas.

¿Aceptar qué?

¿Te gustaría que tengamos una segunda cita? 🍴

¡¿Que si me gustaría?! ¡Claro que sí! 🎉

¡AW! Me haces muy feliz, preciosa. Te amo. Quiero que seas mía. 💍 Te quiero a mi lado. 💕

Me exalté.

Me dijiste te amo. ¡No sabes cuánto esperaba esas palabras!

¿Por qué no las diría? Es lo que siento. Lucila, me tienes loco y tú eres la culpable de mi locura, de mi nuevo ser. Soy una persona diferente desde que te conocí. Hasta mis madres lo notaron. Me preguntan qué me sucede que estoy tan feliz, tan decidido y entusiasmado con todo. Lamento no habértelo dicho aquella noche cuando tuvimos nuestra primera cita. Tenía miedo. Me aterrorizaba que tu respuesta fuera otra.

No podía procesar todo el mensaje. Mi cerebro estaba ardiendo de la emoción. Era muy fuerte. Nunca había experimentado algo así. Me asustaba y, al mismo instante, me hacía la chica más feliz del mundo.

Pensé que después de todo lo que pasé, merecía alguien que me amara.

Olvidé a Fiorella, a mi padre, mi infancia tan dolorosa. Olvidé todo el mal. Era mi momento de ser feliz.

Quiero que sepas que también te amo. 🧡 También te quiero en mi vida, quiero que seas la persona que esté conmigo para siempre. No soy como otras chicas, yo no quiero salir con otros, no quiero parejas inestables, no me interesa todo eso. Lo sé, soy súper anticuada, pero todo lo que quiero es alguien verdadero, comprometido, que me apoye, que me respete, que me ame y que esté presente en las buenas y en las malas. 🎭

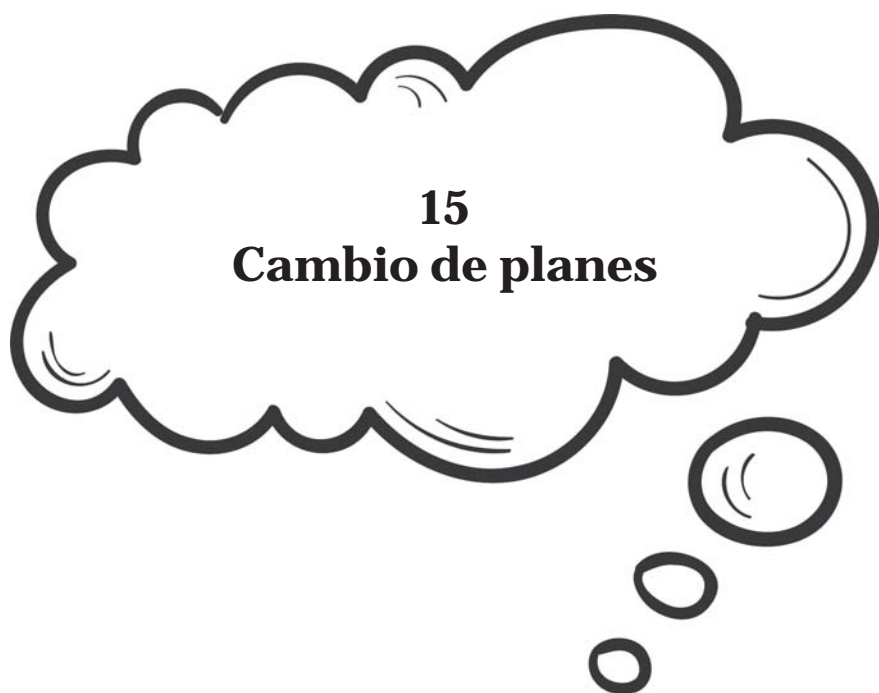
Descuida, bebé. Yo soy esa persona. Estaré para lo que necesites. 💞 Soy tuyo y nada más que tuyo, ¿está bien? Me tengo que ir a prepararte una muy linda sorpresa. 🧑🍳 Después ajustamos cómo y cuándo nos juntamos. 🧑

Bueno. Te amo.

Te amo más, bebé. ❤️

Mi mente se calmó.

Quedamos en juntarnos unos días después, el dieciséis de diciembre. La ciudad sería, nada más y nada menos, Buenos Aires, pero el lugar exacto permanecería en incógnito. Nicolás dijo que era una sorpresa y que, obviamente, no me lo diría. Añadió que él pasaría por mí.



En *Twitter*:

Si la vida te sonríe, debes devolverle la sonrisa
#LeaveThePain#restart 📱 🗑️ 🧑 🧠 🍷 🍷 🍷 🍷 🍷

Faltaban unas horas para mi segunda cita con Nicolás. No dejaba de pensar en ello.

¡Qué va! Las clases habían terminado. Mi única preocupación era que no me habían notificado sobre mi beca. Temía no habermela ganado y que tuviera que ingresar a una universidad pública. Bueno, después de todo las universidades públicas en mi país no tenían un programa educativo tan malo, pero no era lo que siempre había anhelado.

Mi mamá ingresó a la casa.

Llamó a la puerta de mi cuarto.

—Pasa —dije.

—Lucila, necesito hablar contigo. Ahora —dijo seriamente.

¡Oh, no! ¿Y ahora qué sucede?, pensé.

Conocía los tonos de voz de mi mamá y cuando su voz se tornaba temblorosa y seria, algo malo pasaba. Por lo general, era algo que le disgustaba o problemas con Barend.

No fue necesario decir nada. Se sentó en la cama y comenzó:

—Hija, perdóname, pero no puedo dejarte ir con ese chico.

Inevitablemente, fruncí el ceño e hice un gesto desagradable. Este último no fue a propósito.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! —chillé.

Una lágrima cayó de uno de sus ojos color café, oscurecidos por el dolor que tuvo que atravesar al lado de Barend.

—No pretendo ser mala —continuó—, es solo que no conozco al muchacho. ¿Y si algo te sucediese? Sería mi culpa.

—¡No puedo creer que estés haciéndome esto! —repliqué—. Te conté todo sobre Nicolás, ¡todo!

Tomé el celular y busqué fotos de él:

—Mira, este es el chico... es real. Lo conozco, tuvimos una cita. Es buena persona —dije, en un tono sarcástico.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó.

—Veinticuatro.

—Es un poco grande, ¿no crees? Además, no lo conoces bien, puede que sus intenciones no sean buenas. ¿Por qué no buscas noviecitos de aquí del pueblo? Te usará.

Eso me enfureció. Fue la gota que rebasó el vaso.

¿Noviecitos del pueblo? Pero si es uno más ignorante que otro, pensé.

—¡Mira, madre! —exclamé—. ¡Ya te he dicho todo lo que sé sobre él! No entiendo por qué ahora vienes con estas estupideces. ¡Me tienes harta, tú y Barend! ¡¿Por qué no dejan de fastidiarme de una vez?!

Mi mamá no dijo una palabra. Se retiró del cuarto con la mirada puesta en el suelo y llorando.

No quería que se sintiese mal, en el fondo sabía que lo hacía para protegerme. Pero mi mamá quería reparar su pasado en mí y a veces el miedo la llevaba demasiado lejos con sus acciones.

Si quería ir a mi cita con Nicolás, debía ser fuerte, tenía que enfrentarme a ella. No le hablaría, ni la ayudaría con los quehaceres del hogar. Nada, absolutamente nada.

Tomé el celular.

Lláname. Es urgente.

En menos de un minuto, Nicolás llamó:

—Hola, preciosa. ¿Qué sucede?

Rompí en llantos.

—Todo sucede. Esta noche no podremos reunirnos por culpa de mi mamá. ¡Está loca! Dice que tiene miedo y no sé qué otras barbaridades. ¡Ya no la soporto!

—Bueno, mi vida. Cálmate. Será otro día, no te preocupes por eso.

—¿¡Cómo!? —exclamé— ¡Es nuestra cita!

—Sí, pero no es el fin del mundo. ¿Quieres que hable con ella?

—No. Escuché la puerta, así que de seguro salió.

—¿Y ahora qué haremos? ¿Tienes alguna idea? —preguntó.

No podía decirle lo que había pensado hacer, hubiese creído que era una inmadura o que estaba loca.

—Eh... mira, mi madre es así, algo indecisa, pero pronto se le pasará.

—Bueno, bebé, si ella quisiera hablar conmigo yo no tendría ningún problema con eso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Pasó el tiempo y la rebeldía se había instalado en mí.

Después de algunos días de no dirigirle ni una sola palabra a mi mamá, ella comenzó a actuar un tanto extraña.

Era veinte de diciembre al mediodía. El calor era insoportable. Mi mamá se encontraba sentada a la cabecera de la mesa y yo a su izquierda. Tragó su último bocado y dijo:

—No podemos continuar así, hija. Soy tu madre. Te amo. No resisto esa actitud de rechazo que tienes conmigo.

—No la tendría si me dejaras ir a Buenos Aires con Nicolás —respondí, usando mi actitud altanera.

Me miró y negó con la cabeza.

¡No aguantaba más! Su temor a perderme me enfadaba muchísimo y, lamentablemente, no podía seguir actuando de esa manera. Era mi mamá y la amaba.

Me levanté de la silla y la abracé. Le hice saber que yo también la amaba y que me comportaba de ese modo porque quería que me dejara ir a mi segunda cita con Nicolás.

Ambas lloramos, pero en un llanto de reconciliación.

Perdí por completo el apetito, por lo que me retiré a mi cuarto.

No me quedaba otra opción, tendría que abandonar a Nicolás.

Miraba fotos de él en la portátil. No me atrevía a llamarlo y contarle lo sucedido. Estaba aterrada. No quería perderlo.

Mi madre entró al cuarto. Se acercó y me tomó suavemente de la mano.

—Me mentiste, ¿no es así? Lo amas. Soy tu madre, puedo darme cuenta.

Fruncí los labios y rompí en llantos. Ese fue un pésimo día, estaba harta de llorar.

—Sí, mamá, lo amo —respondí—. No sé qué me sucede. Nunca me sentí así. Al principio fue... fue... no sé cómo explicártelo. Él era solo una escapatoria, alguien a quien quería usar para experimentar. Sé que suena feo, pero Fiorella me dijo cosas malas de él que no existen, ¡no las veo! Estoy segura de que me ama de verdad y, bueno, también lo amo.

Ella asintió y dijo:

—Entonces ve. Pero prométeme que te cuidarás mucho.

—¿De verdad?! Sí, mamá. Te lo prometo. ¡Muchas gracias! —respondí con un abrazo.

—Bueno, mejor me voy. De seguro quieres llamarlo y contarle todo. Ah... pero cuando venga por ti, dile que quiero hablarle. Esa es mi condición. Y, por favor, sé inteligente.

—Está bien.

Ni siquiera le pregunté por qué quería hablar con él, solo tomé el celular y lo llamé.

Nicolás era la persona más feliz del mundo. Incluso dijo que mi madre era un *genio* y que debía cuidarla. Por supuesto, también dijo que pasaría por mí el sábado próximo, aproximadamente a las nueve de la noche.



¡Estaba muy emocionada! El día de mi segunda cita ya estaba aquí.

En los últimos dos días había estado viendo y averiguando en tiendas qué podía vestir para mi esperada segunda cita. No tenía ninguna prenda que valiera la pena en mi armario. Mi familia estaba pasando por una gran crisis financiera.

Mi mamá era amiga de una tal Livia, quien era propietaria de una tienda de ropa aquí en el pueblo.

Mi mamá se había ofrecido a ayudar a su padre, quien estaba enfermo de cáncer y necesitaba de alguien que cuidara de él.

En fin, ellos no estaban en las mejores condiciones económicas y no le pagaron lo suficiente. Eso sí, Livia prometió que

si algún día necesitábamos algo, ella estaría allí para nosotros.

Hace unos meses, esta mujer le dijo a mi madre que podíamos ir a su tienda y tomar lo que quisiéramos hasta cubrir la deuda. Que era más conveniente para ella pagarnos con ropa que con dinero, porque quería vaciar el depósito para poder abrir una tienda de comestibles, la cual le generaría más ganancias.

Esa tarde, horas antes de que Nicolás pasara por mí, pasé por la tienda, con el consentimiento de mi mamá, claro. Livia no se encontraba, pero había dejado una nota a la empleada.

—Hola, Lucila. ¿Cómo estás? —saludó Rosa, la empleada.

—Buenas tardes, Rosa. Muy bien... Escuche, no tengo mucho tiempo. Estoy buscando un vestido acorde a mi talla. ¿Tiene algo?

—Creo que sí. Aguárdame un momento —dijo, mientras se dirigía hacia el depósito.

Después de unos diez minutos, regresó con algo envuelto en una bolsa plástica blanca transparente.

—Bien —dijo—. Este es el último que queda de tu talla y tienes suerte porque es precioso. Ve al probador. Si te gusta, puedes llevártelo.

No estaba mal. Era apretado de la cintura hacia arriba, lo que pronunciaba mis curvas. Tenía una especie de mandala abstracto, un detalle muy delicado a la altura del abdomen. Estaba hecho de falsos diamantes transparentes, azules y rosas. Debajo de la cintura era totalmente suelto y, a la altura del muslo, un corte del lado izquierdo dejaba una de mis piernas parcialmente descubierta. Lo más impresionante era su color,

verde mar. Amaba el mar, lo veía inmenso, majestuoso y peligroso. Me llevé el vestido a casa.

Le envié un mensaje a mi mamá diciéndole que había gastado casi el total del fondo de la tienda en un vestido.

Está bien, cariño. Todo lo que quiero es verte feliz. 😊

Se hacía tarde. El vestido era hermoso pero ¿qué me pondría en mis pies?

Afortunadamente, en mi último cumpleaños me habían obsequiado unos zapatos de tacón formados por una suela oscura con tiras de color plateado que envolvían mis tobillos. Encajaban perfectamente.

Me coloqué algunos brazaletes y me solté el cabello. Estaba lista.

Mi mamá terminaba su jornada laboral a las diez y media y Barend estaba cosechando en un campo, por lo que no vendría hasta la madrugada, si no se emborrachaba con sus amigos, claro.

Oí dos claxonazos. Miré por la ventana. Era un BMW, último modelo, color negro y de ventanillas oscuras.

Nicolás bajó de él. Aunque apenas pude reconocerlo, lucía bastante diferente con respecto a la primera cita. Vestía tenis de color marrón oscuro, un *jean* azul ajustado y una camisa de manga corta azul ultramar con pequeños lunares blancos.

Tomé el celular y envié un mensaje a mi mamá:

Mamá, Nicolás ya está aquí. Nos vamos. Espero que no te enojés. Otro día podrás hablar con él. En fin, volveré tarde. Me cuidaré. Te amo. ❤️

Nicolás tocó el timbre. Respiré hondo, exhalé en forma de soplo y abrí la puerta.

Me deslumbró con su mirada y me besó.

—Estás preciosa —dijo, mordiéndose su labio inferior.

—Gracias. Tú también —no sabía qué decir, estaba atontada como siempre—. ¿Quieres algo de beber?

—Sí, a ti.

Reí. Quería llevarlo a mi cuarto y hacerle miles de cosas, pero NO. Debíamos irnos. Teníamos una cita.

—Amo la forma en la que me miras —continuó.

—¡Basta! Me pones nerviosa —respondí, llevando mis manos a mis codos.

Nos acercamos al vehículo tomados de la mano. Él me abrió la puerta como de costumbre y pusimos rumbo a la ciudad de Buenos Aires.

—La última vez escuchamos el estilo de música que a ti te gusta. Ahora es mi turno —dijo, mientras salíamos del pueblo.

—Está bien.

Conectó su celular por *bluetooth* al estéreo del coche y ROCK fluía por los parlantes a todo volumen.

Bajó su ventanilla y continuamos el viaje.

No fue tan malo. Por primera vez podía soportar esa música, incluso hasta me gustó la canción *The kill* de 30 Seconds to Mars. No era rock pesado.

Después de poco más de dos horas de viaje, finalmente llegamos.

Buenos Aires era espectacular. Quería recorrer la ciudad, pero Nicolás se negó. Dijo que teníamos que llegar a un *lugar especial*. No quería esperar un segundo más. Estaba más ansioso que yo.

Al llegar a la ciudad, comencé a tener un terrible dolor de estómago. No había sentido nada hasta el momento, pero Nicolás estaba totalmente serio y eso me asustaba.

Conducíamos por la costanera. La vista era espectacular. La Argentum Tower se alzaba imponente desde el Río de la Plata.

Mi sueño era ser una de las mejores arquitectas del mundo. Hacía todo lo posible para lograrlo, estudiaba en una escuela especializada en construcciones, navegaba en foros y páginas de Internet para investigar, veía todos los programas de televisión relacionados, tomaba cursos internacionales online, concurría a cada conferencia que podía. Trabajaba realmente duro para lograrlo, porque no creía en la suerte sino que para lograr las metas deseadas, había que tener pasión y trabajar mucho.

No podía dejar de mirar la Argentum Tower.

El cielo estaba despejado y la torre de doscientos pisos y más de mil metros de altura se alzaba majestuosa desde el Río de la Plata hacia el océano estelar.

Nicolás notó mi agrado. Seguramente, se dio cuenta al ver que mis ojos estaban pegados a la ventanilla, al igual que un niño cuando pasa frente a un parque de diversiones.

—¿Te gusta? —preguntó, con una sonrisa en su rostro.

Volví a posar la mirada en el edificio y en un tono calmo, respondí:

—Mi sueño es diseñar megaestructuras como esa.

De repente, en alguna parte entre el Aeropuerto Internacional Jorge Newbery y la zona portuaria, doblamos brusca-mente hacia la derecha, entrando en un túnel subfluvial.

—¿Adónde vamos? —pregunté—. ¿Nos dirigimos a la Argentum Tower?

Él hizo una mueca.

—Eres muy inteligente.

—Lo siento —respondí sonriendo.

—¿Por qué? Me encanta.

Después de unos kilómetros, aparecimos en una enorme isla artificial y vi la mayestática torre. Esta no era considerada un edificio, ya que, la mayoría de los pisos eran inhabitables, pues estos contenían solo los equipos de iluminación que la caracterizaban.

La Argentum Tower, como se conocía mundialmente, se encontraba en una isla artificial separada de la ciudad de Buenos Aires por cinco kilómetros de túnel subfluvial, entre los canales de navegación Emilio Mitre y el Norte. Esta isla, junto con otra de casi el mismo tamaño, eran réplicas reducidas de las Malvinas. Todo el lugar fue construido desde cero por un conjunto de empresas multinacionales, con la aprobación del gobierno nacional, para colocar al país en el mapa.

Dejamos el coche en el aparcamiento subterráneo y nos acercamos.

Nicolás y yo marchábamos tomados de la mano, cruzando el puente que conectaba ambas islas.

Finalmente, nos encontrábamos cara a cara con la torre.

La observaba, fruncía mis cejas, giraba mi cabeza. ¿Qué podía hacer al respecto? Era una futura arquitecta.

Tenía un diseño muy simple. Básicamente, era un cilindro ovalado de concreto, aluminio y vidrio: de doscientos pisos, uno por cada año de la independencia hasta llegar al Bicentenario. La parte inferior de la estructura se iluminaba de color celeste,

al igual que la parte superior. Las luces del centro eran de color blanco, con excepción de dos pisos en el centro, donde luces doradas completaban los colores de la bandera nacional.



17

Mi estrella fugaz

Todo era tan hermoso y Nicolás estaba haciendo que uno de mis sueños se volviera realidad.

Definitivamente, él no era como los otros chicos. Era el mejor: tenía la mentalidad de un adulto, el cuerpo de un joven y la actitud de un niño; una mezcla rara que me encantaba.

Estábamos en la entrada, donde dos esculturas de soldados y varias estatuas griegas adornaban el lugar.

—¿Estás lista para cumplir tu sueño?

—Ya lo estoy haciendo —respondí, sin siquiera poder sonreír, los nervios me estaban consumiendo, como si un monstruo inquieto quisiera salir de mi estómago.

Me tomó de la mano y caminamos juntos hacia las puertas giratorias del mejor aluminio.

El vestíbulo era inigualable. El mármol blanco que adornaba el lugar, junto con los pisos negros y la madera clara de los muebles le daban el toque final.

Nos dirigimos hacia el centro del vestíbulo, donde abordamos uno de los elevadores que llevaban al restaurante *El Sabor del Sur*. En menos de un minuto, estuvimos en la lujosa entrada.

—Buenas noches. Permítanme acompañarlos hasta la recepción —dijo una mujer vestida con un elegante vestido oscuro.

Nicolás asintió.

Lo tomé del brazo y caminamos.

La recepción era un semicírculo de madera, vidrio y mármol en una esquina del restaurante.

Allí se encontraban tres mujeres y dos hombres.

—Hola, buenas noches. Hice una reservación a nombre de Nicolás Dómine.

—Muy bien, déjeme confirmarlo por aquí... —respondió una de las recepcionistas.

Nicolás me miró y susurró:

—¿Te estás divirtiendo?

—¡¿Estás bromeando?! —exclamé—. Uno de mis grandes sueños era conocer este lugar.

—Aquí está —continuó la recepcionista—. Mesa para dos, ¿verdad?

—Así es —interrumpí, quedando como una completa tonta.

El recepcionista me echó un ojo y sonrió. Me sonrojé. Bueno... al menos sabía que había escogido las prendas apropiadas.

—Muy bien, por aquí —dijo la mujer de vestido negro, escoltándonos a la mesa que se hallaba al lado de una ventana.

El horizonte de Buenos Aires era nuestro.

La mujer nos dejó dos menús y se retiró.

—Quiero que esta vez tú elijas la cena. No quiero ser esa clase de hombre que cree que las mujeres no pueden elegir —dijo Nicolás.

—¿Qué? —respondí nerviosa—. Me encanta esa actitud, pero... no conozco ninguno de estos platillos. Soy casi pobre, ¿recuerdas?

La broma no sonó tan bien como lo hacía en mi cabeza.

—No te preocupes. Cada platillo tiene su foto y los ingredientes. Fíjate cuál te gusta más. No mires el precio.

—Está bien —respondí algo aliviada, esperando al menos reconocer algún ingrediente.

Observé el menú y vi un platillo que parecía delicioso.

—¿Qué opinas de este? —pregunté a Nicolás, señalándolo en el menú.

—¿Te gusta la langosta?

—No lo sé, nunca la probé. Quiero arriesgarme.

Él sonrió y llamó a la recepcionista.

—Dos langostas thermidor —dijo—. La mía sin huevos.

—Muy bien, señor. ¿Y de beber?

Nicolás apartó la mirada de ella y me observó.

—¿Quieres probar un buen vino?

Lo pensé por unos segundos. Dudaba. Tenía miedo de emborracharme y estropearlo todo, y al mismo tiempo, quería ser madura, probar cosas nuevas.

—Sí.

—¿Estás segura? No te sientas obligada.

—En absoluto. Me encantaría. De verdad.

Nicolás dirigió la mirada hacia la recepcionista otra vez y dijo:

—Un Château Canon-la-Gaffelière.

—Correcto, señor—respondió, retirándose.

No sabía cuán bueno era el vino ni me interesaba, había sido hechizada con su impecable pronunciación en francés.

Un camarero trajo la cena.

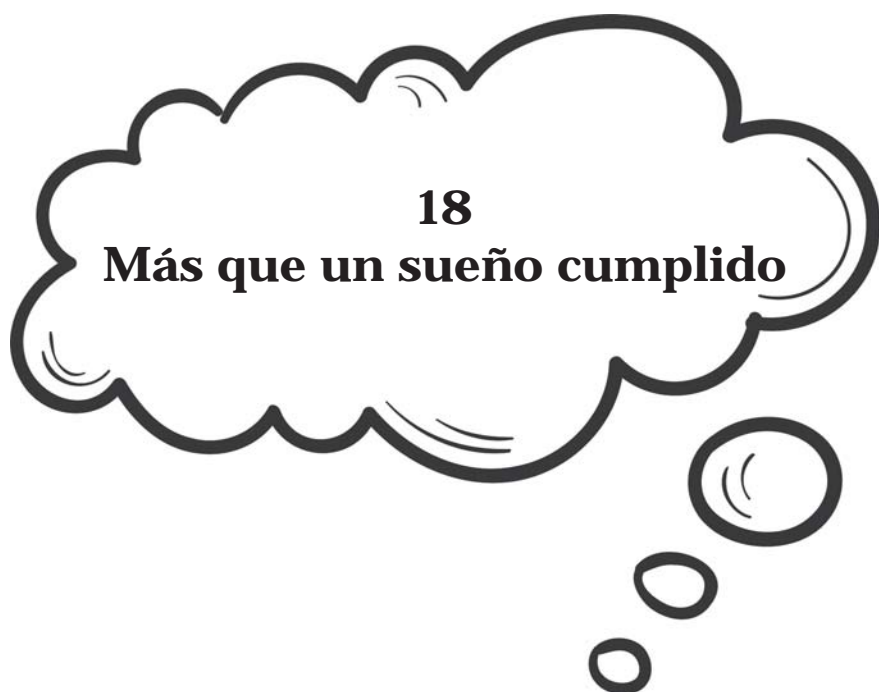
¡Se veía delicioso!

El plato consistía en trozos de langosta rellenos con carne de la misma y salsa thermidor; que era como una mezcla de mostaza, yemas de huevos, pimienta de cayena, estragones, perifollo y vino blanco. Todo esto estaba cubierto por queso parmesano gratinado. ¡Una delicia!

No hablamos mucho durante la cena. Nicolás estaba muy ocupado devorándose la langosta y yo, cuidándome de no hacer desastres.

Mi problema era el vino. Mi paladar no estaba acostumbrado, así que, en mi opinión, sabía horrible. Cuando lo bebí por primera vez, mi cara se erizó e hice un gesto de desagrado. Creo que Nicolás se dio cuenta, pero no dijo nada.

Momento incómodo.



Al terminar de cenar, fui al tocador.

El mismo, era totalmente blanco y gigantesco; me recordó al set donde se rodó el video *Bad Romance* de Lady Gaga.

Me miré al espejo. Pensaba en lo afortunada que había sido al haber tenido la oportunidad de conocer este lugar que tanto admiraba.

Regresé a la mesa y, para mi sorpresa, habían quitado los platos, quedando únicamente las dos copas de vino y una pequeña fuente cubierta por una tapa plateada.

Nicolás se levantó y me movió la silla para que pudiera sentarme, uno de sus *gestos caballerosos* como yo les llamaba. Él también tomó asiento y me miró directamente a los ojos.

—Lucila, ¿qué sientes por mí?

Le devolví la mirada. Quería entregarle mi corazón.

—¿Qué siento? —volví a preguntar en voz alta—. Siento que el amor vino por mí y ese amor tiene tu forma. Te amo, Nico. Y no porque me lleves a lugares bonitos, sino porque me tratas bien, me quieres como soy, me aconsejas, me apoyas en mis decisiones, como mis sueños y mi carrera, te gusta hablar de mí, de cumplir mis objetivos. Pero sobre todo, tienes el don de escuchar. Siento que te intereso y, de mi parte, ahora mismo tú eres mi mundo, el aire que respiro. Tú me llevas a otra dimensión. Me das la fuerza para enfrentar cualquier obstáculo, porque cuando estoy contigo, dejo la armadura en casa. Emergen de mi interior esas ganas de besarte, de abrazarte, de darte mucho amor y cariño todo el tiempo, y también, de estar presente cuando el resto del mundo no esté contigo. Sí, eso es lo que siento. Ya sé que todo está ocurriendo demasiado rápido, pero ¿eso es malo o es una señal de que estamos destinados a estar juntos?

Una lágrima se derramó de uno de sus ojos.

—¿Estás llorando? —pregunté.

Asintió. Secó sus lágrimas y respondió:

—No esperaba esa respuesta. Estaba asustado, Lucila. Tenía miedo de que tú no me amaras, o de que me dijeras que preferirías quedar como amigos. Pero estoy loco por ti. ¡Loco! Jamás me enamoré de este modo. Es decir, nunca había llorado en público por miedo a ser rechazado. Antes eso no me importaba. Estas son las cosas que causas en mí. Me haces sentir vulnerable y como consecuencia, mejor persona, mejor hombre. También sé que estamos avanzando muy rápido y una partecita de mí tiene miedo, pero... tampoco puedo decir que estamos forzando la relación, creo que las cosas están fluyendo de este modo porque significa que fuimos hechos el uno para el otro.

Lo escuchaba sin poder dejar de sonreír y a punto de llorar también. Solo esperaba que él no fuera como las lluvias torrenciales, que vienen, mojan y se marchan rápidamente.

De pronto, destapó la pequeña fuente que se encontraba en el centro de la mesa. En su interior, había una cajita muy peculiar de color negro.

La abrió. Allí estaban los dos cisnes más lindos del mundo realizados en collares. Juntos formaban un corazón con sus respectivos pescuezos. Fueron fabricados en oro de veinticuatro quilates. Los ojos eran de pequeños diamantes color esmeralda y sus alas, en mi caso, de diamantes de color rosa a transparente y, en el suyo, el mismo patrón, pero sustituyendo el rosa por el azul.

Mientras los observaba, sentía un calor que penetraba mi mano. Era Nicolás tomándome de ella.

—Lucila, ¿quieres ser mi novia?

Me quedé inmóvil. Él me había dicho que si decidía juntarme otra vez, lo haría como su novia, pero no sabía que se refería a esto.

Allí estaba él, con sus ojos en los míos, casi sin parpadear. A pesar de los nervios que de seguro tenía, no dejaba de sonreír.

—Sí, por supuesto que quiero.

Nos colocamos los collares y nos besamos. Fue un beso raro, pero en el buen sentido. Fue como el beso de dos sonrisas muy felices.

El reloj dio las tres de la mañana.

—¿Quieres subir a la cubierta de observación? Hoy permanece abierta las veinticuatro horas.

—Me encantaría.

Nos dirigimos a la planta baja donde cambiamos de elevador a uno que llevaba al piso ciento setenta y cinco.

Cuando comenzó el ascenso, aparecieron imágenes de la historia nacional que provenían de todas las direcciones, mientras un tango inundaba la cabina. Al llegar, una voz femenina decía: *Piso ciento setenta y cinco. Bienvenidos al observatorio La Vista del Sur.*

Nos sentamos frente a una ventana por encima del Río de la Plata y nos quedamos allí por varias horas.

Esa noche platicamos de muchas cosas, de nuestros gustos, deseos, aspiraciones. De las cosas que podíamos hacer juntos. No hablamos del pasado, éramos solo ese momento y el futuro.

Pasaron las horas y la aurora se asomaba por las ventanas.

Salimos a la cubierta exterior y vimos cómo el sol aparecía en el alba. Se veía distante, pero brillante, y dejaba una larga cola de luz sobre las aguas azules del océano que llegaba hasta donde nosotros nos encontrábamos.

Fue realmente hermoso.

—¡Mierda! Es tarde. Me tengo que ir —dijo de repente.

—¿Qué? Pero me acercarás a casa, ¿verdad?

—No. Lo siento mi vida, no puedo.

—¿Qué?! ¿Cómo?! ¿Cómo volveré a mi casa?...

—No te preocupes, amor —interrumpió—. Tengo otra sorpresa, renté un vehículo para que te lleve de regreso.

—¿Que hiciste qué?

—Lo sé. Es demasiado, ¿verdad?

—Algo así —respondí.

—Perdón, amor, por no haberte preguntado si te sentías cómoda con todo esto. Quería sorprenderte.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Por qué me traes hasta aquí? ¿Por qué tanta ostentación?

—Porque puedo, porque quiero y porque haría cualquier cosa por ti —respondió—. Y porque te amo.

—Yo también te amo, pero quiero que sepas que no es necesario que hagas todo esto. Podemos decidir qué hacer o a dónde ir juntos, ¿está bien?

Él sonrió.

—Por eso te amo —añadió.

Bajamos al vestíbulo. Una limusina clásica blanca me esperaba en la salida.

El chofer me abrió la puerta y subí.

—Buenos días, señorita —saludó.

—Buenos días.

Nicolás dio la vuelta y el chofer abrió la ventanilla.

—¿Ya conoce la dirección? —le preguntó Nicolás.

—Sí, señor.

—Se me hace tarde —me dijo a través de la ventanilla.

Me dio un beso y ordenó al conductor que partiéramos.

Nos retiramos camino a Paraje del Viajero.

Miré hacia atrás. Nicolás me saludaba.

Después de unos minutos, fui vencida por el sueño, por lo que reposé en el asiento.

—Señorita Higgins. Señorita Higgins. ¡Señorita Higgins!

—¡Déjame! —respondí, sin saber ni siquiera de quién provenía esa voz.

—Señorita Higgins. Hemos llegado —escuché.

—¿Qué?! —respondí, saltando del asiento.

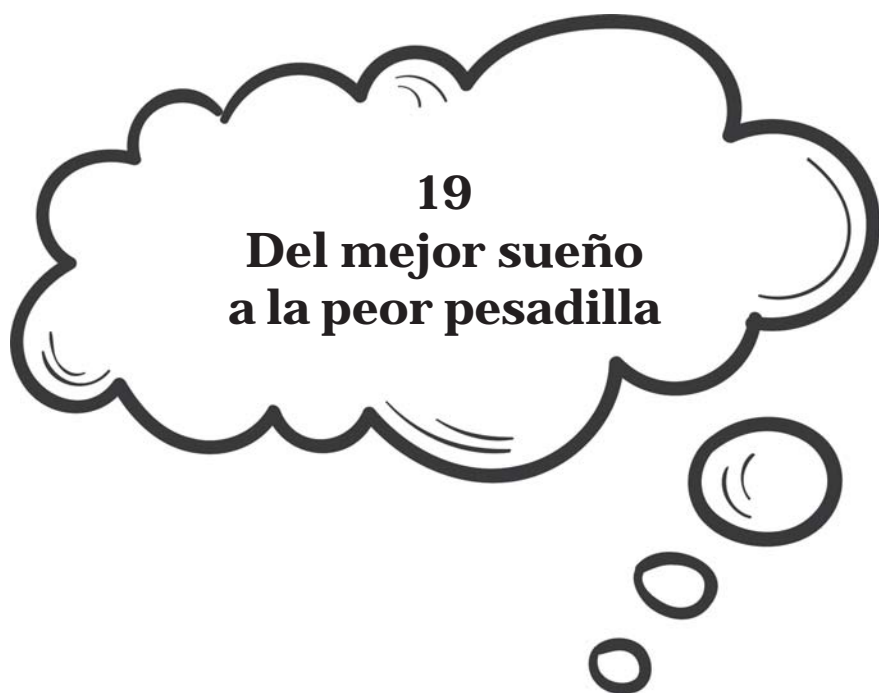
La voz que yo escuchaba en mi cabeza era la del chofer diciéndome que ya estábamos en Paraje del Viajero. Me ayudó a

bajarme del vehículo y, por desgracia, Barend estaba justo saliendo de mi casa.

Si no me hubiera dormido, le hubiera dicho claramente al chofer que me dejara a un par de cuadras.

—Señor, Señorita —saludó el chofer, quitándose el sombrero.

Barend me ordenó que entrara a casa.



Barend cerró la puerta con furia.

Arrugó sus gruesas y despeinadas cejas y... ¡CRASH! Arrojó la botella de ginebra que cargaba en su mano contra la pared.

Me sobresalté y giré mi cabeza unos grados hacia la derecha para que ni la ginebra ni los trozos de vidrio alcanzaran mi rostro.

Mi mamá, quien se encontraba frente a mí, comenzó a llorar. Su cara se tornó aún más triste cuando vio que la furia de Barend empezaba a emanar de su cuerpo.

Hubo silencio. Solo se podían escuchar los pequeños sollozos de mi madre y la agitada respiración de Barend.

Moví mi cuerpo en dirección a Barend. Necesitaba saber qué estaba sucediendo. Me incomodaba que estuviese a mis espaldas.

Allí se encontraba, dominado por el alcohol y la furia. Su labio inferior temblaba y no podía evitar mostrar sus enormes dientes manchados.

—¡Ah! —sollocé, quedando atontada en el piso.

Tardé unos segundos en reaccionar. No entendía qué había ocurrido, pero sentía como si mi mejilla derecha se estuviera quemando.

Había sido una bofetada y solo era el comienzo...

Me tomó de un brazo y me llevo hacia mi cuarto. En el camino, mi mamá intentó detenerlo. Se aferró a su brazo, gritaba que se detuviera, que ya había sido más que suficiente, que era su hija y que no debía hacerme daño.

Barend giró su cuerpo bruscamente y golpeó a mi mamá de un codazo en la cara.

Tras oír el golpe, la busqué con la mirada. Pude verla por el rabillo del ojo. Estaba tendida en el piso y sus labios sangraban. Era sangre de angustia, de sufrimiento y de impotencia por no poder ayudarme.

Al llegar al cuarto, Barend me sujetó del abdomen y me tiró a la cama. Me arrancó el vestido con sus garras.

Gritaba para que se detuviera, pero sabía que era inútil. No podía hacer nada contra tal monstruosidad.

Se quitó el cinturón y comenzó a golpearme.

—¿Te gusta ser una ramera? ¡En esta casa verás cómo se trata a las ramera! —exclamaba.

Mi mamá apareció de repente con una botella de vidrio. Soltó un quejido y le dio en la cabeza al desgraciado de Barend. No fue suficiente. Barend la sujetó de los pelos y la llevó a su cuarto.

Podía escuchar los gritos desconsolados de mi madre, su voz desgarradora.

Me encontraba inmóvil. Los golpes de Barend me habían quitado el poco aliento que me quedaba.

No podía soportarlo. Mi cuerpo estaba marcado desde las piernas hasta mis pechos. Aun así, tenía que ayudar a mi mamá. Tomé algunas prendas de ropa que se encontraban en el piso y me las puse como pude. Caminé hacia la cocina y busqué un cuchillo, uno de los pequeños, pues los grandes no se encontraban.

Mi cuerpo me dolía, apenas podía caminar y sus gritos se hacían cada vez más agudos.

Llegué a su cuarto y, con la poca fuerza que me quedaba, clavé el cuchillo en el brazo de Barend.

—¡Ah, hija de puta! ¡Zorra desgraciada! —gritó.

Se quitó el cuchillo como si se hubiese tratado de una espina que se le incrustara en la piel.

Su brazo sangraba. Se enfureció más al ver que mi mamá y yo no respondíamos a sus órdenes.

Me aseguró de los pelos de mi nuca y me tiró contra la mesita de noche, dejándome al borde de la inconsciencia.

Aprovechándose de nuestra falta de aliento, nos amarró de pies y manos con los sujetadores de las cortinas.

—¡Así! ¡Las dos juntas! ¡Se quedarán encerradas todo el día! ¡A ver si así aprenden a reconocer quién es la autoridad en esta casa! —chilló, encerrándonos bajo llave.

Mi mamá puso su mirada en mí y se desvaneció.

Tenía que hacer algo. Esto no podía quedar así... ya no más.

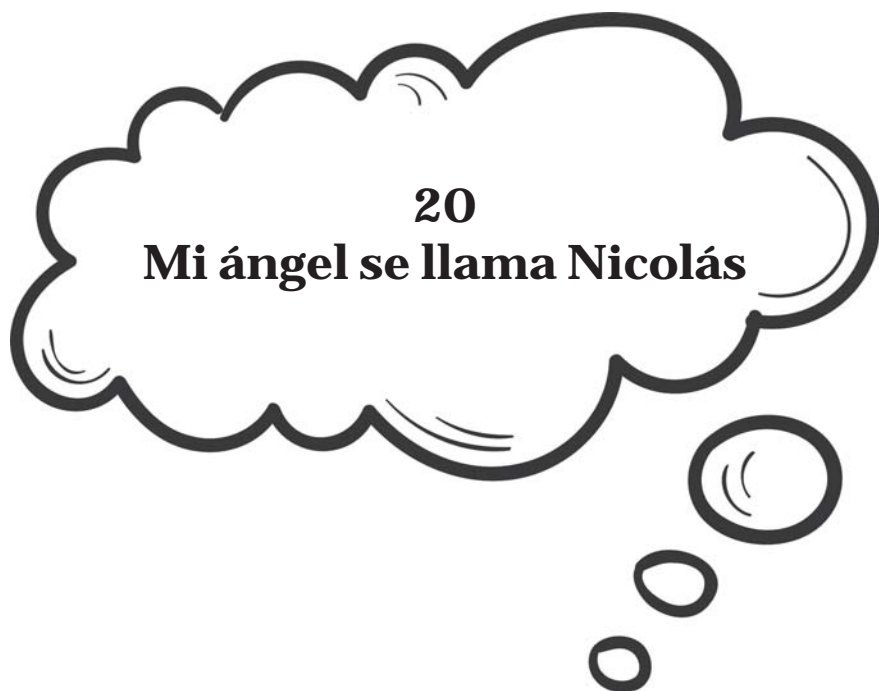
Me di cuenta de que Barend no nos había sujetado a la cama y que podíamos movernos sin demasiada dificultad.

Acerqué mi oído a la nariz de mi mamá para verificar su

respiración. Ella estaba bien.

Bajé de la cama para no molestar a mi mamá e intenté quitarme la atadura de las manos. Después de varios intentos, logré hacerlo.

El plan era salir por la ventana, cruzar el jardín sigilosamente y entrar a mi cuarto para recoger el celular que se había caído cuando el bruto de Barend rompió mi vestido. Seguidamente, llamaría por ayuda.



Coloqué mi oído sobre la puerta para asegurarme de que Barend estuviese dentro de la casa y no merodeando por el patio trasero.

Allí estaba, con el televisor a todo volumen. Me lo imaginaba con una botella de cerveza en la mano, sentado en el sofá mirando un partido de fútbol.

Salté desde la ventana hacia el patio trasero. Caminé bordeando la casa, por si acaso, lo que menos quería era ser detectada. Los golpes que me daría serían como nunca antes.

Llegué a la ventana de mi cuarto. Se encontraba abierta.

Me incliné hacia el interior y vi mi celular en una orilla de la cama. Me estiré un poco sin tener que ingresar a la habitación y lo tomé, regresando al cuarto de mi mamá.

Seguía dormida. Me senté en la cama...

No sabía a quién llamar. Los vecinos no harían mucho, eran todos amigos de Barend. La policía no me parecía una buena opción, la corrupción en este pueblo era terrible. Y una vez que el maldito desgraciado saliera... ¡Dios! Sería capaz de cualquier cosa.

De repente, toqué mi cuello que picaba por el sudor.

¡Qué alivio! Barend no se había percatado de mi collar. Qué suerte que no lo rompió. No me lo había quitado desde que Nicolás me lo colocó.

¡Zas! Me di cuenta de que alguien podría tener la solución. Pero ¿involucrarlo? ¿A él? Quería una relación fuera de problemas familiares, bueno, fuera de problemas en general.

No tenía a nadie más a quien acudir. No había elección. Alguien tenía que sacarnos de esa casa.

Busqué su contacto:

—¡Hola, princesa! —respondió emocionado— ¿Cómo has llegado?

El silencio asaltó la comunicación.

—¿Amor?

Me desgarré en llantos.

—Amor... te... te... te nece... sito. Te necesito.

—¿¡Qué pasa mi vida!?

—Es... Barend, mi papá —respondí, intentando hablar despacio para que el oso no pudiese escucharme y para que Nicolás me entendiera.

—¿Qué ocurre? ¿Le sucedió algo?

—No... a él no. A nosotras, a mí y a mi mamá. Nos golpeó, Nicolás. Me golpeó porque me fui contigo y a mi mamá porque intentó defenderme.

—¡Qué! ¿¡Pero tú estás bien?! ¡Cariño! ¿Te encuentras bien?

—Sí, bueno... más o menos. Nos tiene encerradas en su cuarto. Nos amarró los pies y los brazos, pero pude zafarme.

—Oh, mi vida —contestó sin aliento—. ¿Tu mamá se encuentra bien?

—Sí, ella está dormida, sufrió un colapso... pero Nicolás, amor, te necesito. Necesito que vengas y que nos saques de aquí.

—Sí, mi vida. No digas nada más, no hables, trata de no llamar la atención. No sé cómo lo haré, pero en menos de dos horas estaré allí.

—Gracias, gracias, gracias... —repetía.

—No te preocupes, estaré allí. Estaba empacando para viajar a Córdoba. Surgió algo y necesito abrir el estudio antes de la fecha prevista. Te lo iba a contar más tarde.

—Perdón por todo —respondí llorando.

—Soy tu novio, ¿no? Estaré contigo para lo que necesites.

Asentí. Fue instintivo, sabía que no podía verme.

Me quedé en el cuarto intentando despertar a mi mamá.

—¡Ah! —respiró. Un gemido, como si se tratara de un gran susto, se escapó de su boca.

—¿Mamá? ¿Mamá, estás bien?

—Sí. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasó? —balbuceaba.

—Mamá, ¿de verdad no te acuerdas?

Se quedó en silencio y cerró sus ojos.

—¿Mamá? —insistí.

Una lágrima cayó de uno de sus ojos. Posteriormente, giró su cabeza hacia a mí y me acarició una mejilla.

—Ahora recuerdo —dijo—. Mi pequeña, ¿estás bien?

—Sí mamá —respondí lloriqueando—. ¡Mamá! Llamé a Nicolás. Él vendrá a ayudarnos.

—¡No, hija! ¡Llámallo y dile que regrese! Barend lo matará —dijo con preocupación mientras intentaba sentarse.

—¡No mamá! ¡Ya estoy harta de que ese hombre nos haga lo que quiera! Además Nicolás es fuerte. Confía en él.

—No grites —dijo.

—Tranquila, mamá —le dije, acariciando su frente.

Esperamos a Nicolás por más de una hora y media. Deseábamos que pudiera sacarnos de allí.

Nicolás estaba en la entrada. Pude escuchar que golpeó la puerta con furia.

—¿¡Quién mierda es?! —exclamó Barend.

Otra vez se escucharon golpes en la puerta.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó.

Barend abrió la puerta.

—¿¡Dónde están, machista miserable?!—. Era la voz de un hombre indignado.

Desde la habitación podía escuchar todo. Una sonrisa se me dibujó en el rostro al percibir que alguien le daba su merecido a ese patán.

—¡Aquí! ¡Por aquí! —exclamé.

Mi mamá se levantó y me abrazó.

Nicolás irrumpió en la casa y se dirigió hacia nosotras.

—¡Apártense de la puerta! —exclamó.

Obedecimos y, de una patada, rompió la puerta.

Ingresó al cuarto y se adhirió a mí con un enorme abrazo. Sus brazos rodeándome y su dulce perfume me hicieron creer que nada más podía sucederme. Se arrodilló ante mí y me sujetó de los hombros. Su cara se tornó muy seria y sus ojos se inundaron en lágrimas.

—¡Mírate! Estás toda lastimada.

La sonrisa que venía sosteniendo se esfumó de mi cara.

—Ah... —interrumpió Barend—. Tú debes ser el tipo que se coge a mi hija.

Nicolás cerró sus hermosos ojos azules y encogió su cuerpo como si le hubiesen dado una puñalada por la espalda.

Barend, por otro lado, lo miraba con actitud altiva.

—¿Qué dijo? —le preguntó Nicolás, quien se estaba parando ante él.

—¿Qué no oyes? Tú eres el macho que fornicar con mi hija. ¿En ese lenguaje puedes escucharme? —continuó Barend, burlándose y golpeándolo con su dedo índice en el pecho.

Nicolás giró y me dijo con voz áspera y baja:

—Lo siento.

Inmediatamente golpeó a Barend en el rostro. Luego Barend intentó atacarlo, pero Nicolás le detuvo la mano. Se la doblaba... lentamente:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —la boca de Barend aullaba quejidos.

—Esto te enseñará a no meterte con Lucila, triste engendro.

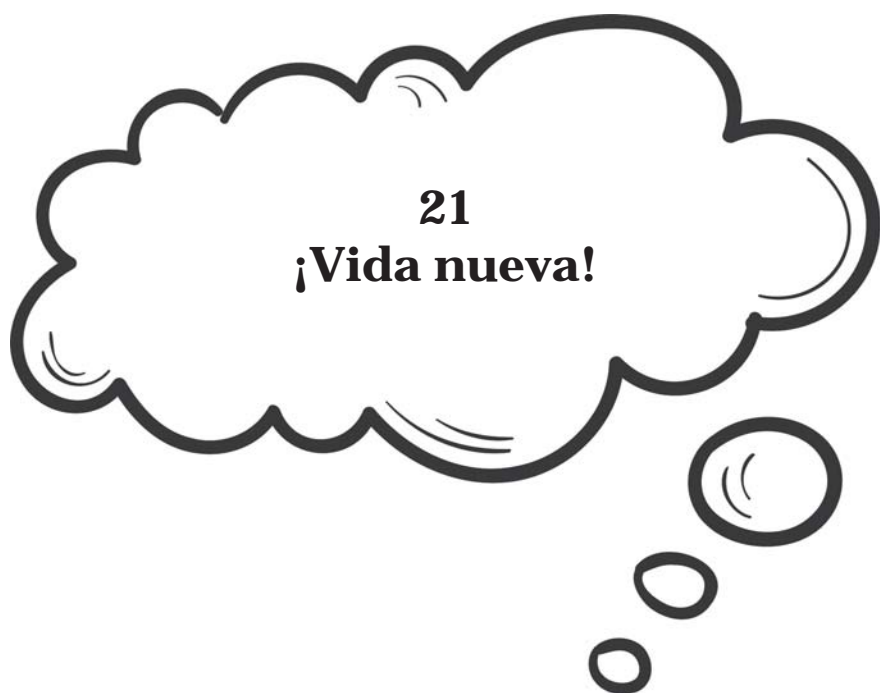
Seguido de eso, le pegó tres puñetazos en el estómago y otros dos en el rostro.

Barend quedó tendido en el piso.

Mi mamá y yo nos miramos y sonreímos. Estábamos contentas de que alguien le hubiese dado una gota de su propia medicina.

Nicolás volvió su mirada hacia mí:

—No te preocupes, amor, que este sujeto no volverá a tocarte.



Nicolás amarró a Barend con los sujetadores de cortinas.

—Esto te enseñará —se burló, mientras lo aseguraba a la cama con fuerza.

Mi madre sujetó a Nicolás de un brazo e indicó con su cabeza que abandonáramos el cuarto. Nos ofreció un té para calmar los nervios, pero Nicolás se negó.

—¿Podemos sentarnos? —irrumpió la voz de Nicolás.

Su tono le quitó cualquier sonido al lugar. Su voz era lo único que podíamos escuchar.

—Disculpen que intervenga de este modo pero... ustedes no pueden quedarse aquí con este loco. Deberían llamar a la policía —gestos de preocupación emergían de su rostro—. Yo finalicé mis estudios, finalmente soy ingeniero civil. Hoy cerré un trato con una empresa importante que contrató mi firma para supervisar la construcción de un complejo de edificios re-

sidenciales. Viajaré a Córdoba Capital. Viviré allí. No sé cómo decir esto, pero no puedo permitirme dejarlas aquí. Eh... no encuentro las palabras... es decir... sonará brusco, pero... necesito que empaquen sus cosas y se vengán conmigo.

Sus palabras anudaban mi estómago.

—Lo siento —susurró mi mamá—. Yo no me puedo ir. Ustedes apenas se conocen... Además toda mi vida está aquí, mi trabajo, mi...

—¿Y qué!? ¿Seguirás dejando que este desgraciado nos siga golpeando? —interrumpí enojada.

—No —respondió mi mamá con calma, dirigiendo una mirada autoritaria sobre mí.

Nicolás me miró de reojo y volvió a colocar la mirada sobre ella.

—No puedo evitar que, de un modo u otro, me siga haciendo daño. Estoy condenada desde el momento que dije *Sí, acepto* —continuó mi mamá.

—¡Pero, ¿por qué?! Es innecesario —grité con impotencia, levantándome de un salto de la silla.

—Espera. Cálmate, mi amor. A lo mejor tu mamá tiene sus razones —dijo Nicolás.

—Por supuesto que sí. Quizás algún día logres entenderlas, Lucila. Cuando seas madre quizá.

En ese momento, me sentí fuera de lugar. Parecía como si solo ellos se entendiesen. ¿Acaso en algún momento le había perdido el hilo a la conversación?

—Como decía —continuó mi mamá—, no puedo impedir que me siga haciendo daño. Ya sabes cómo es la policía de aquí, son todos como él. En menos de una hora estaría libre. Pero hija, no permitiré que tú tengas que pasar por lo mismo. Vete cariño. Él

es un buen chico, bueno, ya es un hombre y uno excelente. Lo sé porque soy madre y... la manera en la que él te protege... eres su reina, Lucila. No lo dejes ir amor mío, que como él ya no quedan muchos. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Rompí en llantos. No quería abandonar a mi mamá. Dejarla no era algo que haría una buena hija.

—No llores, hija, estaré contigo siempre. Hablaremos todos los días sin falta alguna, juntaré dinero para ir a visitarte... lo prometo.

—No es por eso. Es que no quiero dejarte con ese monstruo.

—Niña —colocó su mirada en mis ojos—. Tú tienes sueños, ¿verdad? ¿Metas por cumplir?

—Sí, mamá —respondí, mordiéndome el labio superior para lograr sostener una lágrima que estaba a punto de derramarse.

—Entonces, mi sacrificio no será en vano si tú los cumples. Si realizas tus sueños y logras llegar a la meta, yo estaré realizada y mi trabajo como mamá habrá concluido. Es todo lo que quiero. Por favor, hazlo por mí. No te quiero perder. Hoy viste lo que Barend es capaz. Podría matarte.

—Creo que es la primera vez que te escucho llamarlo por su nombre.

—Lo sé y lo siento por haberte obligado a decirle papá. Esa palabra es muy grande para él.

Nos abrazamos.

—Mamá —dije—, si me voy, lo hago con una condición.

—¿Cuál? —respondió mi mamá.

—Me dejarás ayudarte. Recorreré cielo y tierra. Tiene que haber una organización que pueda ayudarnos o el mismo gobierno. Buscaré un trabajo, pagaré abogados o a quien sea necesario para que ese desgraciado se haga añicos en la prisión. ¡NO ESTÁS CONDENADA! No es tu culpa. El monstruo es él.

—Está bien, hija. Pero no te metas en problemas, por favor. Y recuerda lo que te dije sobre tus sueños. Ellos están primero que nada, ¿de acuerdo?

—No se preocupe, Ana —interrumpió Nicolás—. Es una chica inteligente. No caminará por senderos equivocados —dijo Nicolás, robándome un beso.

Mi mamá sonrió como nunca.

—Yo solo quiero tu felicidad —continuó.

Era raro que mi mamá sonriera, pero esta vez, hizo brillar el lugar, quitando toda la tristeza que yacía en los alrededores.

—Ve a empacar. Date prisa antes de que Barend despierte. Yo tampoco quiero estar aquí cuando lo haga. Me iré a la casa de una amiga hasta que junte dinero para rentar un piso.

Abracé a mi mamá y besé su mejilla.

Caminé hacia el cuarto. Nicolás me siguió. Cerró la puerta tras de mí.

—Lucila. Amor. ¿Estás segura de la decisión que has tomado?

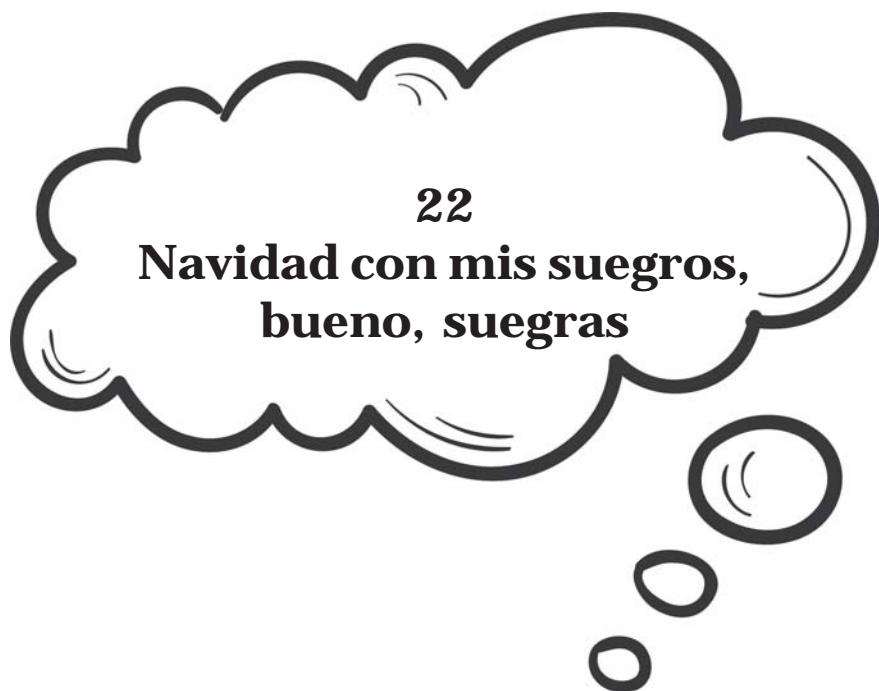
—Sí... es solo... es solo que siento mucho dolor por mi mamá, pero elijo creer que esto se solucionará y que ambas encontraremos la felicidad plena.

—Bueno, *amore*, que así sea. Ten fe en ti misma...

—¿Te imaginas? —interrumpí—. Seremos tú y yo viviendo en Córdoba... Juntos.

—Seremos felices, ¿verdad?

—Muy —respondí con seguridad.



de: Lucila Higgins

para: Mamá

fecha: 25 de diciembre, 17:46

asunto: Feliz Navidad, Mamá

Feliz Navidad, Mamá. Te escribo este eMail porque no he podido contactarte por celular. Imagino que Barend te dio de baja la línea después de que lo dejaste y que eso es todo. Solo espero que te encuentres bien y que no te hayas visto forzada a volver con esa bestia.

En fin, nosotros llegamos ayer por la noche. El viaje fue muy agotador. Córdoba luce hermosa. Todavía no tuve la oportunidad de recorrerla, pero desde el coche, parecía majestuosa y prometedora.

El lugar donde vivo es increíble, es un dúplex. Según lo que sé, pertenece a las madres de Nicolás.

Mamá, reitero, es increíble.

Al llegar, el elevador se detiene en una sala llamada: Recepción. El dúplex está compuesto en su primer piso por un lavadero, una sala de estar con hermosos sillones blancos, pisos de madera flotante reluciente y un enorme candelabro que cuelga delicadamente del techo; la cocina, el comedor, el cuarto de huéspedes y un cuarto de baño cubierto por azulejos azules. En el segundo piso hay dos cuartos con sus respectivos tocadores privados. ¡El nuestro tiene jacuzzi!

¡Todo luce de maravillas! Siento que estoy viviendo en un palacio, pero... hay un problema... te extraño.

¡Oh, mamá! Te extraño con cada célula de mi cuerpo.

¡Qué estúpida fui antes! Debí aprovechar cada momento que tenía para abrazarte y besarte, para hablar... para estar contigo. Quisiera darte un cálido abrazo para agradecerte lo valiente que has sido por mí. Quiero que sepas que estuve investigando en internet sobre nuestra situación. Es todo muy complicado, porque la información no es clara. Sí puedo decir que, lamentablemente, no somos el único caso. Tal y como lo ves en las noticias, la violencia de género y los femicidios están aumentando. ¿Qué le sucede a la gente?

Creo que lo mejor sería que me acerque a la Dirección de Violencia Familiar o a los Tribunales

Provinciales para consultar sobre este caso en particular. Te avisaré cuando haya ido.

Por otro lado, las madres de Nicolás vienen a festejar la Navidad esta noche y desearía que estuvieras aquí con nosotros acompañándonos.

Te necesito más que nunca. Es un cambio muy grande y me siento sola. Tengo a Nicolás, pero no es lo mismo. Él... no es tú.

¡Ay, madre! Ojalá estés bien. Solo espero que leas este eMail antes de que la Navidad acabe.

Por favor, hazme saber que estás bien.

Feliz Navidad, Mamá.

Lucila.

—Amor, me daré una ducha rápida —anunció Nicolás.

Me asusté, estaba muy concentrada preguntándome qué estaría pasando con mi mamá.

Cerré la portátil.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó Nicolás, mientras se sentaba en cuclillas a mi lado—. Estás preocupada por tu mamá, ¿verdad?

—Sí, acabo de enviarle un eMail. Espero que responda.

—Ven aquí —dijo mientras me abrazaba—. Esto es lo que haremos. Ahora te pondrás bien, con una sonrisa en el rostro, y mañana veremos la forma de conectarnos con tu mamá, ¿de acuerdo? Por favor, no quiero verte mal en Navidad.

—Haré mi mejor esfuerzo, pero es mi mamá —respondí, mirando hacia el piso y efectuando una mueca de descontento.

—Lo sé. Lo siento...

—¿Me prometes que me ayudarás a contactarla?

—Sí, bebé. Lo prometo. ¿Cómo podría mentirte con una cosa así?

—Ja, ja... solo quería asegurarme.

Llegó la noche.

El portero sonó. Nicolás acudió a él.

—Ya bajo —dijo.

Luego de colgar me miró y me besó en la mejilla:

—No te preocupes, son encantadoras... como tú. Les caerás bien.

Mi cuerpo temblaba como un pote de gelatina y sentía frío. No había estado tan nerviosa por conocer a alguien desde mi primera cita.

Bajamos al vestíbulo y Nicolás le señaló al portero que abriera la puerta.

Allí estaban.

Melina, mujer de unos cincuenta años, llevaba un espléndido vestido negro con pequeños diamantes taraceados en él. El vestido encajaba perfectamente con su color de piel trigueña, su corto cabello color chocolate y sus ojos marrones.

Linda se apresuró a la puerta y Melina cedió el paso. Ella era lo opuesto a Melina. Rubia, de ojos celestes, de piel muy pálida, parecía una mujer decidida, pero sensible. Traía un hermoso vestido floreado que acentuaba con su lápiz labial.

—¡Hijo! —chilló Linda, lanzando su cartera por los aires al abrazar a Nicolás—. ¡¡Feliz Navidad!!

—¡Mamá! ¡Mis mejillas! —exclamó Nicolás, al ver que su madre no paraba de besarlo.

—Déjalo. Nuestro bebé ya es todo un hombre —irrumpió Melina, con una voz algo grave.

—Mamá, ella es mi novia, Lucila —dijo Nicolás, introduciéndome a la conversación mientras me tomaba de la mano.

—Discúlpanos. Debimos saludarte primero —dijo Melina, mirando con el rabillo del ojo a Linda.

—No se preocupen...

—¡Qué hermosa eres! —volvió a chillar Linda, interrumpiéndome—. Amo tu vestido. Oh, casi lo olvido. Feliz Navidad.

—Gracias —respondí intimidada.

Su perfume olía a jazmines, lo que daba la sensación de que era una mujer alegre y llena de bondad. Su cara era amplia, sus mejillas algo hinchadas y poseía una barbilla prominente.

—Por favor, no la atosigues —dijo Melina al ver que Linda se acercaba a conocerme.

Melina lucía más madura, inteligente y reservada. Me enamoré a primera vista de sus cejas: anchas y bien pronunciadas.

Linda y yo nos adelantamos al elevador, mientras Nicolás escoltaba a Melina a solo dos pasos detrás de nosotras.

Llegamos al departamento.

Claudia, mujer encargada de los quehaceres del hogar, nos esperaba con un exquisito cordero asado, cubierto por trozos de ajo, pequeñas rodajas de cebolla morada, tomillo, laurel, granos de pimienta y romero.

Por un momento nadie habló. Todos saboreábamos el apetitoso cordero.

—Nicolás nos contó por lo que has pasado. Quiero ayudarte. De seguro Nico te dijo que soy abogada. ¡Quiero llevar tu caso a la justicia! —dijo Melina muy entusiasmada.

—¿De verdad?! —respondí alegrada, tomando a Nicolás de la mano—. Sí, Nicolás mencionó que usted era abogada, pero yo no tengo mucho dinero y, por lo que he escuchado, es muy buena.

—Ah, no te preocupes. Ahora eres como nuestra hija. ¡Y PUEDES TUTEARNOS QUE NO SOMOS VIEJAS!

—¡MUCHAS GRACIAS! ¡Oh, guau! ¡GRACIAS!

—Tranquila —respondió Melina—. Necesitaré que me esperes unos meses hasta que me libere de algunos casos. Mientras tanto prepárate, porque estas cosas pueden llevar tiempo.

—Lo sé. Pero estoy lista.

—¡Ese es el espíritu! —respondió Melina.

—¿Y qué te ha parecido Córdoba? ¿Ya sabes qué estudiarás? —interrumpió Linda, dándole un giro a la conversación.

—No he tenido tiempo de recorrer la ciudad aún, pero por lo poco que he visto, parece grande. Sí, estudiaré Arquitectura. No me otorgaron la beca que esperaba, así que la próxima semana iré a la Universidad Nacional a inscribirme y retirar el material de estudio. Dicen que es una buena...

El celular sonó.

—Es el código de área de Paraje Del Viajero —dije con tono de preocupación.

—¡Atiende! Quizás sea tu mamá —exclamó Nicolás.

Atendí y me dirigí hacia la cocina.

—¡Hija! Soy yo, tu madre.

—¡Mamá! —grité, mientras una lágrima emergía de un ojo.

—Feliz Navidad, tesoro. Estoy feliz de poder escuchar tu voz otra vez.

—Feliz Navidad, mamá. Yo también. Estaba muy preocupada...

—Escucha, no tengo mucho tiempo. Este no es mi celular y no quiero agotarle el saldo. Tenías razón. Acabo de leer tu correo electrónico. Barend me cortó la línea, pero no te preocu-

pes, no tuve que volver con él. ¿Recuerdas a María, mi compañera de trabajo?

—Sí.

—Bueno, tenía un cuarto disponible y ahora comparto la casa con ella. Está sola, pobre mujer, así que le hago compañía.

—¡Qué alivio, mamá! Estaba muy preocupada.

—No lo estés. Estoy bien. De verdad

—¿Y Barend? ¿Crees que te buscará?

—No te preocupes. Después de lo que hizo... después de que huyeras, no creo que aparezca por aquí. Estoy segura de que sabe donde me encuentro, pero no se atreverá a venir.

—¡Mamá! Casi lo olvido. Melina, mamá de Nicolás, ella es abogada y se ofreció a ayudarnos.

—¡Hija, eso es increíble! ¿Crees que podrá lograr algún cambio?

—Creo que sí. Confío en ella, pero me dijo que llevará tiempo.

—La justicia en este país... —suspiró mi mamá—. No te preocupes. Qué haga lo que tenga que hacer. Tenemos tiempo. Me siento a salvo aquí.

—¿Entonces tengo tu apoyo para lo que ella necesite?

—Sí, hija. Por supuesto. Hombres como él hacen lo que hacen porque algunas mujeres no nos animamos a enfrentarlos. Es momento de que empecemos a denunciar estas cosas. Yo lo hago por ti, porque no quiero que ningún hombre te golpee o te haga sentir inferior por ser mujer.

—Gracias, mamá. Y yo lo hago por ti.

—Nos tenemos una a la otra, eso es todo lo que importa —respondió mi mamá.

—Mamá, Nicolás me dijo que él puede pagarte los pasajes para que vengas a visitarnos el día de mi cumpleaños. Lo cierto es que no me gusta usar su dinero, pero hasta no ser mayor de edad es casi imposible conseguir un trabajo y te extraño mucho.

—Lo lamento, mi niña. Ese día trabajo. No puedo faltar. No me arriesgaré a que me despidan, es lo único que me sostiene.

—Está bien. Tienes razón. Lo entiendo, lo entiendo —respondí, mientras la tristeza me invadía otra vez.

—Pero no te preocupes, estaré libre desde el veintiuno de enero hasta el veintiséis. Prometo ir.

La alegría volvió a mi cuerpo. Al menos vería a mi mamá unas semanas más tarde.

—Cariño, tengo que irme. Quisiera hablar más, pero no puedo seguir gastando el saldo del celular de María, ha sido muy amable conmigo.

—Está bien, Mamá. Yo tengo que regresar a la mesa. Quisiera volver antes de que la Navidad acabe, brindaremos.

—Adiós. Te amo, mi niña.

—Adiós, Mamá. Yo también... y feliz Navidad.

—Feliz Navidad.

Regresé a la mesa con una sonrisa esculpida en el rostro.

—Era ella. Está bien —dije en voz baja, mirando a Nicolás, quien me había hecho un gesto.

Vino el postre: helado sabor imperial, fresa, crema cookie, frutos del bosque y banana con dulce de leche.

Degusté todos los sabores, entretanto disfrutaba de los chistes que contaba Linda y la cara de Melina al ver que un par de copas de champagne habían afectado el humor de su esposa.

Esa noche, Melina y Linda se quedaron a dormir.

Fue mi primera Navidad con Nicolás y, a pesar de que mi mamá no estaba allí, fue mejor de lo que podía imaginar. Al menos sabía que ella estaba bien.



Eran las once de la noche del cinco de enero. Faltaba tan solo una hora para que cumpliera dieciocho años.

Nicolás me dijo que me pusiera algo lindo, que en unas horas tendría dieciocho y podría entrar a casi cualquier club nocturno. Así que me cambié y subí un *snap* a mi cuenta de Snapchat.

Días antes, había ido a la universidad a buscar el material de ingreso para el Ciclo de Nivelación, el cual era un curso previo que servía para adquirir los conocimientos básicos de la carrera. Por la cantidad de hojas que me dieron, tenía mucho que estudiar.

También me tomé la libertad de recorrer Córdoba. ¡Qué ciudad más hermosa!

No era tan grande como Buenos Aires, pero estaba llena de cultura y arte. Fui a un par de museos, recorrí La Cañada, el Parque Sarmiento, la iglesia Los Capuchinos, el Paseo del Buen

Pastor, el Patio Olmos, la plaza San Martín y por último, la Ciudad Universitaria.

Volviendo a la noche de mi cumpleaños. Nicolás me llevó a una discoteca, cuyo nombre no recuerdo.

Entré al lugar con un vestido oscuro súper transparente, zapatos negros cubiertos por tachas, el pelo suelto y el collar que me había dado Nicolás aquel día que me pidió ser su novia.

Nicolás, vistió tenis azules, *jean* negro ajustado, una camisa a cuadros y su collar.

Estaba muy nerviosa. Nunca había ido a un club nocturno antes y no estaba segura de si sabía bailar o no. Todavía me sentía una chica provinciana... y lo era.

Ingresé con Nicolás de la mano.

—Bebé, ¿pasa algo? Estás temblando.

—Lo siento. Es que nunca he salido a una discoteca y me siento algo nerviosa.

—Tranquila —me dijo, con un beso en la mejilla—. Vayamos por unas bebidas. No estés nerviosa, disfrútalo.

Nos dirigimos a la zona VIP y Nicolás ordenó dos copas de champagne.

—Feliz cumpleaños, preciosa —dijo, mientras levantaba la copa para brindar.

—Gracias.

Después de un par de tragos, que incluían champagne, vodka, tequila y unas extrañas bebidas irlandesas, me di cuenta de que me estaba riendo por todo. Mis preocupaciones habían sido borradas por el alcohol, pero seguía consciente.

Nicolás me tomó de la mano y nos dirigimos a la pista principal, donde se encontraba una gran multitud.

Él empezó a moverse al ritmo de la música y yo, asustada al ver que probablemente no podría hacer eso e irritada al observar a algunas chicas mirarlo, empecé a temblar otra vez.

Hacía calor, pero yo tenía frío.

Nicolás notó que me había sujetado mi codo izquierdo con mi mano derecha, por lo que pasó sus brazos por encima de mis hombros y comenzó a bailar, rozando mi cuerpo.

La sensación de temor se fue esfumando y comencé a moverme yo también, sin necesidad de bailar pegados.

—Sabía que podías —me dijo Nicolás.

—De verdad pensé que no lo lograría —contesté con tono elevado, ya que la música sonaba demasiado alto.

—Tienes que ser más segura de ti misma. Puedes lograr grandes cosas Lucila, solo tienes que perder el miedo a hacerlo mal, a fracasar. Intenta todo lo que puedas y, si fallas, inténtalo otra vez, quizás de una manera diferente a la anterior, pero inténtalo hasta que funcione.

—Lo haré. Lo prometo. Gracias.

Sonrió y continuamos bailando hasta muy tarde.

Las chicas que lo observaban se retiraron a otro sitio al ver que no tenían opción alguna con Nicolás.

—¿Qué piensas de ir a casa a ver una película? Mañana podemos dormir todo el día.

—Sí, genial —respondí emocionada.

Nos dirigimos al coche riendo. Sí, el alcohol me había afectado más de lo que pensaba.

Al llegar, nos arrojamos sobre la cama.

Encendimos el televisor y apareció *Frozen*, de Disney.

—¡Déjala! —di un salto en la cama.

—Eres una nena —respondió Nicolás con tono burlón.

Hice un gesto desagradable en mi rostro.

—Eres mi beba —dijo.

Respondí con una escasa sonrisa.

Nos encontrábamos comiendo *Skittles* y riéndonos de Olaf, un muñeco de nieve que aparece en la película, cuando de repente, así como así, nos miramos fijamente.

Acerqué mi rostro hacia él y me robó un beso. Luego otro, y otro, y otro...

Sus calurosos besos me poseyeron, por lo que comencé a acariciarle el pecho, a sentir su corazón latir con fuerza, mientras apoyaba mi otra mano suavemente en su mejilla.

Me quitó con delicadeza el vestido. Yo le quité su camisa y el pantalón con prisa.

Allí estábamos, besándonos. Sus labios recorrían toda mi boca como animales voraces y yo, me dejaba llevar. Adoraba ser su presa.

Confiaba en Nicolás, por lo que no tenía temor alguno y no pensaba en otra cosa más que en él y yo exteriorizando nuestro amor.

Sus besos sabían dulces y me poseía con sus brazos, que transitaban todo mi cuerpo, como marcando territorio.

De repente, su boca dejó la mía para dirigirse a mi cuello. Morí de vergüenza. No quería parecer *fácil*.

Me besaba el cuello cálidamente, subiendo con sutileza a mi oreja.

Me quitó el sostén y la ropa interior casi sin hacérmelo notar. Luego... se despojó del *bóxer*.

Al verlo desnudo, empecé a temblar. Estaba preocupada, me encontraba algo nerviosa, incómoda, ya que todavía me sentía una *nená* y, al mismo tiempo... no tanto.

Mientras sus manos sujetaban las mías, sus besos, que se sentían como caricias en el alma, recorrían mi cuerpo.

Su perfume me seducía aún más.

—Te amo Lucila. Eres tan hermosa y dulce. Eres mía, ¿verdad?

—Sí, amor. Soy tuya. Y tú, ¿eres mío?

—Lo soy... completamente.

Los nervios se calmaron. Nicolás me miró con una sonrisa.

—¿Confías en mí?

—Claro, es solo que nunca... no estoy segura...

—Déjate llevar. No haré nada que pueda lastimarte, ni nada que no pueda llegar a gustarte, ¿sí?

—Está bien. Adelante.

Su cuerpo se juntó al mío, me besaba, repetía una y otra vez lo mucho que me amaba. Susurraba a mi oído que yo era la única chica que lo había hecho sentir completo, con la única que podía compartir su felicidad y que quería una vida entera conmigo.

Levantó su cabeza y me miró directo a los ojos. Su cara de satisfacción y sus movimientos de labios me hicieron asentir.

Fue en ese momento en el que me aseguré de que quería que fuese Nicolás quien me hiciera mujer, quien me quitara la virginidad. Él me adoraba, me apoyaba, me ayudaba en todo lo que podía; qué mejor que si lo hacía con la persona que amaba y en un lugar confortable. Se trataba de confianza y protección, y eran méritos que Nicolás me daba cada día. Él era mi *empujoncito*.

Un fuerte dolor de estómago emergió, nunca había llegado hasta este paso, pero quería continuar.

—Quiero hacerlo —dije en voz baja.

—¿Sí? ¿Estás segura?

—Sí, muy segura —dije, mientras lo tomaba de la nuca para acercarlo y poder besarlo.

—Pero, mi amor. ¿Quieres hacer esto ahora? No quiero que pienses que te estoy apresurando. Si no te sientes lista, esperaremos.

—Ya calla —dije con un tono atontado, gracias a la osadía que me había proporcionado el alcohol.

Me lanzó una sonrisa dulce, mientras se acercaba a mi rostro pausadamente. Comenzó a besarme y, con la ayuda de su brazo en mi espalda, me apoyó sobre la cama con abundante calidez.

Estaba temblando otra vez, pero sus besos eran tan relajantes que lograron enfriar el sobresalto. Luego se posicionó sobre mí.

Sus ojos se encontraban a poca distancia de los míos. Podía percibir su respiración. De pronto, sentí sus labios sobre mi boca y, sin quitarnos la mirada, nuestros cuerpos se unieron en uno y comenzamos a movernos entre las sábanas, una y otra vez...

Nicolás fue tan suave que el dolor inicial se convirtió en sensaciones cautivantes. Las caricias se sentían con mayor intensidad, nuestras respiraciones estaban conectadas en una sola, sus besos hacían que mi cuerpo saltara; me llenaba de una sensibilidad agradable que me recorría de punta a punta, hasta alcanzar la cumbre.

—¿Así que así se siente? —acoté, mientras colocaba la mirada en el televisor al observar que la película *Frozen* llegaba a su final.

Él sonrió. Sus hoyuelos en ambas mejillas se acentuaron como nunca antes.

—Feliz cumpleaños, hermosa. Ese fue mi regalo. Hacerte el amor.

Me sonrojé. De hecho, el comentario sonó algo incómodo.

—Gracias... qué considerado de tu parte —bromeé.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó con aire de preocupación.

—Sí, amor. Admito que me dolió un poquito al principio, pero después se me pasó. Igual, no lo sé, me siento rara.

—¿Rara?

—Sí. No sé porque tengo una sensación de culpa y de vergüenza.

Él acercó su rostro al mío y me preguntó cálidamente:

—¿Culpa? ¿Vergüenza de qué?

—Sí, no lo sé. Pienso en mi mamá y no me siento su nena. Supongo que es eso. No estoy segura. Perdón, no puedo describirlo.

—Descuida. Es normal. Además, ¿qué dices? Ahora eres *mi nena*.



Pasaron trece semanas desde mi cumpleaños. Las lluvias de otoño en abril habían llegado a la ciudad.

Todo en mi vida marchaba tan bien. Había hallado la *felicidad plena*, esa felicidad que tanto había buscado y que nunca lograba alcanzar. Deseaba permanecer así hasta que envejeciera y mi hora de partir llegara.

Aprobé el examen de ingreso con más de nueve en todas las asignaturas e ingresé a la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la UNC. Allí hice tres amigas: Micaela, Rocío y Elisabeth. Todas eran muy amorosas y divertidas. Teníamos un grupo en WhatsApp llamado:

DIOSAS 6/ ARQUITECTAS ! ▴

Mi mamá me visitó tres veces ese verano, gracias a que conseguí un trabajo de medio tiempo en un McDonald's y podía pagarle los pasajes.

Melina, mamá de Nicolás, me avisó recientemente que a partir de mayo comenzaríamos a trabajar en mi caso. Tenía un poco de miedo por lo que podría pasar, no estaba segura de que Barend recibiría el castigo merecido, pero afortunadamente contaba con el apoyo de Nicolás y eso me daba la energía para intentarlo.

Era una joven con suerte, debo admitirlo. No cualquier chica tenía un novio como Nicolás. Siempre tan amable, atento y cariñoso. Hacía todo lo que tenía a su alcance para verme con una sonrisa en el rostro. Nicolás era el combustible que mantenía mi felicidad encendida.

Recién llegábamos del cine. El día estaba lluvioso y frío. Ideal para permanecer en la cama.

Después de ducharme, me acosté a leer un libro de Arquitectura I, esperando que Nicolás terminara de ducharse.

Su celular vibró. Acudí a él. Sorprendentemente, tenía patrón de bloqueo.

Gracias a las manchas en la pantalla, debido a la grasitud de los dedos, pude descifrarlo.

No había secretos entre nosotros, además él también tenía libre acceso a mi celular.

Una tal *Marcela Kugler* había respondido una historia de Instagram donde aparecía Nicolás usando lentes.

Jamás había oído de ella.

Abrí la respuesta y...

¡¡Qué noche!! 🐱 Extrañaba hacer el amor. Fue tan placentero tenerte en mi interior otra vez. 💕 ¿Se repetirá? 🐱

Me quedé inmóvil... entretanto, calor desértico subía por mi cuerpo y se estancaba en mi cabeza, obstaculizándome la visión.

Releía el mensaje una y otra vez. No podía creerlo. No era posible. Tenía que estar imaginándomelo.

Comenzó a dolerme el estómago, como si alguien estuviera estrujándolo y mi cuerpo empezó a temblar. Mi piel se tornó roja y mi cabeza se partía del dolor.

Dos lágrimas cayeron de uno de mis ojos hacia la pantalla del celular.

Ingresé a su cuenta: mujer rubia, un metro setenta, labios gruesos y busto prominente. Poseía pestañas arqueadas y ojos verde claro.

Nicolás salió del tocador.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó, mientras se sentaba en la cama y acariciaba mi rostro.

Temblé aún más.

Ya no sentía sus caricias cálidas, al contrario, sus manos eran frías y ásperas.

Un ejército de hormigas caminaba por mi mano derecha. Pero, ¿cómo? Si no había ninguna en el lugar.

Envenenada por la furia y el dolor que la situación me causaba, levanté mi mano y lo golpeé en la cara.

—¡Ah! ¡¿Qué te sucede loca de mierda?! —gritó, mientras se sujetaba con ambas manos su mejilla lastimada.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Quieres saber lo que sucede? ¡ESTO SUCEDE! —exclamé, arrojando el celular a su pecho.

Observó la pantalla y lanzó el celular sobre la cama.

Sus orejas se tornaron rojizas y su cara parecía hervir, remarcando la silueta de mi golpe.

Él no sabía cómo reaccionar, a dónde huir. Rascaba su cabellera, miraba hacia los costados y se restregaba el rostro con ambas manos.

—Así que estuviste trabajando en el estudio hasta tarde, ¿eh?... —continuó, con una voz algo áspera y sedada por las lágrimas.

Se tomó de su propio cabello y, tras un resoplido, habló:

—Puedo explicarlo —dijo, en un intento por mantener la calma—. Es verdad, tuvimos sexo...

—¡Ah, no puedo creerlo! —interrumpí, mientras comencé a caminar nerviosa por el cuarto.

Paseaba de un lado al otro. Sentía que si frenaba, colapsaría. Comencé a comerme las uñas frenéticamente y a frotarme el estómago, cuyo dolor se intensificaba con rapidez.

—¡Ey! Déjame terminar.

No podía escucharlo más. El hecho de imaginármelo con otra persona me agrietaba el corazón.

Caminé hacia el armario y saqué mi maleta, que estaba guardada en el extremo superior.

—¿Qué haces? —preguntó, mientras daba comienzo a sus llantos.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —respondí con tono sarcástico—. ¡ME VOY!

—No, no, no, no... por favor. Lucila, ¡no! ¡Hablemos!

Empecé a sacar toda mi ropa de las gavetas del armario, arrojándola a la maleta, entretanto, Nicolás suplicaba que habláramos, que me quedara, que juntos encontraríamos una solución.

—¿Para qué quieres hablar? Ya he oído suficiente.

—Porque cometí una estupidez. Ella era mi novia. Solíamos estudiar juntos en los primeros años de la universidad y nos enamoramos. Luego ella se fue a Chicago a perseguir sus sueños y rompimos. Después de tantos años, dio la coincidencia de que estaba aquí en Córdoba y nos juntamos a hablar de nosotros, de nuestro pasado y... bueno... sucedió.

—¿Sucedió? ¿Cómo puedes decirme eso? —pregunté, mientras lloraba desconsoladamente.

—Escúchame, no quiero perderte —respondió, rodeándome con sus brazos.

—Lo hubieses pensado antes de acostarte con otra.

No sentí ese abrazo como los anteriores. Ya no era lo mismo.

—¡Suéltame! —grité, dándole un empujón.

Él no me dejaba ir.

Hubo un momento en el que colapsé. Comencé a chillar desahoradamente y a arañarlo en la cara.

—¡No quiero que me toques! —decía—. ¡Me das asco! ¡Suéltame!

—No, bebé. No hagas esto. Te amo.

—¡MENTIROSO! No me amas. Si lo hicieras, no me habrías engañado.

—Te dije que fue una estupidez. Pensé en decírtelo, pero, después de todo lo que has pasado, llegué a la conclusión de que te destrozaría. Preferí mantenerme callado, porque sabía que te lastimaría.

—¡No! ¡Basta! ¡Ya no quiero escucharte! ¡Quiero irme! ¡No me interesa saber más nada de ti! No sabes el daño que me has causado.

—¿Y tus estudios? ¿Tu trabajo? ¿Acaso tirarás todo a la basura por esto?!

—¡Sí! Prefiero tirar toda mi vida a la basura que seguir a tu lado.

—No, cariño, no digas eso.

—¡Ya deja de llamarme así y déjame ir!

Él no estaba dispuesto a dejarme ir. Se encontraba de rodillas en el piso, mientras me sujetaba de la cintura, al igual que un niño de cinco años rogando a su madre. Pero yo deseaba, con lo que quedaba de mi corazón, escapar de ese lugar.

Lo golpeé dos veces más en la cara y él REACCIONÓ, dándome una bofetada brusca.

—¡PERDÓN! —se escuchó.

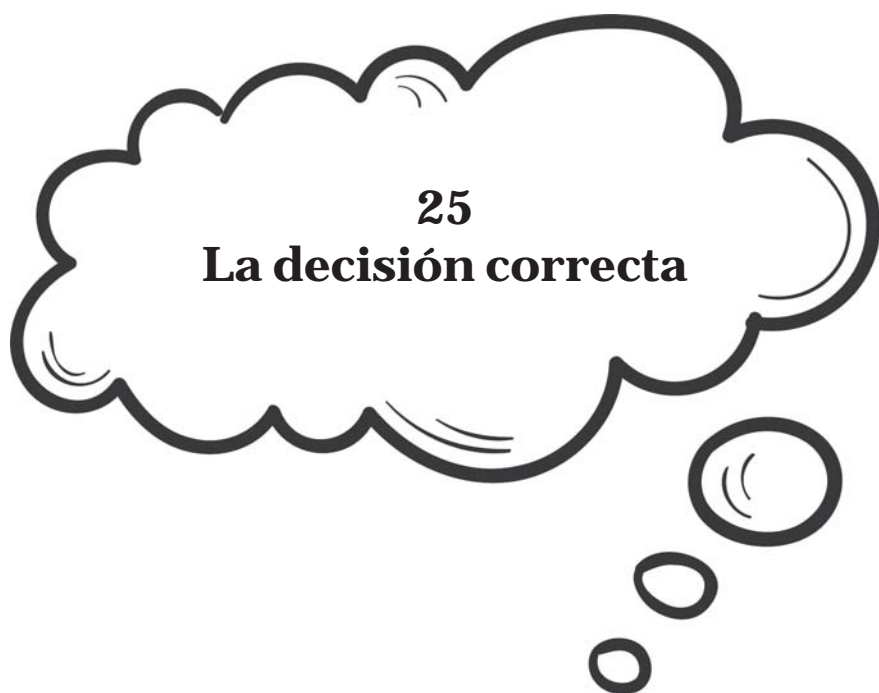
Comencé a llorar aún más. Ahora no solo mi corazón estaba dolido, sino también mi rostro.

—Me golpeaste —murmuré con voz ronca, saboreando la sangre que se esparcía por mi labio inferior.

De tanto gritar, mi voz se había vuelto áspera y grave.

—Lo sé. Perdón. Fue un momento de impotencia.

Por un momento, recordé todos los golpes que me había dado Barend a lo largo de mi vida y recapitulé una frase de mi mamá: *Si un hombre te golpea una vez, lo hará siempre.*



Inhalé aire para calmar mis nervios e intenté dialogar como una persona adulta:

—Hay solo una persona en el mundo que se ha atrevido a golpearme y por suerte, pude escapar de ese monstruo. No permitiré que sigan haciéndome daño...

—Sí, sí, sí... lo sé. No quise... por favor no pienses que soy como tu papá. ¡No soy así! Escúchame —imploraba, al ver que yo lanzaba miradas hacia los costados demostrando desinterés por sus palabras.

—Por favor... cállate —dije—. Nada de lo que digas podrá cambiar tus acciones. Lamentablemente para ti, ya he tomado una decisión. Me voy, Nicolás.

—Espera...

—Déjame terminar una oración, por Dios.

Los nervios se calmaron repentinamente. Podía hablar claramente y con seguridad.

—No solo has traicionado nuestro amor —continué—, sino también mi confianza. Nicolás, tú eras como un héroe, como mi salvador y ahora eres el enemigo de nuestro amor. Sabías que mi corazón era frágil, que no le habían dado mucho amor. Te lo entregué, te apropiaste de él y tú lo dejaste caer. Permitiste que se rompiera.

—No, amor... espera... no es así. Fue un momento de debilidad. Fui un imbécil. Te prometo que si te quedas, no volverá a repetirse. Por favor, fue un error.

—¿Debilidad? ¡Guau, las cosas que las mujeres tenemos que escuchar! Lo siento, no puedo quedarme. Simplemente... es que... no sé si aún estoy enamorada de ti.

—No digas eso, por favor —dijo, mientras se desgarraba en lágrimas.

—Hay dos cosas que no puedo perdonar. Dos acciones que hasta podrían hacerme odiar a una persona, ser golpeada y ser traicionada. Y tú, Nicolás, has cometido ambas.

—¿Me odias? —preguntó, entretanto se arrojaba al suelo.

—No, no te odio —respondí con seguridad—. Pero ya no creo amarte. Te parecerá una estupidez, pero no hay peor cosa que ser golpeada y engañada por el hombre que amas. Además, ¿cómo podríamos seguir? La confianza, el compromiso y la pasión son los tres componentes principales de una pareja. Ya... ya no puedo confiar en ti.

—No, no, no... por favor, no digas eso. No me parece una estupidez. Te amo. ¡¿No lo ves?! ¿Qué más tengo que hacer para demostrarte que te amo? ¿Quieres que muera por ti? Porque lo haría. ¿Eso quieres?

—No... no es eso lo que quie...

Cegado por la desesperación, se dirigió rápidamente al tocador y, de repente, escuché un vidrio quebrarse.

—¡Nicolás! —grité.

Afortunadamente, él apareció.

—Te amo con toda mi alma, Lucila —dijo, y con un trozo de vidrio, se hizo un tajo en el brazo izquierdo.

Soltó el trozo de vidrio y cayó arrodillado al suelo.

—¿Qué has hecho?! —exclamé acercándome.

Con el poco aliento que le quedaba, respondió:

—Van Gogh se cortó una oreja y se la entregó a su amada en señal de amor. Supongo que esto no fue suficiente.

—No... eres un estúpido. ¿Cómo puedes ser tan idiota?

Me dirigí con rapidez hacia el botiquín del tocador en busca de alcohol y toallas limpias.

Arrojé alcohol sobre su brazo.

—¡Quema! —gritó.

—Aguanta. Solo arderá por un momento. Necesito envolverte esta toalla por toda la herida.

—Está bien —respondió—. ¿Lo ves? En realidad sí me amas, de lo contrario no estarías haciendo esto.

Me mantuve callada. Sabía que todavía lo amaba, pero no se trataba de amor, se trataba de *confianza*. Él había arrojado nuestro amor a las mazmorras. Mantenía mi decisión. Después de todo, no me merecía a su lado.

Rompí otra toalla y se la ató ajustadamente en el brazo por encima del codo.

—Sostenla así. Llamaré al chofer para que te lleve al hospital.

—Gracias por cuidarme —contestó, mientras sus ojos se cubrían de lágrimas.

Hubo un silencio incómodo.

Me encontraba sentada a un costado de la cama y él acostado sobre la misma. Me tomó de la mano. La alejé de inmediato.

—¿Es para tanto? —preguntó entristecido.

—¿Es para tanto? ¿Te atreves a siquiera preguntarlo?

Hice un movimiento de negación con mi cabeza y mis ojos comenzaron a lloriquear otra vez.

—Dime, ¿cómo te sentirías si yo hubiera estado con otro chico? —respondí— ¿Qué sentirías al saber que toqué a otro y luego te toqué a ti?

No dijo una palabra.

—Eso pensé —respondí, dando pasos agigantados con dirección al tocador.

Bloqueé la puerta. Me miré al espejo, noté que tenía un labio inflamado y que mis ojos no parecían humanos. Bajé mi cabeza y me sostuve del lavabo para no caer al suelo. Ya no tenía fuerzas para mantenerme de pie. Volví a poner la vista en el espejo y vi reflejada la tristeza más profunda que había sufrido hasta el momento.

Me senté en el retrete. Mi imaginación comenzó a volar. Aparecían imágenes de Nicolás tocando a esa chica, besándola, haciéndole el amor. Me sentía tan mal, pero ya nada parecía doler, pues el dolor se había transformado en una sensación constante.

Coloqué ambas manos sobre mi frente y pedí a Dios que me ayudara a superar esto.

Dios mío. Por favor, ya he tenido suficiente. Dame un poco de compasión, solo un poco. Permíteme vivir en paz. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué me diste esta vida? No es digna.

Mi celular sonó. Era el chofer diciéndome que ya había llegado.

Lavé mi cara y salí del tocador.

—Ya llegó —le dije a Nicolás en un tono frío.

Bajamos al vestíbulo y el chofer sugirió llevarlo al hospital de su seguro social.

—¿No vienes conmigo? —preguntó, sujetándome de la mano antes de cerrar la puerta del coche.

—No. Nicolás, lo siento... me voy.

—¡No, por favor! Al menos espera hasta que esté de regreso.

—Lo pensaré —respondí, mientras le cerraba la puerta y ordenaba al chofer que avanzara.

—¡Te amo, mi princesa! —exclamó, al mismo tiempo que el coche se ponía en marcha.

Volví al cuarto y me senté en la cama. Todavía no creía todo lo que había ocurrido.

Mi decisión era la acertada. Tenía que marcharme.

No dejaba de pensar en que estuvo con otra mujer. Eso me hacía temblar. Luego recordé su golpe, su rostro mientras lo ejecutaba. Sus ojos se habían oscurecido y su cara... él... él se había transformado en un monstruo.

Empaqué, tomé algo de dinero y me dirigí a la calle.

Hice una señal a un taxi para que se detuviera y le dije al taxista que me condujera a la terminal.

—¿Está bien, señorita? —preguntó el taxista.

Lo miré, intentando regresar de la nada.

—Sí, estoy bien. Gracias.

El hombre me pasó un paquete de pañuelos descartables.

—Tome... para sus lágrimas.

Lo tomé y di las gracias.

La temperatura era baja y las gotas de lluvia que se deslizaban por la ventanilla acompañaban mi dolor.

Mi celular comenzó a sonar. Era Nicolás. Lo coloqué en modo vibrador, pero este no dejaba de llamar.

Llamada tras llamada, mensaje tras mensaje...

Estoy en el hospital. No te vayas, por favor. 😞
¿Por qué no respondes? Sigues en casa, ¿verdad?
Lamento todo esto. Nunca quise lastimarte. 😞
Quiero hacerte feliz. Por favor, dime que aún me queda una oportunidad. 😞

Apagué el celular y lo guardé en el bolsillo.

Para empeorar la situación, estaba sonando *Born To Die* de Lana Del Rey en la radio. La letra poética de la canción me hizo derramar un par de lágrimas más.

El día era un desastre. Las calles en mi camino a la terminal estaban cortadas por algunos accidentes y había desagües colapsados.

Tras largos cuarenta minutos llegué.

Caminé hacia la boletería con lentitud. La gente me observaba sin disimulo. Mis brazos me dolían y mi maleta estaba demasiado pesada.

Compré el boleto y me senté en la banca frente a mi plataforma. Las personas a mi alrededor se sorprendían al ver mis lágrimas negras y mi aspecto de vagabunda. Podía notarlo en las expresión de sus rostros.

—¿Estás bien, querida? ¿Necesitas ayuda? —preguntó una mujer, quien se sentó a mi lado.

—No... no es nada —contesté, con lo que quedaba de mi paciencia.

—¿Estás segura? ¿Quieres agua?

—¡No, señora! ¡Le dije que estoy bien! —exclamé.

Pensé que se iría, pero se quedó allí, observándome con una mirada piadosa.

—Lo siento —dije—. No era mi intención gritarle.

—Está bien, niña —respondió con humildad—. Puedo ver que estás atravesando un momento difícil.

—Sí... eso parece —dije con un movimiento de manos algo torpe.

—No te preocupes demasiado. Dime una cosa, ¿tus problemas tienen solución?

—Bueno... no lo creo.

—Entonces, ¿por qué te angustias? Mi madre me dijo un día: no hay que preocuparse demasiado por los problemas. Si tienen solución, ¿para qué disgustarse por algo que se puede arreglar? Si no tienen solución, ¿para qué preocuparse por algo que no podemos hacer nada para mejorarlo?

—Entiendo, pero ¿qué se debe hacer cuando puedes decidir si tiene o no solución pero no sabes si la decisión que estás tomando te llevará al resultado correcto?

—Oh... ya veo. Entonces, en ese caso, tendrías que tomar la decisión que creas adecuada y esperar al desenlace.

Entretanto el autobús ingresaba a la plataforma.

—Lo siento, ese es mi autobús —dije—. Tengo que irme.

—Suerte querida...

Me acerqué a dejar la maleta en el portaequipajes y me incorporé a la fila de ingreso. En eso, vi a Nicolás saliendo de una de las puertas de la terminal.

Se dirigió rápidamente hacia a mí.

—¿Qué crees que estás haciendo? —murmuré.

—¿Qué te parece? Te estoy deteniendo. No quiero que te vayas. Vamos a casa, hablemos.

—No, Nicolás. ¡Basta! Ya no quiero hablar. Tomé una decisión. Respétala.

—No. ¡Lucila, por favor!

Comenzó a vociferar y toda la gente giró a ver el *espectáculo*.

—¡Por favor, Lucila! ¡Te amo! ¡No me dejes! ¡Por lo que más quieras, no me dejes! —suplicaba, colocándose en cuclillas.

Me torné roja. La gente a mi alrededor me observaba como si yo fuera la mala de la historia.

—Lo siento. Lo hubieras pensado antes. Ya no puedo continuar con esta relación —acoté, entregándole el collar de cisnes.

Le di el boleto al supervisor y caminé a mi asiento.

Esta vez no pudo detenerme, pero podía escuchar sus gritos desde el interior del autobús.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! —se escuchaba— ¡Te amo con toda mi alma! ¡Tú eres mi vida! ¡No me dejes así!

No podía soportarlo más. Rompí en llantos.

Moví la cortina y lo vi. Ahí estaba. Arrojado en el suelo, lamentándose por lo que hizo. A pesar de todo, me rompía el corazón verlo así.

Aparecieron dos guardias de seguridad y lo retiraron del lugar, acarreándolo por el piso.

—No, ¡por favor! —dije.

Ellos no pudieron escucharme.

Supongo que ya no quedaban lágrimas en mis ojos, había agotado mi alma. A pesar de la tristeza que abundaba en mi interior, no podía llorar. Lo deseaba, rogaba llorar para aliviar el dolor, pero en mi interior solo había soledad, un mar muerto, pues no habitaban sentimientos. En ese momento me había convertido en una jungla de calvarios y lamentos.

Mientras abandonaba la ciudad, perdí la mirada en las gotas de lluvia.

¿Qué pasará conmigo ahora que dejé la ciudad? ¿En quién me convertiré?, me preguntaba.

Había abandonado mis sueños y eso era lo que más me dolía. Ya no tenía un propósito

Esa noche, al subir al autobús, vi mis sueños desgarrarse frente a mí y dividirse en pequeños granos de arena que desaparecieron en el árido desierto de los sueños rotos.

Mi corazón estaba más quebrado que nunca.

Tantas preguntas sin respuestas, hicieron que mi cerebro colapsara, cayendo en un sueño profundo.



Desperté. Miré por la ventanilla. Intenté ubicarme en un mapa imaginario. Estaba a un par de pueblos de casa. Tuve algunos sueños y horribles pesadillas en el transcurso del viaje. Estas vagaban desde momentos felices junto a Nicolás, hasta mi temor de no tener éxito. Ser nadie.

Tomé el celular y lo encendí. Eran las tres y cuarto de la mañana.

Setenta y dos llamadas perdidas, cincuenta y seis mensajes, notificaciones de Instagram, Whatsapp y Twitter; treinta y tres correos de voz. Todos de Nicolás.

Me quedé pensativa por un momento. Ignoré por completo el caos de mi celular. Lo importante ahora era cómo decirle a mi mamá que estaba a tan solo treinta minutos de casa. ¿Qué me respondería? Dolía haberle fallado. Arruiné mi vida cuando ella me había enseñado que debía luchar, siempre.

Era un fracaso.

No encontraba la manera de explicárselo, por lo que tomé el celular y dejé que las palabras fluyeran.

—Hola —respondió, después del cuarto tono.

—Mamá. Soy yo, Lucila.

—Hija. ¿Qué pasa? Son casi las cuatro de la mañana.

—Mamá —dije, intentando contener el llanto—. Necesito que me recojas en la terminal. En menos de treinta minutos estaré allí.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Lo dejé, mamá... me engañó.

—Oh... no, no, no... no puede ser. ¿Tú estás bien?

—Sí, mamá. Estoy bien.

—Quédate tranquila, ¿de acuerdo? Hablaremos mejor cuando estés aquí. Ya salgo para la terminal. Tú no te preocupes.

—Mamá...

—¿Sí, hija?

—Gracias.

—No me lo agradezcas, soy tu madre. Solo relájate, percibo tu angustia. Estaré allí esperándote.

No sé por qué, pero había imaginado que la reacción de mi mamá sería otra. Pero no, fue considerada y afectuosa.

Arribé en la terminal de mi pueblo natal. Allí me esperaba mi mamá, parada debajo del tejado, de brazos cruzados.

Bajé del autobús y ella se acercó. Nos miramos fijamente y, tras un par de lágrimas, me cubrió con un cálido abrazo.

—Mamá, te necesito. No puedo... —susurré.

—Eh... hija. Estoy aquí. No te preocupes. Todo estará bien.

Alguien me alcanzó la maleta y mi mamá la sujetó por mí.

La temperatura era de apenas un par de grados sobre cero. Temblaba. Estaba muy desabrigada. Solo traía conmigo una camiseta blanca escotada en V y, por encima, una chaqueta vaquera.

Mi mamá se quitó su chaqueta de pana y me la colocó.

El autobús se retiró camino a la capital, dejando silencio. Típico de pueblos pequeños, a las cuatro de la mañana, donde ni los perros deambulan en las calles.

Mi mamá me tomó de la mano y caminamos a la par, rumbo a la casa donde se hospedaba.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—De todo... ¿Podemos hablar mañana? Estoy exhausta.

—Sí, hija. Está bien. Ahora trata de relajarte, ¿sí?

El sonido de nuestros pasos en la arena mojada de la calle provocaba una sensación de relajación en mi interior que quería conservar, por lo que preferí guardar silencio hasta el día siguiente.

Llegamos a la casa y entramos sigilosamente para no despertar a la amiga de mi mamá.

Ingresé al tocador. Mi rostro frente al espejo me asustaba. Mis ojos estaban hinchados, se me había corrido el delineado, y mi cara lucía pálida por la falta de líquido.

Veía a Nicolás en el espejo. Podía imaginarnos allí, felices.

Me mecía entre la realidad y la fantasía, pero la única forma de conservar mis lágrimas en el interior más profundo de mi alma era escogiendo la segunda opción.

Lavé mi cara y mis dientes. Recogí mi cabello y me dirigí a la cama. Mi mamá me abrazó con fuerza, mientras yo intentaba dormir.

Me desperté. El reloj marcaba las diez y media de la mañana. Mi mamá no se encontraba a mi lado, en su lugar se hallaba una nota que decía:

Hija. Buen día. Estoy en el trabajo. No quise despertarte tan temprano, así que te dejé pan tostado y una taza de café lista para que la calientes en el microondas. Regreso al mediodía. Besos con mucho amor. Mamá.

Tomé el celular, que lo había dejado apagado sobre la mesa de noche. Lo encendí.

Más notificaciones de Nicolás.

¿Bebé? 🤔 A menos dime que has llegado bien.

Princesa. 🌵 Por favor, responde.

Te amo, hermosa. No me dejes así, todavía hay tiempo para encontrarle una solución a todo esto.

No puedo dormir. 🐱 Te extraño. Todo me recuerda a ti. 😞

Fui un desgraciado. 😞 Lo sé. 😞 Pero no puedo vivir sin ti. 😞😞💔💔😞😞

No podía continuar de esa manera. Cada vez que leía sus mensajes, era como veneno para mi alma, como una bomba a mi corazón dañado.

Respiré hondo, pero la desesperación se adueñó mí. Arrojé el celular con fuerza contra la pared, y este se despedazó.

Me dirigí al tocador. Lucía espantosa. Mi cabello estaba totalmente enredado, todavía tenía delineador esparcido por la cara y mis ojos estaban rojos e hinchados.

Tomé la mitad de una caja de leche que se encontraba en la nevera. Desafortunadamente, mi estómago no lo resistió. Corrí al tocador y vomité todo. Caí al piso, en frente del retrete.

Mi vida estaba arruinada. No cumpliría mis sueños, el amor de mi vida me había engañado y estaba de vuelta en este asqueroso pueblo...

Abrí el armario de mi madre, tomé una campera con capucha, para que nadie pudiera reconocermme, y me dirigí a mi antigua casa, sabiendo de antemano que Barend no se encontraría allí. Su horario de trabajo ocupaba toda la mañana.

Él solía dejar la llave debajo de una maceta, a un costado de la entrada. Me fijé y allí se encontraba.

Entré al lugar.

Era un desastre. La casa estaba irreconocible, se veía como si la tormenta del año hubiera pasado por allí. Había toneladas de vajilla sin lavar, ropa desparramada por el piso, botellas de alcohol y colillas de cigarrillo por toda la mesa.

Recuerdos de golpes llegaban a mi mente, alimentando mi quebranto.

Mi estómago comenzó a crujir y vomité otra vez. Era evidente que estaba depresiva, que ni mi cuerpo toleraba esta crisis, pero no podía asimilarlo.

Envenenada por el sufrimiento, arrojé las botellas que se encontraban en la mesa contra las paredes de la casa, mientras gritaba para descargar mi dolor.

Tiré toda la vajilla sin lavar. Destruí un par de sillas, golpeándolas contra una esquina saliente de la casa. Tumbé la mesa y la nevera.

El dolor se esparció hacía mis piernas, debilitándolas, haciendo que no pudieran sostener más mi cuerpo.

Caí sobre la nevera.

¡Maldito hijo de perra! Esto es por todos los golpes que me has dado, gritaba.

Maldecir me rehabilitaba, permitiéndome ponerme de pie.

Caminé al tocador. Rompí su espejo y diseminé sus perfumes y cremas de afeitar por todo el lugar.

Luego caminé hacia mi cuarto.

Para mi sorpresa, Barend solo había cerrado la puerta y la había dejado tal cual como se encontraba antes de partir a Córdoba, con excepción del polvo, que cubría cada objeto del lugar.

Busqué una silla y la usé para colgar la sábana de mi cama en el candelabro de mi cuarto.

La luz que ingresaba por la ventana hacía arder mis ojos. Cerré las cortinas y dejé que la oscuridad se adueñara del espacio.

No podía pensar en otra cosa más que en la vida de mierda que tuve: un padre alcohólico, golpeador y una madre que, por años, no supo defenderme; una amiga que resultó ser una víbora; sufrir acoso escolar por pensar diferente, por ser diferente y un novio que terminó de destrozar lo que quedaba de mi corazón.

¿Cómo pudo hacerme eso? Se suponía que él me haría feliz.

Subí a la silla. Envolví suavemente mi cuello con la sábana, dándole dos vueltas. Esta tenía manchas de sangre seca de cuando Barend me atacó al volver de mi segunda cita.

Qué extraño. Incluso la sangre en una sábana era suficiente para que Nicolás apareciera en mis memorias.



De pronto, los recuerdos dejan de llover. Me encuentro en la realidad, en el presente...

Mi cuarto sigue oscuro. La silla de madera española rechina bajo mis pies con cada temblor de mi cuerpo. Suelto la sábana de princesas, dejo que se deslicen libremente alrededor de mi cuello.

Mi mirada no logra perderse, ya no puedo escapar de la realidad.

No siento frío ni miedo.

Estoy decidida, lo haré. ¿Para qué seguir sufriendo? Ya he tenido suficiente: Barend, mi patética vida, Nicolás y mis sueños en una grieta negra. ¡Jamás podré ser feliz!

¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo pude enamorarme de verdad y tan profundamente? ¿Cómo no pude verlo? Debí escuchar a Fiorella, ella era la escoria, pero una escoria con ra-

zón... Estaba en lo cierto, Nicolás me lastimó. ¡Ahora estoy peor que antes! ¡Qué estúpida fui!

No dudaré más, saltaré, terminaré con esto. Quiero dejar de sufrir.

Otra lágrima cae de mi ojo derecho.

¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! Después de la vida de mierda que tuve... ¿por qué?

Jamás tendré a Nicolás y jamás tendré a mis sueños. Mi vida entera es una agonizante carrera sin meta.

¡NO LO SOPORTO MÁS!

Lo he decidido. Ya no le temo a la muerte.

Miro hacia abajo. Mis ojos lloran como nunca. Doy un paso fuera de la silla y, de pronto, todo comienza a nublarse.

Siento un terrible dolor de cabeza, pero no es tan intenso como mi sufrimiento interior. Me desespero por la terrible sensación de asfixia, pero intento relajarme, dejarme llevar. Así todo será más rápido.

Mis oídos hacen ruidos extraños y dolorosos. Veo destellos fulgurantes. Experimento pinchazos por todo mi cuerpo y mis extremidades comienzan a pesarme. Siento que mis brazos y piernas tienen cientos de kilos colgando en cada una.

Mi cabeza explota como en la erupción súbita de un volcán furioso. La oscuridad más densa que antes invadía el cuarto, ahora se adueña de mí. Entretanto, escucho una voz desgarradora que exclama: ¡*Nooooo!* y, en el más pequeño de los milisegundos, recuerdo a Nicolás, mientras susurro: gran error.

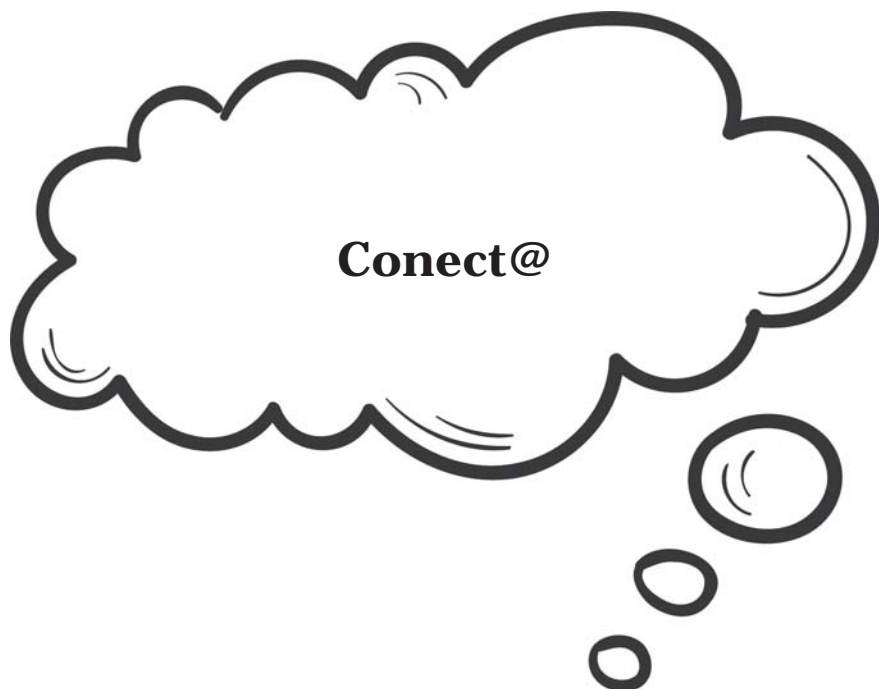
¿Fin?



Nota del autor

Sé lo que es sentirse solo y desesperado por no saber cómo cambiarlo. Sé que a veces crees que eres el problema. Sé que alguna vez pensaste que si no existieras, aquellos que amas serían más felices. Sé que, en ocasiones, no ves otra salida. Lo sé porque he estado en ese lugar.

Quiero que sepas que **mejorará**. HAY VIDA más allá de lo que estás atravesando. HAY VIDA después de la secundaria, después de un golpe, después de un corazón roto, después de un insulto, después de una amistad fracasada, después de fallar en un examen o después de un comentario hiriente en las redes. **Siempre HAY VIDA después del dolor.**



Utiliza el hashtag (#MPAUGE) para compartir tu experiencia con la novela.

Nos encontramos en las redes sociales. Allí podrás hacer preguntas, informarte de las últimas novedades, participar en sorteos y debates, entre otras cosas.



nahuelalopez.com



@NahuelALopez



@NahuelALopez



@nahuelalopezoficial



@NahuelALopez



hi@nahuelalopez.com

¡Queremos escuchar de ti! Así que sí disfrutaste la lectura, ve a Goodreads.com, busca el título de este libro y califícalo con las estrellas que se merece. Además, si dejas en un comentario, podría aparecer en la contraportada o en la solapa de la próxima edición.

LEER:

No filtré esta novela para causarle daños al autor. Todo lo contrario...

Creo que es una novela genial que merece ser bien difundida. Por eso, si leíste este PDF sin pagar un centavo, y puedes comprar el libro, ve y hazlo. Estarás ayudando a que el autor pueda publicar otro libro.

Si no puedes comprarlo, al menos aporta tu comentario en Goodreads, de esa manera, lectores y la industria editorial pueden ver lo genial que es este libro y publicarlo en todas partes.

Te dejo el enlace, te tomará unos minutos, y como dije antes, ayudarás a que puedas leer más historias como esta.

**Si quieres seguir aportando, entonces sigue al autor en las redes sociales.
Y MUÉSTRELA TU APOYO.**

https://www.goodreads.com/book/show/33307220-mi-primer-amor-un-gran-error?ac=1&from_search=true



Agradecimientos

No podría expresar hasta qué punto estoy en deuda con las personas que me han ayudado en la escritura y la publicación de este libro. Pero lo intentaré.

Quisiera dar las gracias a Melina Lassoela, por ser la primera en leer esta historia y ofrecerme profundas devoluciones aun cuando esto era un manuscrito.

Doy gracias también a Silvia Roana, mi profesora de *Lengua y Literatura* de la secundaria, por estar presente cada vez que tengo una duda sobre el idioma.

La hermosa cubierta que acompaña a esta historia no hubiera sido posible sin la ayuda y el trabajo de Rodrigo Viola, quien supo ejecutar con precisión las ideas que vagaban por mi mente.

Agradezco a todo el equipo de El Emporio Grupo Editorial por creer en mí.

A las personas que están detrás de un blog, un *bookstagram*, un *booktube* u otras plataformas, y que han recibido este libro con profundo amor y respeto. Gracias por las reseñas.

Estoy eternamente agradecido con mis padres, Patricia y Adrián, cuyo amor y apoyo me permitieron escribir, publicar y promocionar este libro.

Doy gracias al resto de mi familia y amigos por apoyarme incondicionalmente.

Gracias también a todos aquellos que quisieron hacer mi vida miserable y a los que me dijeron que jamás lograría nada. Estoy hablando de los acosadores de la secundaria, de los médicos machistas y homofóbicos, de las amistades falsas y de mi primer novio. Por un tiempo, estas personas alimentaron una llama en mi interior que no hizo más que crecer. Esta llama era el deseo de demostrarles que podía lograr mis objetivos. Hoy aprendí que soy yo mismo quien puede alimentar esa llama.

Finalmente, quisiera agradecer a los lectores, por haber acogido tan bien esta novela y por hablar de temas tan importantes tales como la violencia intrafamiliar, la violencia de género, el *bullying*, el machismo y otros tantos relatados en la novela. Gracias por compartir este libro. No sabría decirles lo mucho que los quiero.

Índice

1. Asedio de recuerdos	9
2. Una amiga incondicional	11
3. Mujeriego	17
4. El mensaje	23
5. El plan perfecto	29
6. No soy una princesita	35
7. ¿Quién es la escoria?	41
8. En vista de oportunidades	49
9. Nuestra primera llamada	55
10. El oso y la perra, unidos	63
11. Rebelión	69
12. À la mode	75
13. Primera cita y algo más	81
14. Explosión de emociones	89
15. Cambio de planes	97
16. Buenos Aires y una sorpresa inesperada	103
17. Mi estrella fugaz	111
18. Más que un sueño cumplido	115
19. Del mejor sueño a la peor pesadilla	121
20. Mi ángel se llama Nicolás	125
21. ¡Vida nueva!	131
22. Navidad con mis suegros, bueno, suegras	135
23. Regalo de cumpleaños	145
24. ¿Patrón?	153
25. La decisión correcta	159
26. Reflejo de una vida sin sentido	169
27. Triste realidad	177
Nota del autor	179
Conect@ & Participa	180

